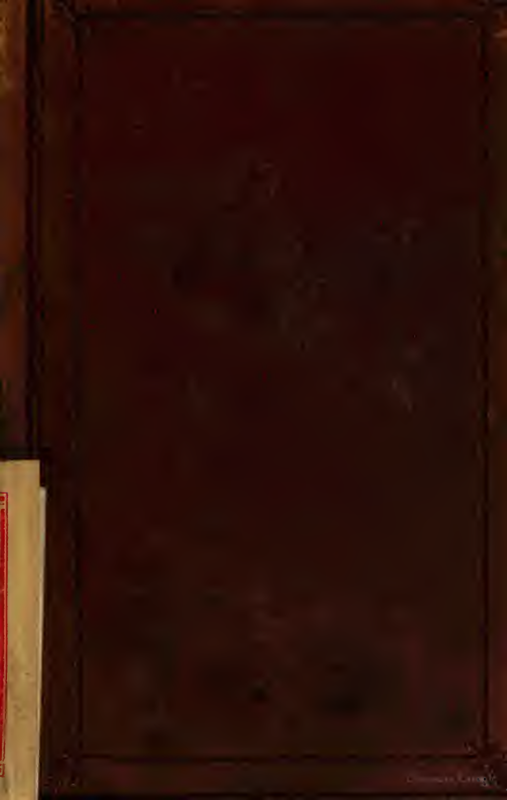




EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

EDICION CORREGIDA CON ESPECIAL ESTUDIO DE LA PRIMERA,

POR D. J. E. HARTZENBUSCH.



TOMO SEGUNDO.

ARGAMASILLA DE ALBA,

IMPRENTA DE DON MANUEL RIVADENEYRA,

(casa que fué prision de Cervántes).

1863

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia que, así como Don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas, de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido, sin querer aguardar á ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que ¿cuál seria mejor y le estaria más á cuento? ¿imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas? y hablando entre sí mismo, decia : «Si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla! pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pié, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro; aunque no le valieron tretas con Ber-

nardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero, dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio; que es cierto que le perdió, por las señales que halló en la fontana, y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angélica habia dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados, paje de Agramante. Y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas! Porque mi Dulcinea del Toboso..... osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió; y haríale agravio manifiesto si, imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más; porque lo que hizo, segun su historia, no fué más de que (por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad) se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo agora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni para qué tengo de enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva

lá memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere; del cual se dirá lo que del otro se dijo, que, si no acabó grandes cosas, murió por acometéllas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos á la obra: venid á mi memoria, cosas de Amadis, y enseñadme por dónde tengo de comenzar á imitaros. Mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar, y encomendarse á Dios; pero ¿de qué haré rosario? que no le tengo.» En esto le vino al pensamiento cómo le haria, y fué de unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millar de avemarías. Y lo que le fatigaba mucho era, no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse; y así, se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer, despues que á él allí le hallaron, no fueron más que estos que aquí se siguen:

Árboles, yerbas y plantas
Que en aqueste sitio estais,
Tan altos, verdes y tantas,
Si de mi mal no os holgais,
Escuchad mis quejas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque el más terrible sea;
Pues, por pagaros escote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
El amador más leal
De su señora se esconde,
Y ha venido á tanto mal
Sin saber cómo ó por dónde.
Tráele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea;
Y así, hasta henchir un pipote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras
(Que entre riscos y entre breñas
Halla el triste desventuras);
Hirióle amor con su azote,
No con su blanda correa;
Y en tocándole al cogote,
Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar Don Quijote que si en nombrando á Dulcinea no decia tambien *del Toboso*, no se podria entender la copla; y así fué la verdad, como él despues confesó. Otros muchos escribió; pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros más destas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le escuchasen, respondiesen y consolasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvia; que si, como tardó dos dias, tardara dos semanas, el caballero

de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo parió.

Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería; y fué, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente; que habia grandes dias que todo era fiambre.

Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraria ó no; y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: «Dígame, señor Licenciado, aquel del caballo ¿no es Sancho Panza, el que dijo el Ama de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero?

—Sí es, dijo el Licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quijote»; y conociéronle tan bien como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros; los cuales, así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole: «Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?»

Conociólos luégo Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y así, les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era

de mucha importancia, la cual él no podia descubrir, por los ojos que en la cara tenia.

«No, no, dijo el Barbero; Sancho Panza, si vos no nos decis dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo; en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso, morena.

—No hay para qué conmigo amenazas; que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura; ó Dios, que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy á su sabor.»

Y luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las primeras aventuras que le habian con él sucedido, y cómo llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabian la locura de Don Quijote, y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo. Pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta, que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo cual dijo el Cura que se la mostrase; que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librillo; pero no le halló, ni le podria hallar si le buscara hasta agora, porque se habia quedado Don Quijote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedírsele. Cuando

Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro; y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba; y sin más ni más, se echó entrambos puños á las barbas y se arrancó la mitad dellas; y luego, apriesa y sin cesar, se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre.

Visto lo cual por el Cura y el Barbero, le dijeron que qué le habia sucedido, que tan mal se paraba.

«¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido, de una mano á otra, en un instante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo!

—¿Como es eso! replicó el Barbero.

—He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos, de cuatro ó cinco que estaban en casa»; y con esto les contó la pérdida del Rucio.

Consolóle el Cura, y díjole que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre; porque las que se hacian en libros de memoria jamas se acetaban ni cumplian.

Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar dónde y cuándo quisiesen.

«Decilda, Sancho, pues, dijo el Barbero, que despues la trasladaremos.»

Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pié y ya sobre otro, unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: «Por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda; aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.*

—No diria, dijo el Barbero, *sobajada*, sino *sobrehumana ó soberana señora.*

—Así es, dijo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa*; y no sé qué decia de salud y de enfermedad que le enviaba; y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.*»

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria, para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimismo otras cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar; dijo tambien cómo su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar cómo ser empe-

rador, ó por lo ménos monarca; que así lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo, le habia de casar á él, porque ya seria viudo (que no podia ser ménos), y le habia de dar por mujer á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulas ni ínsulos; que ya no los queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente habia sido la locura de Don Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de más gusto oir sus necedades; y así, le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor; que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decia, ó por lo ménos arzobispo, ú otra dignidad equivalente.

Á lo cual respondió Sancho: «Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querria yo saber agora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos.

—Suélenles dar, respondió el Cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amén del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto.

—Para eso será menester, replicó Sancho, que

el escudero no sea casado y que sepa ayudar á misa por lo ménos; y si esto es así, ¡desdichado yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A, B, C! ¿Qué será de mí, si á mi amo le da antojo de ser arzobispo, y no emperador, cómo es uso y costumbre de los caballeros andantes?

—No tengais pena, Sancho amigo, dijo el Barbero; que aquí rogaremos á vuestro amo (y se lo aconsejaremos, y áun se lo pondremos en caso de conciencia) que sea emperador, y no arzobispo, porque le será más fácil, á causa de que él es más valiente que estudiante.

—Así me ha parecido á mí, respondió Sancho; aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él más se sirva y adonde á mí más mercedes me haga.

—Vos lo decís como discreto, dijo el Cura, y lo hareis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar órden cómo sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decis que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta.»

Sancho dijo que entrasen ellos; que él esperaría allí fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenía entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer. Despues, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, dió el Cura

en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote y para lo que ellos querian, y fué, que dijo al Barbero que lo que habia pensado era, que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irian adónde Don Quijote estaba, fingiendo ser el Cura una doncella afligida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar, como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz ni la demandase cosa de su facienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

De cómo salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al Barbero la invencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedian aquellas cosas. El Cura le contó en bre-

ves razones la locura de Don Quijote, y cómo convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped, el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al Cura de modo que no habia más que ver: púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Vamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro; encasquetóse su sombrero, que era tan grande, que le podia servir de quitasol; y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mujeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba, que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritórnes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido; mas apénas hubo salido de la venta, cuando le vino al Cura un pensamiento: que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese

mucho en ello; y diciéndoselo al Barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba ménos su dignidad; y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso; y trocando la invencion, el Cura le fué informando del modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á Don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió que, sin que se le diese licion, él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entónces, hasta que estuviesen junto de donde Don Quijote estaba; y así, dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la Sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia; que, magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.

Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas para acertar dónde habia dejado á su señor, y en reconociéndole, les dijo cómo aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habian dicho ántes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia es-

cogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que, por no saber leer, le habia respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luégo al momento se viniese á ver con ella; que era cosa que le importaba mucho; porque con esto, y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luégo se pusiese en camino, para ir á ser emperador ó monarca; que en lo de ser arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador, y no arzobispo; porque él tenia para sí que, para hacer mercedes á sus escuderos, más podian los emperadores que los arzobispos andantes; tambien les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle y darle la respuesta de su señora; que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así, determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo.

Entróse Sancho por aquellas quebradas de la Sierra, dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el dia que allí llegaron era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora

las tres de la tarde, todo lo cual hacia el sitio más agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando, pues, los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oidos una voz, que, sin acompañarla són de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba; de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase; porque, aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades; y más cuando advirtieron que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
Y ¿quién aumenta mis duelos?
Los *celos.*
Y ¿quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
Dese modo, én mi dolencia,
Ningun remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza
Desdenes, celos y *ausencia.*

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
Y ¿quién mi gloria repuna?
Fortuna.
Y ¿quién consiente mi duelo?
El cielo.
De ese modo, yo recelo
Morir deste mal extraño,
Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna y *el cielo.*

¿Quién mejorará mi suerte?
La *muerte*.
Y el bien de amor ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males ¿quién los cura?
Locura.
Dese modo, no es cordura
Querer curar la pasion,
Cuando los remedios son
Muerte, *mudanza* y *locura*.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos, esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba; y queriéndolo poner en efeto, hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oidos, cantando este

Soneto.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas, en el cielo
Subiste alegre á las impíreas salas;
Desde allá, cuando quieres, nos señalas
La falsedad cubierta con tu velo,
Por quien á veces se trasluce el celo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Deja el cielo, amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera;
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro; y

los dos con atencion volvieron á esperar si más se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste, tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos; y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse, estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos más de la vez primera cuando de improviso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido), se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y propuso que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entónces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente, que tan á menudo le sacaba de sí mismo; y así, viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y más cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida (porque las razones que el Cura le dijo así lo dieron á entender); y así, respondió desta manera: «Bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y áun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo, me envia, en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas personas que, poniéndome delan-

te de los ojos con vivas y várias razones cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero, como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y áun (lo que peor seria) por de ningun juicio; y no seria maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi pobre seso, que, sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo á caer en la cuenta desta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea; y no sé más que dolerme en vano y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á cuantos oirla quieren; porque, viendo los cuerdos cuál es la causa, no se maravillarán de los efetos; y si no me dieren remedio, á lo ménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi descompostura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, ántes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras; porque quizá, despues de entendido, ahorrareis del trabajo que tomarais en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz.»

Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de

lo que él quisiese en su remedio ó consuelo; y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á Don Quijote y al cabrero, pocos dias atras, cuando por ocasion del maestro Elisabad, y puntualidad de Don Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfeto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin; y así, llegando al paso del billete que habia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

«Cada dia descubro en vos valores que me obli-
»gan y fuerzan á que en más os estime; y así, si
»quisiéredes sacarme desta deuda sin ejecutarme
»en la honra, lo podreis muy bien hacer. Padre
»tengo, que os conoce y que me quiere bien, el
»cual, sin forzar mi voluntad, cumplirá la que
»será justo que vos tengais, si es que me estimais
»como decis, y como yo creo.»

«Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y otro como éste fué por quien quedó Luscinda en la opinion de don Fernando por una de las más discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efetuase. Díjele yo á don Fernando en lo que re-

paraba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello; no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion, le dije que no me aventuraba á decírselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecia que lo que yo deseaba jamas habia de tener efecto. Á todo esto me respondió don Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda.

»¡Oh Mario ambicioso! ¡oh Catilina cruel! ¡oh Sila facineroso! ¡oh Galalon embustero! ¡oh Vellido traidor! ¡oh Julian vengativo! ¡oh Júdas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? ¿Qué ofensa te hice? ¿qué palabras te dije, ó qué consejos te dí que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo ¡desventurado de mí! pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¿Quién pudiera imaginar que don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar

lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que áun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia.

»Digo, pues, que pareciéndole á don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y sólo para este efeto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mesmo dia que se ofreció á hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? ¿pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto; ántes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luégo, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura como yo de la traicion de don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria más la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué fué, que en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente, hasta allí jamas en ella visto; porque siempre nos hablábamos (las

veces que la buena fortuna á mi diligencia lo concedia) con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas ó temores; todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora; exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento; volvíame ella el recambio, alabando en mí lo que, como enamorada, le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que más se extendia mi desenvoltura era á tomarle, casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero, por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba : claros indicios, que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada.

»Llegué al lugar donde era enviado, dí las cartas al hermano de don Fernando, fuí bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin

su sabiduría; y todo fué invencion del falso don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luégo. Órden y mandato fué éste que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero, con todo esto, obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que le habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre, ántes de leerla, quién se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino; díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo : «Hermano, si sois cristiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego, luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo»; «y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado. Y luego, sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana; aunque primero vió

cómo yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba. Y así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla; y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba (porque yo, señor, os conozco muy bien); y obligado asimesmo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo á dárosla; y en diez y seis horas que há que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas.»

»En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apénas podia sostenerme. En efeto, abrí la carta, y ví que contenia estas razones:

«La palabra que don Fernando os dió, de hablar »á vuestro padre para que hablase al mio, la ha »cumplido mucho más en su gusto que en vuestro »provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por »esposa; y mi padre, llevado de la ventaja que él »piensa que don Fernando os hace, ha venido en »lo que quiere con tantas veras, que de aquí á dos »dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y »tan á solas, que sólo han de ser testigos los cie»los y alguna gente de casa. Cuál yo quedo, ima»ginaldo; si os cumple venir, veldo; y si os quiero »bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á »entender. Á Dios plega que ésta llegue á vuestras »manos ántes que la mia se vèa en condicion de »juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la »fe que promete.»

»Estas en suma fueron las razones que la carta

contenía, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conocí entónces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda, que con tantos años de servicios y deseos tenia granjeada, me pusieron alas; pues, casi como en vuelo, el propio dia me puse en mi lugar, al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta; y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luégo, y conocíla yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una mujer! Ninguno por cierto. Digo, pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: «Cardenio, de boda estoy vestida; ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos, que ántes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones... una daga llevo escondida, que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo.» Yo le respondí, turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: «Hagan, señora, tus obras verdaderas tus

palabras; que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria.»

»No creo que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa, ni podia moverme á parte alguna; pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas; y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que, sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver sin ser visto todo cuanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon miéntras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni áun es bien que se digan; basta que sepais que el desposado entró en la sala, sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera, sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien

era la perfecion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido; sólo pude advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor á los ojos ofrecian.

»¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entónces hizo, para que, movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, á lo ménos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago; que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso.»

Á esto le respondió el Cura que, no sólo no se cansaban en oirle, sino que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento.

«Digo, pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia; y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿Quereis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente,*

por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia? yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte ó la confirmacion de mi vida. ¡Oh! ¿quién se atreviera á salir entónces, diciendo á voces: ¡Ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tú *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto? ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Qué quieres? ¿qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido.» ¡Ah loco de mí! Ahora, que estoy ausente y léjos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice; ahora, que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme; en fin, pues fuí entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco.

»Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *Sí quiero;* y lo mesmo dijo don Fernando; y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa; y ella, poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada

en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedé yo, viendo en el *sí* que habia oido burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos; sólo el fuego se acrecentó de manera, que todo ardia de rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que don Fernando tomó luégo y se le puso á leer á la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese.

»Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion, si me viesen, de hacer un desatino, tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y áun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento, que despues acá me ha faltado; y así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que, por estar tan sin pensamiento mio, fuera fácil tomarla), quise tomarla de mí mismo,

y ejecutar en mí la pena que ellos merecian; y áun quizá con más rigor del que con ellos se usara si entónces les diera muerte, pues de la que se recibe repentina, presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula; hice que me la ensillase; sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla; y cuando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho.

»Díle títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien más liberal y franca la fortuna se habia mostrado; y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida, en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condecender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recebirle se podia pensar ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad; cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo que, puesto que ella dijera que yo era su esposo,

vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan; pues ántes de ofrecérseles don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella, ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia; que yo viniera y condecendiera con todo cuanto ella acertara á fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos.

» Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de aquella noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hácia dónde era lo más áspero destas sierras. Dijéronme que hácia esta parte: luego me encaminé á ella, con intencion de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre, se cayó mi mula muerta, ó lo que yo más creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad

remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio; y yo he sentido en mí, despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro deseo ni intento entónces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apénas puedo moverme: mi más comun habitacion es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo.

»Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así, aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo; otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extraña vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de don Fernando; que si esto él hace, sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensa-

mientos; donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma; que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle.

»Esta es ¡oh señores! la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal, que pueda celebrarse con ménos sentimientos que los que en mí habeis visto; y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio; porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser ajena, siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion; yo querré, con procurar perderme, hacer contenta su voluntad; y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle; y en mí es causa de mayores sentimientos y males, porque áun pienso que no se han de acabar con la muerte.»

Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta parte desta narracion; que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

CAPÍTULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y Barbero sucedió en la misma Sierra.

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quijote de la Mancha; pues por haber tenido tan honrosa determinacion como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta Órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitadá de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia; la cual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el Cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oidos, que con tristes acentos decia desta manera:

«¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y ¡cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males!»

Todas estas razones oyeron y percibieron el Cura y los que con él estaban; y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detras de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo, vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entónces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos; ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales, que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habian sido sentidos, el Cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí habia : así lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el cual traia puesto un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca; traia asimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda; tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia.

Acabóse de lavar los hermosos piés; y luego, con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió ; y al querer quitársele, alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio

dijo al Cura con voz baja: «Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina.»

El mozo se quitó la montera; y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecia labrador era mujer, y delicada, y áun la más hermosa que hasta entónces los ojos de los dos habian visto, y áun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda; que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos; que, si no eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvieron de peine unas manos que si los piés en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual en más admiracion, y en más deseos de saber quién era, ponia á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse; y al movimiento que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza; y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian; y apénas los hubo visto, cuando se levantó en pié, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando, no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo; lo cual visto por los

tres, salieron á ella, y el Cura fué el primero que le dijo: «Deténeos, señora, quien quiera que seais; que los que aquí veis sólo tienen intencion de serviros: no hay para qué os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir.» Á todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa.

Llegaron, pues, á ella; y asiéndola por la mano el Cura, prosiguió diciendo: «Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es ésta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo ménos para darles consejo; pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, miéntras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte; que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias.»

En tanto que el Cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos, sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mismo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo: «Pues que la sole-

dad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, y la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese, seria más por cortesía que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido; puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par dé la compasion, la pesadumbre, porque no habeis de hallar ni medio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas; pero, con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera.»

Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura; y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres alrededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

«En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman

Grandes en España; éste tiene dos hijos: el mayor, heredero de su estado, y, al parecer, de sus buenas costumbres; y el menor, no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que, si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres; bien es verdad que no son tan bajos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que á mí me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos rancios; pero tan ricos, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y áun de caballeros; puesto que, de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija; y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamas regalaron.

»Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto; y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, ansí lo era de su hacienda. Por mí se recebian y despedian los criados; la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia, pasaba por mi ma-

no; los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente... de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban, despues de haber dado lo que convenia al mayoral ó capataces y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta, pues, era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo.

»Es, pues, el caso que, pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monesterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa (porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de nuestras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apénas vian mis ojos más tierra de aquella donde ponia los piés); con todo esto, los del amor,

ó los de la ociosidad, por mejor decir, á quien los del lince no pueden igualarse, me vieron, puestos en la solicitud de don Fernando; que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado.»

No hubo bien nombrado á don Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venia; mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quién ella era; la cual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo: «Y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores, cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas, por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes; los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes que, sin saber cómo, á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos; todo lo cual, no sólo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como si fuera don Fernando mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera

para el efeto contrario; no porque á mí me pareciese mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas (que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas); pero á todo eso se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese.

»Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y don Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dijese otra cosa, más se encaminaban á su gusto que á mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos; pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy léjos, esperanza de alcanzar su deseo.

»Todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar más

su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la cual, si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente, don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo ménos porque yo tuviese más guardas para guardarme; y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oireis, y fué, que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad y silencio deste encierro, me le hallé delante; cuya vista me turbó de manera, que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua; y así, no fuí poderosa de dar voces... ni áun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme, segun estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacia el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion.

»Yo, pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comencé, no sé en qué modo, á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros; y así, pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun

tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con más ánimo del que pensé que pudiera tener le dije: «Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla como es posible dejar de haber sido lo que fué; así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava; ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia: y en tanto me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningun efeto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera; de modo que, como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no esperes que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo.» «Si no reparas más que en eso, bellísima Dorotea (que este es el nombre desta desdichada), dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes.»

Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento, por ver en qué venia á parar lo que él ya casi sabia; sólo dijo: «¿Que Dorotea es tu nombre, señora! Otra he oido yo decir del mesmo, que quizá corre parejas con tus desdichas. Pasa adelante; que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te lastimen.»

Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabia se la dijese luego, porque si algo le habia dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenia para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que, á su parecer, ninguno podia llegar que el que tenia acrecentase un punto.

«No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo.

— Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando don Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio, y con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido; puesto que ántes que acabase de decirlas, le dije que mirase bién lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recebir de verle casado con una villana, vasalla suya; que no le cegase mi hermosura, tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella dis-

culpa de su yerro; y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte al igual de lo que mi calidad pedia; porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan.

»Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento; bien ansí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes.

»Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí mesma: «Sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será don Fernando el primero á quien hermosura ó ciega aficion, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza. Pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en éste no dure más la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo; que en fin, para con Dios seré su esposa; y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que, no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuán sin ella he venido á este punto; porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio!»

»Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion; y sobre todo, me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que

fué, sin yo pensarlo, mi perdicion, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que, acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo; tornó don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamas me habia dejado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido.

»El dia que sucedió á la noche de mi desgracia se venia, aún no tan apriesa como yo pienso que don Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto porque don Fernando dió priesa por partirse de mí; y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, ántes que amaneciese se vió en la calle; y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y para más confirmacion de su palabra, sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto, él se fué, y yo quedé, ni sé si triste ó alegre; esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo

ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á don Fernando en mi mismo aposento; porque áun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á don Fernando que por el mesmo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que, cuando él quisiese, aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en más de un mes, que en vano me cansé en solicitallo; puesto que supe que estaba en la villa y que los más dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado.

»Estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y áun á descreer de la fe de don Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras que en reprension de su atrevimiento ántes no habia oido; y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron los respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos; y esto fué, porque de allí á pocos dias se dijo en el lugar cómo en una ciudad allí cerca se habia casado don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se

llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiracion.»

Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: «Llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se me encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entónces con pensar de poner aquella mesma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. Él, despues que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion; viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luégo al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros, por lo que podia suceder; y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pié, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo ménos á decir á don Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria;

y en entrando por la ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y el primero á quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oir. Díjome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija; cosa tan pública en la ciudad, que se hacian corrillos para contarla por toda ella. Díjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el *sí* de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo; y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que, á lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la mesma ciudad; y que si habia dado el *sí* á don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se habria quitado la vida; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Díjome más: que luego se ausentó don Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres cómo ella

era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe ademas que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios; y que, en viéndola desposada, lo cual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de cómo él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello; y más hablaron cuando supieron que Luscinda habia faltado de casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella; de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que áun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio para traerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano y que estaba más obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida, que ya aborrezco.

« Estando, pues, en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon, donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de mi edad, y del mesmo traje que traia; y oí decir que se creia que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino; cosa que me

llegó al alma, por ver cuán de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi huida, sino añadir el con quién, siendo sujeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida; y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña, con el miedo de no ser hallados. Pero, como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí; porque mi buen criado, hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que, á su parecer, estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y ménos temor de Dios ni respeto mio, me requirió de amores; y viendo que yo con ásperas y justas palabras respondia á la desvergüenza de su propósito, dejó aparte los ruegos, de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias de manera, que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo; y luego, con más ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo há no sé cuántos meses que entré en ellas, donde hallé un

ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta Sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo, por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado; y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado; y así, tuve por menor inconveniente dejalle, y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis discursos. Digo, pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

CAPÍTULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.

»Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas

que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Sólo os ruego (lo que con facilidad podreis y debeis hacer) que me aconsejeis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que, aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa sólo del pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de su vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ajeno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida.»

Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color, que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron, los que escuchado la habian, tanta lástima como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: «En fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo!»

Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba (porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido); y así, le dijo: «Y ¿quién sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado.

—Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura que, segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo; soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traido á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á los desposorios de don Fernando, y el que aguardó á oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda; yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho; porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y así, dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese; y víneme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, áun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos; porque, presupuesto que Luscinda no pudo casarse con don Fernando por ser mia, ni don Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía

en ser, y no se ha enajenado ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro, por la fe de caballero y de cristiano, de no desampararos hasta veros en poder de don Fernando, y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo, por acudir en la tierra á los vuestros. »

Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea; y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los piés para besárselos; mas no lo consintió Cardenio; y el Licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden cómo buscar á don Fernando, ó cómo llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que más les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles. Contó asimismo con brevedad la causa

que allí los habia traido, con la extrañeza de la locura de Don Quijote, y cómo aguardaban á su escudero, que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quijote habia tenido, y contóla á los demas; mas no supo decir por qué causa fué su cuestion.

En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que, por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces. Saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quijote, les dijo cómo le habia hallado desnudo, en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que, puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante, corria peligro de no venir á ser emperador como estaba obligado, ni áun arzobispo, que era lo ménos que podia ser : por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El Licenciado le respondió que no tuviese pena; que ellos le sacarian de allí, mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quijote, á lo ménos para llevarle á su casa; á lo cual dijo Dorotea que ella haria la doncella menesterosa mejor que el Barbero; y más, que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester

para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas, cuando pedian sus dones á los andantes caballeros.

«Pues no es menester más, dijo el Cura, sino que luego se ponga por obra; que sin duda la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester.»

Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello, y más, dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entónces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que más se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura; y así, preguntó al Cura con grande ahinco le dijese quién era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales.

«Esta hermosa señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es, como quien no dice nada... es la heredera, por línea recta de varon, del gran reino de Micomicon de Etiopía, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es el que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le

tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa.

—¡Dichosa buscada y dichoso hallazgo! dijo á esta sazon Sancho Panza; y más si mi amo es tan venturoso, que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice; que sí matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma; que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recebir Órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos; que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado; y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo (como tengo) mujer y hijos, seria nunca acabar; así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre.

—Llámase, respondió el Cura, la princesa Micomicona; porque, llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así.

—No hay duda en eso, respondió Sancho; que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Úbeda, y Diego de Valladolid; y

esto mesmo se debe de usar allá en Guinea : tomar las reinas los nombres de sus reinos.

— Así debe de ser, dijo el Cura; y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos»; con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin duda alguna se daba á entender que habia de venir á ser emperador.

Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde Don Quijote estaba; al cual advirtieron que no dijese que conocia al Licenciado ni al Barbero; porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo; puesto que ni el Cura ni Cardenio quisieron ir con ellos : Cardenio, porque no se le acordase á Don Quijote la pendencia que con él habia tenido; y el Cura, porque no era menester por entónces su presencia; y así, los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié poco á poco. No dejó de avisar el Cura lo que habia de hacer Dorotea; á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haría, sin faltar punto, como lo pedian y pintaban los libros de caballerías.

Tres cuartos de legua habrian andado, cuando descubrieron á Don Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado; y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era Don Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado Barbero; y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y

fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le fabló en esta guisa: «De aquí no me levantaré ¡oh valeroso y esforzado caballero! fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura, que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas.

— No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quijote, ni oiré más cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra.

— No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido.

— Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave.

— No será en daño ni en mengua de los que decis, mi buen señor», replicó la dolorosa doncella.

Y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo: «Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide; que no es cosa de nada: sólo es matar á un gigantazo; y ésta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopía.

— Sea quien fuere, respondió Don Quijote; que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo»; y volviéndose á la doncella, dijo: «La vuestra gran fermosura se levante; que yo le otorgo el don que pedirme quisiere.

— Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino..

— Digo que así lo otorgo, respondió Don Quite; y así, podeis, señora, desde hoy más desechar la malenconía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos bríos y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que, con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os vereis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor; que en la tardanza, dicen que suele estar el peligro.»

La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamas lo consintió; ántes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que, como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual, viéndose armado, dijo: «Vamos

de aquí, en el nombre de Dios, á favorecer esta gran señora.»

Estábase el Barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula; luego subió Don Quijote sobre Rocinante, y el Barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le representó la pérdida del Rucio, con la falta que entónces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo ménos rey de Micomicon; sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habian de ser todos negros, á lo cual halló luego en su imaginacion un buen remedio, y díjose á sí mismo: «¿Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros! ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio, con que vivir descansado todos los dias de mi vida! No, sino dormíos, y no tengais ingenio y habilidad para disponer de las cosas, y para vender tres, seis ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios, que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por ne-

gros que sean, los he de volver blancos ó amarillos : llegaos; que me mamo el dedo.»

Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié.

Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué, que con unas tijeras, que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon; y quedó tan otro de lo que ántes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera, aunque á un espejo se mirara.

Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pié. En efeto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la Sierra; y así como salió della Don Quijote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo; y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él, abiertos los brazos y diciendo á voces : «Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota Don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes.»

Y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de

la pierna izquierda á Don Quijote, el cual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el Cura no lo consintió, por lo cual Don Quijote decia: «Déjeme vuestra merced, señor Licenciado; que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié.

— Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el Cura; estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto; que á mí (aunque indigno, sacerdote) bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo; y áun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que áun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto.

— Aun no sabia yo tanto, mi señor Licenciado, respondió Don Quijote; y yo sé que mi señora la Princesa será servida, por mi amor, de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula; que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.

— Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la Princesa; y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero; que él es tan cortés y tan cristiano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié, pudiendo ir á caballo.

— Así es», respondió el Barbero; y apeándose

en un punto, convidó al Cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar; y fué el mal, que al subir á las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de alquiler (que para decir que era mala esto basta), alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que, á darlas en el pecho de Maese Nicolas ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quijote. Con todo eso, le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron; y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas.

Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas, sin quijadas y sin sangre, léjos del rostro del escudero caido, dijo: «¡Vive Dios, que es gran milagro este! Las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran á posta.»

El Cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacia Maese Nicolas, dando aún voces todavía; y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de ántes; de que se admiró Don Quijote sobremanera, y rogó al Cura que, cuando tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo; que él entendia que su virtud á más que pegar barbas se debia de extender; pues estaba claro que, de donde las barbas se quitasen, habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y

que pues todo esto sanaba, á más que barbas aprovechaba.

«Así es, dijo el Cura»; y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que, por entónces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta, que estaría hasta seis leguas de allí.

Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quijote, la Princesa y el Cura; y los tres á pié, Cardenio, el Barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á la doncella: «Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde más gusto le diere.»

Y ántes que ella respondiese, dijo el Licenciado: «¿Hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos.»

Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí; y así dijo: «Sí, señor, hácia ese reino es mi camino.

—Si así es, dijo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura; y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

—Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella; porque no há dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso, he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es al señor Don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas

llegaron á mis oidos así como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

—No más; cesen mis alabanzas, dijo á esta sazon Don Quijote, porqué soy enemigo de todo género de adulacion; y aunque ésta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que ora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados y tan á la ligera, que me pone espanto.

—Á eso yo responderé con brevedad, respondió el Cura; porque sabrá vuestra merced, señor Don Quijote, que yo y Maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mio, que há muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos, que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al Barbero ponérselas postizas, y áun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mesmo sitio un hombre tan valiente, que, á pesar del Comisario y de las guardas, los soltó á todos; y sin duda al-

guna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, al oso entre la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos; quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba; quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo.» Habíales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia Don Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. «Estos, pues, dijo el Cura, fueron los que nos robaron; que Dios, por su misericordia, se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.»

CAPÍTULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

No hubo bien acabado el Cura, cuando Sancho dijo: «Pues, mia fe, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo; y no porque yo no le dije ántes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.

—Majadero, dijo á esta sazon Don Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averi-

guar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus desgracias; sólo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga; y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde más largamente se contiene »; y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrion; porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quijote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos; y viéndole tan enojado, le dijo : « Señor caballero, miémbresele á la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea. Sosiegue vuestra merced el pecho; que si el señor Licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y áun se mordiera tres veces la lengua, ántes que haber dicho palabra, que en despecho de vuestra merced redundara.

— Eso juro yo bien, dijo el Cura, y áun me hubiera quitado un bigote.

— Yo callaré, señora mia, dijo Don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo, os suplico me digais, si no se os hace de mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfactoria y entera venganza.

— Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias.

— No enfadará, señora mia», respondió Don Quijote.

A lo que respondió Dorotea: «Pues así es, estenme vuestras mercedes atentos.»

No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el Barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingia su historia la discreta Dorotea; y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera: «Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman...»

Y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: «No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras; que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que áun de sus mesmos nom-

bres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.

—Así es la verdad, respondió la doncella; y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada; que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el Rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la Reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista... porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reves, como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno y por poner miedo y espanto á los que mira... Digo que supo que este gigante, en sabiendo mi orfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas, á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la

pura verdad; porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejáse desembarazado el reino, si queria excusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los mios, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote ó don Jigote.

— Don Quijote diria, señora, dijo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre, el Caballero de la Triste Figura.

— Así es la verdad, dijo Dorotea. Dijo más: que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. »

En oyendo esto Don Quijote, dijo á su escudero: «Ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar; que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio Rey dejó profetizado.

— Pues ¿para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea.

— Para ver si tengo ese lunar, que vuestro padre dijo, respondió Don Quijote.

—No hay para qué desnudarse, dijo Sancho; que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.

—Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas; y que esté debajo del hombro ó que esté en el espinazo importa poco: basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne; y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quijote; que él es por quien mi padre lo dijo; pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no sólo en España, pero en toda la Mancha; pues apénas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mesmo que venia á buscar.

—Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quijote, si no es puerto de mar!»

Mas ántes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano y dijo: «Debe de querer decir la señora Princesa que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna.

—Eso quise decir, dijo Dorotea.

—Y esto lleva camino, dijo el Cura; y prosiga Vuestra Majestad adelante.

—No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino; pues él, por su cortesía y magnificencia, me ha prome-

tido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre, el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas (que yo no las sé leer) que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi reino, junto con la de mi persona.

—¿Qué te parece, Sancho amigo! dijo á este punto Don Quijote. ¿No oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar, y reina con quien casar.

—Eso juro yo, dijo Sancho: ¡pára el puto que no se casare, en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado! Pues ¡monta, que es mala la reina! Así se me vuelvan las pulgas de la cama»; y diciendo esto, dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas, en señal que la recibia por su reina y señora.

¿Quién no habia de reir, de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado! En efeto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien, que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que re-

novó la risa en todos. «Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia; sólo resta por deciros que, de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sino sólo este bien barbado escudero; porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas á tierra, como por milagro; y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado; y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor Licenciado dijo al principio de mi cuento : que los trabajos continuos y extraordinários quitan la memoria al que los padece.

— Esa no me quitarán á mí ¡oh alta y valerosa señora! dijo Don Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean; y así, de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada; y despues de habérsela tajado, y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere; porque miéntras que yo tuviere ocupada la memoria, perdido el entendimiento y cautiva la voluntad por aquella... y no digo más... no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix.»

Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alzando la voz, dijo: «¡Voto á mí,

y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quijote, cabal juicio! Pues ¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta! ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni áun con la mitad, y áun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante. ¡Así, noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo! Cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanas, y tome ese reino que se le viene á las manos de *vobis*, *vobis*, y en siendo rey, hágame marqués ó adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo.»

Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir; y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitára allí la vida.

«¿Pensais, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo! Pues no lo penseis, bellaco descomulgado; que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabeis vos, gañan, faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperina, y ¿quién pensais que

ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y sér. ¡Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido! que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo.»

No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decia; y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo : «Dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no será el reino suyo; y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo. Cásese vuestra merced una por una con esta Reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea; que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto; que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bién; puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea.

—¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo! dijo Don Quijote; pues ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte!

—Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes, punto por punto; pero así á bulto me parece bien.

—Ahora te disculpo, dijo Don Quijote; y perdóname el enojo que te he dado; que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.

—Ya yo lo veo, respondió Sancho; y así, en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir, por una vez siquiera, lo que me viene á la lengua.

—Con todo eso, dijo Don Quijote, mira, Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no te digo más.

—Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quién hace más mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo.

—No haya más, dijo Dorotea. Corred, Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios; y no digais mal de aquesa señora Tobosa, á quien yo no conozco, si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado, donde vivais como un príncipe.»

Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente; y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantase un poco; que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia.

Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole Don Quijote: «Despues que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que tru-

jiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

— Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho; que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo.

— ¿Por qué lo dices, Sancho? dijo Don Quijote.

— Dígolo, respondió, porque estos palos de agora, más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, sólo por ser cosa de vuestra merced.

— No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo Don Quijote; que me dan pesadumbre. Ya te perdoné entónces, y bien sabes tú que suele decirse: Á pecado nuevo penitencia nueva. »

Miéntras esto pasaba vieron venir por el camino, donde ellos iban, á un hombre caballero sobre un jumento; y cuando llegó cerca, les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apénas hubo visto al hombre, cuandó conóció que era Gines de Pasamonte; y por el hilo del gitano, sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el Rucio sobre que Pasamonte venia; el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se habia puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia muy bien hablar, como si fueran naturales suyas.

Vióle Sancho y conocióle; y apénas le hubo vis-

to y conocido, cuando á grandes voces le dijo: «¡Ah ladron Ginesillo! deja mi prenda, suelta mi vida, no te ensanches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo; huye, puto; auséntate, ladron, y desampara lo que no es tuyo.»

No fueran menester tantas palabras ni baldónes, porque á la primera saltó Gines; y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su Rucio, y abrazándole, le dijo: «¿Cómo has estado, bien mio, Rucio de mis ojos, compañero mio?» y con esto, le besaba y acariciaba como si fuera persona; el asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responder palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del Rucio, especialmente Don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció.

En tanto que los dos iban en esta plática, dijo el Cura á Dorotea que habia andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías.

Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna.

«Yo lo entendí así, dijo el Cura, y por eso acudí luégo á decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero ¿no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros!

— Sí es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista,

que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.

—Pues otra cosa hay en ello, dijo el Cura; que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice, tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y capaz de todo; de manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.»

En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quijote con la suya, y dijo á Sancho: «Echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno: ¿dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿qué hacia? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leia mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármele.

—Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.

—Así es como tú dices, dijo Don Quijote, porque el librillo de memoria, donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos horas de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer cuando te vieses sin carta; y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras ménos.

— Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella.

— Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote.

— No señor, respondió Sancho, porque despues que la dije, como vi que no habia de ser de más provecho, dí en olvidalla; y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo, del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura;* y en medio destas dos cosas le puse más de trescientas almas y vidas y ojos mios.

CAPÍTULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos.

— Todo eso no me descontenta: prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste: y ¿qué hacia aquella reina de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo caballero.

— No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

— Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, toca-

dos de sus manos; y si miraste, amigo, el trigo, ¿era candeal ó trechel?

—No era sino rubion, respondió Sancho.

—Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ó ¿qué hizo?

—Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena porcion de trigo que tenia en la criba, y díjome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está.»

—¡Discreta señora! dijo Don Quijote; eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho. Y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí? y tú ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.

—Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced, por su servicio, quedaba, haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles y sin peinarse la barba, llorando, y maldiciendo su fortuna.

—En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo Don Quijote; porque ántes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

—Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí más de un coto.

—Pues ¿cómo, Sancho! dijo Don Quijote. ¿Has te medido tú con ella?

—Medíme en esta manera, respondió Sancho; que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo.

—Pues ¡es verdad, replicó Don Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil y mil dones y gracias del alma! Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á dalle nombre? Digo, un tuho ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero.

—Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debia de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

—No seria eso, respondió Don Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo; porque yo sé bien á lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido.

—Todo puede ser, respondió Sancho; que muchas veces sale de mí aquel olor, que entónces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse; que un diablo parece á otro.

—Y bien, prosiguió Don Quijote: hé aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino; ¿qué hizo cuando leyó la carta?

— La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir; ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos; y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente, me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquestos matorrales y se dejase de hacer disparates, y se pusiese, luego, luego, en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced *el Caballero de la Triste Figura:* preguntéle si habia ido allá el vizcaíno de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien; tambien le pregunté por los galeotes; mas díjome que no habia visto hasta entónces alguno.

— Todo va bien hasta agora, dijo Don Quijote; pero dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? porque es usada y antigua costumbre, entre los caballeros y damas andantes, dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas, de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias y en agradecimiento de su recado.

— Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados; que ahora sólo se debe de acostumbrar el

dar un pedazo de pan y queso; que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí, y áun, por más señas, era el queso ovejuno.

— Es liberal en extremo, dijo Don Quijote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua: yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de dos dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas; por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo (porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no seria buen caballero andante), digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses; que hay sabio destos que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro dia más de mil leguas de donde anocheció; y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso; que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla, y está ya á punto de muerte; y cuando ménos me cato, asoma por acullá, encima de una nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco ántes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte; y á la noche se halla en su posada, cenando muy á su sa-

bor; y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas; y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros; así qué, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso; pues, como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.

—Así seria, dijo Sancho, porque á buena fé que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos.

—Y ¡cómo si llevaba azogue! dijo Don Quijote, y áun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero, dejando esto aparte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora, acerca de lo que mi señora me manda, que la vaya á ver? Que, aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra ántes que mi gusto. Por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora; por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante; y en llegando, le cortaré la cabeza, y pondré á la Princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra, á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento

de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzare por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo.

—¡Ay! dijo Sancho, y ¡cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor: ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como éste, donde le dan en dote un reino! que á buena verdad que he oido decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos. Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí está nuestro Licenciado, que lo hará de perlas; y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que éste que le doy le viene de molde; que más vale pájaro en mano que buitre volando; porque quien bien tiene y mal escoge, por mal que le enoje no se venga.

—Mira, Sancho, respondió Don Quijote; si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente; porque yo sacaré de adahala ántes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé, sino á tí?

— Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que yo me he dicho; y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio; que por Dios, que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.

— Dígote, Sancho, dijo Don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir ántes con la Princesa que á ver á Dulcinea; y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que, pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí, los descubra.

— Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firmar de su nombre que la quiere bien y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fueren se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos?

— ¡Oh qué necio y qué simple que eres! dijo Don Quijote. ¿Tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan más sus

pensamientos que á servilla por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos déseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros.

—Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena; aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese.

—¡Válate el diablo por villano! dijo Don Quijote, y ¡qué de discreciones dices á las veces! No parece sino que has estudiado.

—Pues á fe mia que no sé leer», respondió Sancho.

En esto les dió voces Maese Nicolas, que esperasen un poco; que querian detenerse á comer en una fuenteeilla que allí estaba. Detúvose Don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras; porque, puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian.

Estando en esto acertó á pasar por allí un muchacho, que iba de camino; el cual, poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quijote, y abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy

de propósito, diciendo: «¡Ay señor mio! ¿no me conoce vuestra merced? Pues míreme bien; que yo soy aquel mozo, Andres, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.»

Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo: «Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa; acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo; y así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento; respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian más de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: «Señor, no me azota sino porque le pido mi salario.» El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales, aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas. En resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y áun sahumados. ¿No es verdad

todo esto, hijo Andres? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde; no te turbes, ni dudes en nada; di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

—Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al reves de lo que vuestra merced se imagina.

—¿Cómo al reves! replicó Don Quijote. Luego ¿no te pagó el villano?

—No sólo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un san Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que, á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entónces me hizo: de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa; porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debia; mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera; y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo, descargó sobre mí el nublado

de modo, que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

—El daño estuvo, dijo Don Quijote, en irme yo de allí; que no me habia de ir hasta dejarte pagado; porque bien debia yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar, aunque se escondiese en el vientre de una ballena.

—Así es la verdad, dijo Andres; pero no aprovechó nada.

—Ahora verás si aprovecha», dijo Don Quijote; y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian.

Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria. Él le respondió que queria ir á buscar al villano, y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo.

Á lo que ella respondió que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

«Así es verdad, respondió Don Quijote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decis; que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

—No me creo desos juramentos, dijo Andres;

más quisiera tener agora con qué llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo; déme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo.»

Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: «Tomá, hermano Andres; que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

—Pues ¿qué parte os alcanza á vos? preguntó Andres.

—Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho; que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y áun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen.»

Andres asió de su pan y queso; y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomo el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á Don Quijote: «Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuántos caballeros andantes han nacido en el mundo.»

Ibase á levantar Don Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andres, y fué menester que los de-

mas tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.

Acabóse la breve comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza; y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritórnes, que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, les salieron á recebir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y pausa, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daria de príncipe. Don Quijote dijo que sí haria; y así, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon de márras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de sueño.

No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al Barbero, y asiéndole de la barba, dijo: «Para mi santiguada, que no se ha vuestra merced de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza; digo el peine, que solia yo colgar de mi buena cola.»

No se la queria dar el Barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el Licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su

misma forma, y dijese á Don Quijote que, cuando le despojaron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino cómo ella iba, y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el Barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y áun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida; y á todo esto dormia Don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le haria por entónces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritórnes y todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quijote y del modo que le habian hallado; la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido; y mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron; y como el Cura dijese que los libros de caballerías que Don Quijote habia leido le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: «No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que, á lo que yo entiendo, no hay mejor leyenda en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos; porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen

aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. Á lo ménos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias.

—Y yo ni más ni ménos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer; que estais tan embobado, que no os acordais de reñir por entónces.

—Así es la verdad, dijo Maritórnes; y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindás; y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos, abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciendo la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto... digo que todo esto es cosa de mieles.

—Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el Cura, hablando con la hija del ventero.

—No sé, señor, en mi ánima, respondió ella; tambien yo lo escucho; y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras; que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasion que les tengo.

—Luego, ¿bien los remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran?

—No sé lo que me hiciera, respondió la moza; sólo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil insolencias; y ¡Jesus! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que, por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera ó que se vuelva loco; y no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cásense con ellos; que ellos no desean otra cosa.

—Calla, niña, dijo la ventera; que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.

—Como me lo preguntaba este señor, respondió ella, no pude dejar de respondelle.

—Ahora bien, dijo el Cura, traedme, señor huésped, aquesos libros; que los quiero ver.

—Que me place», respondió él; y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla; y abriéndola el Cura, halló en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro *Don Félixmarte de Hircania*, y el otro la *Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba, con la Vida de Diego García de Paredes.*

Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero y dijo: «Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No hacen, respondió el Barbero; que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea; que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

—Luego ¿quiere vuestra merced quemar mis libros! dijo el ventero.

—No más, dijo el Cura, que estos dos: el de don Cirongilio y el de Félixmarte.

— Pues ¿por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar?

— Cismáticos, querreis decir, amigo, dijo el Barbero, que no flemáticos.

— Así es, replicó el ventero; mas, si alguno quiere quemar, sea ése del Gran Capitan y dese Diego García; que ántes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros.

— Hermano mio, dijo el Cura, estos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos, y éste del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido; y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronistá propio, las escribiera otro, libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquíles y Roldanes.

— ¡Tomaos con mi padre! dijo á lo dicho el ventero; ¡mirad de qué se espanta! ¡de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que hizo Félixmarte de Hircania,

que de un reves solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños; y otra véz arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde iban más de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia! que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde se cuenta que navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego; y él, así como la vió, se arrojó sobre ella y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay más que oir. Calle, señor; que si oyese esto, se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice.»

Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: «Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote.

— Así me parece á mí, respondió Cardenio; porque, segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni ménos que lo escriben; y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.

— Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Félixmarte de Hircania ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerías cuentan; porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decis, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

— Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla; porque, por Dios, que no soy nada bobo. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos, que quitan el juicio!

— Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es natural, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguno destos libros; y si me fuera lícito agora,

y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y áun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y en este entre tanto roed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y ¡quiera Dios que no cojeeis del pié que cojea vuestro huésped, Don Quijote!

— Eso no, respondió el ventero; que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.»

Á la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras; y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaria de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo.

Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el Cura le dijo: «Esperad; que quiero ver qué papeles son esos, que de tan buena letra están escritos.»

Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió el Cura hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un título grande, que decia: *Novela del Curioso impertinente.* Leyó el Cura

para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: «Cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda.»

Á lo que respondió el ventero: «Pues bien puede leella su reverencia; porque le hagó saber que á algunos huéspedes que aquí la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles; que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo; y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver; que, aunque ventero, todavía soy cristiano.

— Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el Cura; mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar.

— De muy buena gana», respondió el ventero. Miéntras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella; y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen.

«Sí leyera, dijo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

— Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues áun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razon.

— Pues desa manera, dijo el Cura, quiero leerla, por curiosidad siquiera; quizá tendrá alguna de gusto.»

Acudió Maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien; lo cual visto del Cura, y entendien-

do que á todos daria gusto y él le recibiria; dijo: «Pues así es, esténme todos atentos; que la novela comienza desta manera:

CAPÍTULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso impertinente.

»En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que, por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian *los dos amigos* eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen; bien es verdad que el Anselmo era algo más inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecia, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo; y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado reloj que así lo anduviese.

»Andaba Anselmo perdido de amores de Camila, doncella principal y hermosa, de la misma ciudad, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en ejecucion; y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que

deseaba; y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero, acabadas las bodas y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que cuando eran solteros; porque, aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender áun de los mesmos hermanos, cuanto más de los amigos.

»Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho; y que si, por la buena correspondencia que los dos tenian miéntras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese, por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así, le suplicaba (si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos) que volviese á ser señor de su casa y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole

que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que, por haber sabido ella con cuántas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza.

»Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario, para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas, fuese Lotario á comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer más de aquello que viese que más convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito le estaba en más que el suyo propio.

»Decia él, y decia bien, que el casado, á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener en ver qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su mujer conversaba; porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien más satisfacion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder tuviese; porque suele acontecer que, con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice, por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó nó, le seria de honra ó de vi-

tuperio; de lo cual siendo del amigo advertido, fácilmente pondria remedio en todo. Pero ¿dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide! No lo sé yo por cierto; sólo Lotario era éste, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, sisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa; porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila; que, puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo; y por esto los más de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables; así que, en quejas del uno y disculpas del otro, se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió, pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las siguientes razones:

«Pensarás, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido, y sobre todo al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia: dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, sí en el que puedo. Pues, con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden

vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo; porque, no sé de qué dias á esta parte, me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos; y así me ha sido posible salir con este propósito como si de industria procurara decillo á todo el mundo; y pues que en efeto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura.»

»Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo; y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy léjos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos pensamientos, pues tenia por cierto que se podia prometer dél, ó ya consejos para contenellos, ó ya remedio para cumplillos.

»—Así es la verdad, respondió Anselmo; y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es de ver si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfeta como yo pienso; y no puedo enterarme en esta verdad si no es probándola

de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro; porque yo tengo para mí ¡oh amigo! que no es una mujer más buena de cuanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las contínuas importunidades de los solícitos amantes. Porque ¿qué hay que agradecer, decia él, que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Ansí que, la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento: de modo que, por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en él sus deseos; y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo el vaso de mis deseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia. Y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para de-

jar de ponerle por la obra, quiero ¡oh amigo Lotario! que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto; que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada. Y muéveme, entre otras cosas, á fiar de tí esta tan ardua empresa, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á sólo tener por hecho lo que no se ha de hacer por buen respeto; y así, no quedaré yo ofendido más de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio; que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno, como el de la muerte. Así que, si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura.»

»Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia más, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dijo: «No me puedo persuadir ¡oh amigo Anselmo! á que no sean burlas las cosas que me has dicho; que, á pensar que de veras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras; porque con no escucharte previniera tu larga arenga. Y sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que

yo no te conozco... pero no; que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario; el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser; porque las cosas que me has dicho ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces; porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, *usque ad aras;* en que quiso decir que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina! Y cuando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo: ¿cuál destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte y á hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto: ántes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque, si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo á quedar deshonrado, y por el mismo consiguiente, sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te

ha pedido tu deseo; que tiempo quedará para que tú me repliques, y yo te escuche.

»— Que me place, dijo Anselmo; dí lo que quisieres.»

»Y Lotario prosiguió diciendo: «Paréceme ¡oh Anselmo! que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: *Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales;* y cuando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos; y áun con todo esto, no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de nuestra sacra religion. Y este mesmo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo malgastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad (que por ahora no le quiero dar otro nombre); y áun estoy por dejarte en tu desatino, en pena de tu mal deseo... mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime, Anselmo: ¿tú no me has dicho que tengo de soli-

citar á una retirada, persuadir á una honesta, ofrecer á una desinteresada, servir á una prudente? Sí que me lo has dicho. Pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldria sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle despues que los que ahora tiene? ó ¿qué será más despues de lo que es ahora? Ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices, ¿para qué quieres probarla, sino, como á mala, hacer della lo que más te viniere en gusto? Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que, es razon concluyente que el intentar las cosas de las cuales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy léjos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura.

»Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los Santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos; las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apénas ven en el contrario

muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando, puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advetir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices, que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres; porque, puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni más ufano, ni más rico, ni más honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda; porque no te ha de aprovechar pensar entónces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido; porque bastará, para afligirte y deshacerte, que la sepas tú mesmo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de las *Lágrimas de San Pedro,* que dice así:

»Crece el dolor y crece la vergüenza
En Pedro cuando el dia se ha mostrado;
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado;
Que á un magnánimo pecho, á haber vergüenza,
No sólo ha de moverle el ser mirado;
Que de si se avergüenza cuando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así que, no excusarás con el secreto tu dolor; án-

tes tendrás que llorar contínuo, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor, que nuestro poeta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reináldos; que puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados precetos morales, dignos de ser advertidos y entendidos é imitados; cuanto más, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer.

»Dime, Anselmo, si el cielo ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen; y si todos á una voz y de comun parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á cuanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario; ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí, á pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y más: si lo pusieses por obra, ¿qué! puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria más valor ni más fama; y si se rompiese, cosa que podria ser, ¿no se perdia todo? Sí por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la ajena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre; pues aunque se quede con

su entereza, no puede subir á más valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora ¡cuál quedarias sin ella, y con cuánta razon te podrias quejar de tí mesmo por haber sido causa de su perdicion y la tuya! Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfecion que le falta, que consiste en el ser virtuosa.

» Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle, los cazadores usan deste artificio: que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues, ojeándole, le encaminan hácia aquel lugar; y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es más que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente qué con el arminio se tiene; porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos aman-

tes; porque quizá, y áun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimesmo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas. Hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardin, que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde léjos, y por entre las verjas de hierro, gocen de su fragrancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria (que los oí en una comedia moderna), que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase; y entre otras razones, le dijo estas:

»Es de vidrio la mujer;
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar,
Porque todo podria ser.
»Y es más fácil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
Á peligro de romperse
Lo que no puede soldarse.
»Y en esta opinion estén
Todos, y en razon la fundo;
Que si hay Dánaes en el mundo,
Hay pluvias de oro tambien.

Cuanto hasta aquí te he dicho ¡oh Anselmo! ha sido

por lo que á tí te toca, y ahora es bien que te diga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo, perdóname; que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque.

»Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y áun no sólo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto es que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello á que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí, no hay duda; porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo; y teniéndose por deshonrada, te toca á tí, como á cosa suya, su misma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano, con su descuido y poco recato, estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran los que la maldad de su mujer saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que, no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera, está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa por qué con justa razon es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado oca-

sion para que ella lo sea; y no te canses de oirme; que todo ha de redundar en tu provecho.

»Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el Paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo, le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva; y así como Adan despertó y la miró, dijo: *Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos.* Y Dios dijo: *Por ésta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma;* y entónces fué instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y áun hace más en los buenos casados: que, aunque tienen dos almas, no tienen más de una voluntad; y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño; porque, así como el dolor del pié ó de cualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una mesma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado, sin que él lo sepa. Mira, pues, ¡oh Anselmo! al

peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive; mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores, que ahora están sosegados, en el pecho de tu casta esposa; advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura; que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo.»

»Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo : «Con la atencion que has visto, he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme; y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; y asimesmo veo y confieso que, si no sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, áun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse : así que, es menester usar de algun artificio para que yo sane; y esto se podia hacer con facilidad, sólo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé

con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino preservándome de no verme sin honra. Y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada; pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al sér primero; y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer, aunque más inconvenientes se te pongan delante; pues, como ya he dicho, con sólo que comiences, daré por concluida la causa.»

»Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué más ejemplos traerle ni qué más razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que le daria á otro cuenta de su mal deseo; por evitar mayor mal, determinó de contentarle y hacer lo que pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo, que, sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho; y así, le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno; que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese más gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle

su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro dia siguiente se comenzase la obra; que él le daria lugar y tiempo en que á sus solas pudiese hablar á Camila; y asimesmo le daria dineros y joyas que ofrecerla y que darla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los haria. Á todo se ofreció Lotario, con bien diferente intencion que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ánsia y cuidado, esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir más de lo acostumbrado.

»Fuese Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila; y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recebido de Camila, la cual le recebia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedase allí con Camila, en tanto que él iba á un negocio forzoso; que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo; ántes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo tambien á Camila que no dejase

sólo á Lotario en tanto que él volviese. En efeto, él supo tan bien fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer.

»Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados: ¡mirad si era razon que le temiera Lotario! Pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla; y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco, en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor reposaria en el estrado que en la silla; y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual, como halló á Camila en su aposento y á Lotario durmiendo, creyó que, como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar y áun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura.

»Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así, no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que éste le habia parecido buen principio para entrar ganan-

do la voluntad y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno, que está puesto en atalaya de mirar por sí: que se transforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio.

»Sucedió, pues, que se pasaron muchos dias que, sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni áun dar una señal de sombra de esperanza; ántes decia que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo.

«Bien está, dijo Anselmo; hasta aquí ha resistido Camila á las palabras; es menester ver cómo resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcais y áun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla; que las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os daré más pesadumbre.»

»Lotario respondió que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa; puesto que entendia salir della cansado y vencido.

»Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué hacerse para mentir de nuevo; pero en efeto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para qué cansarse más, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que, habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en más de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era ansí, salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas habia y de qué temple estaba Camila.

»Lotario le respondió que no pensaba más darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna.

»—¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que áun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo?

»No dijo más Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual, casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo vería si con curiosidad lo espiaba; cuanto más, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad más segura y ménos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo, que estaba en una aldea no léjos de la ciudad, con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida.

»¡Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo! ¿Qué es lo que haces? ¿qué es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo; pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los dé-

biles arrimos de su flaca naturaleza! Mira que al que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

»Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traidor lealtad;
»Pero mi suerte, de quien
Jamas espero algun bien,
Con el cielo ha estatuido
Que, pues lo imposible pido,
Lo posible áun no me den.

»Fuese otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa y á comer con ella; que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona.

»Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la órden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia cómo para mayores cuidados era bastante.

»Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle.

»Camila dijo que ansí lo haria, aunque contra su voluntad.

»Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recebido de Camila con amoroso

y honesto acogimiento; la cual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas; porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya, llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo, la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer, con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila; y áun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas las veces el mandamiento de su señora; ántes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno á la lengua de Lotario. Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos; porque, si la lengua callaba, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no que un corazon de carne.

»Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada; y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia; y

mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Haciase fuerza y peleaba consigo mismo, por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila; culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y áun mal cristiano; hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que más habia sido la locura y confianza de Anselmo que seria su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa.

»En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en contínua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna; mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; ántes tuvo en más á Camila; la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia qué hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un

criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente.

«Así como suele decirse que parece mal el ejér»cito sin su general y el castillo sin su castellano, »digo yo que parece muy peor la mujer casada y »moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones »no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan »imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, »que si presto no venis, me habré de ir á entrete»ner en casa de mis padres, aunque deje sin guar»da la vuestra; porque la que me dejastes, si es »que quedó con tal título, creo que mira más por »su gusto que por lo que á vos os toca; y pues sois »discreto, no tengo más que deciros; ni áun es »bien que más os diga.»

»Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusion que primero; porque ni se atrevia á estar en su casa, ni ménos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la

presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados; y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero, fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar más cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y áun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente, á él le pareció que era menester, en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza; y así, acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura; porque no hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad, puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto, él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo.

»Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lo-

tario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar dél cuando ménos se pensaba y más deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; pero ¿qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pié! Ejemplo claro, que nos muestra que sólo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo; porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Sólo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que así, acaso y sin pensar, y no de propósito, la habia solicitado.

»Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenia y más estimaba. Fuése luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa, abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte.

»Las nuevas que te podré dar ¡oh amigo Anselmo! dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad y vive el entendimiento y el recato, y todas

las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo; que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar á ellos; que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas; y pues á pié enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar deste mundo, sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse.

»Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero, con todo eso, le rogó que no dejase la empresa, aunque no fuese más de por curiosidad y entretenimiento y aunque no se aprovechase de allí adelante con Camila de tan ahincadas diligencias como hasta entónces; y que sólo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza, debajo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama, á quien le habia puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria.

«No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten; dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores; que los versos yo los haré, y si no tan buenos como el sujeto merece, serán por lo ménos los mejores que yo pudiere.»

»Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo; y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasion por que le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco más desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que, aunque no lo estuviera, no habia que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos; y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; mas, por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre.

»Otro dia, estando los tres sobremesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que ha-

bia compuesto á su amada Clori; que, pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese.

«Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada; porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobio hace á su buen crédito; pero, sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice ansí:

Soneto.

»En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando.
»Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
»Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envía,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
»Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfía
Al cielo sordo, á Clori sin oidos.»

»Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia.

»Á lo que dijo Camila: «Luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, ¿es verdad!

»— En cuanto poetas, no la dicen, respondió Lotario; mas en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.

»— No hay duda deso», replicó Anselmo: todo

por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario; y así, con el gusto que de sus cosas tenía, y más teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ú otros versos sabia, los dijese.

«Sí sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, tan ménos malo, y podreislo bien juzgar, pues es éste:

Soneto.

»Yo sè que muero; y si no soy creido,
Es más cierto el morir, como es más cierto
Verme á tus piés ¡oh bella ingrata! muerto
Ántes que de adorarte arrepentido.
»Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Cómo tu hermoso rostro está esculpido.
»Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
»¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa vía,
Adonde norte ó puerto no se ofrece!»

»Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho con el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra; pues cuando más Lotario le deshonraba, entónces le decia que estaba más honrado; y con esto, todos los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama.

»Sucedió en esto que hallándose una vez, entre otras, sola Camila con su doncella, le dijo : «Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle.

»— No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela; que no quita la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse; y áun suele decirse que el que luego da, da dos veces.

»— Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en ménos.

»— No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda; con éste corre, y con aquel va despacio; á unos entibia, y á otros abrasa; á unos hiere, y á otros mata; en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista : y siendo así, ¿de qué te espantas ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia que-

dase imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea que es la ocasion; de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los peligrosos. Todo esto sé yo muy bien, más de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora; que yo tambien soy de carne y de sangre moza: cuanto más, hermosa Camila, que no te entregaste ni diste tan luégo, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansí, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfacion de que, ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima, y que no sólo tiene las cuatro SS que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A, B, C entero; si no, escúchame, y verás cómo te le digo de coro.

»Él es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico,* y las SS que dicen, y luego *tácito, verdadero;* la X no le cuadra, porque es letra áspera; la Y ya está dicha; la Z *zelador* de tu honra.»

»Rióse Camila del A, B, C de su doncella, y túvola por más plática en las cosas de amor que ella creia; y así lo confesó ella, descubriendo á Camila cómo trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad; de lo cual se turbó

Camila, temiendo que era aquél camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si pasaban sus pláticas á más que serlo. Ella, con poca vergüenza y mucha desenvoltura, le respondió que si pasaban; porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales, cuando ven á las amas echar traspiés, no se les da nada á ellas de cojear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; mas cumpliólo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito; porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que, aunque su señora le viese, no habia de osar descubrille; que este daño acarrean, entre otros, los pecados de las señoras; que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no sólo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos, para que no fuese visto de su marido. Pero no pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba; el cual, sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y

recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara.

»Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni áun se acordó si Leonela era en el mundo; sólo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó, rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos; pues sin hacer alguno que bueno fuese, ni áun razonable, sin más ni más, ántes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la celosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo y le dijo: «Sábete, Anselmo, que há muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que más te encubra: sábete que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Creí ansimismo que ella, si fuera la que debia y la

que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero, habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que, cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila); y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aún cometido el pecado, sino con pensamiento, y podria ser que, deste hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento; y así, ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con maduro advertimiento te satisfagas de aquello que más vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara; pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad: entónces verás por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere; y si fuere la maldad que se puede temer ántes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio.»

»Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde ménos las esperaba oir; porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento.

»Callando estuvo por un buen espacio, mirando

al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: «Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir tu consejo: haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado.»

»Prometióselo Lotario, y en apartándose dél, se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuán necio habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia qué médio tomar para deshacer lo hecho ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola; y ella, así como vió que le podia hablar, le dijo: «Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace; pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar ni reñir; que el ser ella secretario de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso.»

»Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille con que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle reme-

dio, vino á creer la verdad; y en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero, con todo esto, respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela; díjole asimismo lo que, instigado de la furiosa rabia de los celos, habia dicho á Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como en el que su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero, como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal más que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luégo al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo á Lotario que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado que, en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase, y que á cuanto ella le dijese, le respondiese como respondiera cuando no supiera que Anselmo le escuchaba.

»Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con más seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario.

«Digo, dijo Camila, que no hay más que guardar, si no fuere responderme como yo os preguntare»; no queriendo Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros, que no podian ser tan buenos.

»Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia, con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse; que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela.

»Escondido, pues, Anselmo, con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, y verse á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila; seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apénas hubo puesto los piés en ella Camila, cuando, dando un grande suspiro, dijo: «¡Ay Leonela amiga! ¿no seria mejor que ántes que llegase á poner en ejecucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal; que no será razon que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto, en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale; que sin duda

alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efeto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia.

»— ¡Ay señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela; y ¿qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿Quieres por ventura quitarte la vida ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no dés lugar á que este mal hombre éntre ahora en esta casa, y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado; y como viene con aquel mal propósito, ciego y apasionado, quizá ántes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria más mal que quitarte la vida. ¡Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa! Y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer dél despues de muerto?

»— ¿Qué, amiga! respondió Camila; dejarémosle para que Anselmo le entierre; pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba; que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo.»

»Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia, se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y tan honesta re-

solucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase.

»Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo; y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: «¡Ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad!» con otras cosas á éstas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la más lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope.

»Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dijo: «¿Por qué no vas, Leonela, á llamar al más desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina; no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero.

»—Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa, en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren.

»—Vé segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila; porque, ya que sea atrevida y simple, á tu parecer, en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia. Yo moriré, si muero; pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado

ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia.»

»Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entre tanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: «¡Válame Dios! ¿no fuera más acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle! Mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo; sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) que Camila no sólo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle... Mas con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo... Pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que, de puro bueno y confiado, no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese; ni áun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto, que las manifiestas dádivas y las largas promesas y las contínuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? No por cierto. Afue-

ra, pues, temores; aquí, venganzas; éntre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, limpia he de salir dél; y cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del más falso amigo que vió la amistad en el mundo»; y diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufian desesperado.

»Todo lo miraba Anselmo, cubierto detras de unos tapices, donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfacion para mayores sospechas; y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso; y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano; y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo: «Lotario, advierte lo que te digo. Si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni áun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y ántes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches; que despues responderás lo que más te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo, mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mí.

Respóndeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto.»

»No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer; y así, correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por más que cierta verdad; y así, respondió á Camila de esta manera: «No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo. Si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde más léjos pudieras entretenerla, porque tanto más fatiga el bien deseado, cuanto la esperanza está más cerca de poseello. Pero, porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no me hacer testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. Á tí te conozco y tengo en la misma opinion que él te tiene; que, á no ser así, por ménos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora, por tan poderoso incentivo como el amor, por mí rompidas y violadas.

»— Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien

tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasion le agravias! Pero ya caigo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quién te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia; que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿cuándo ¡oh traidor! respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿Cuándo tus amorosas palabras no fueron desechadas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿Cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creidas ni admitidas? Pero, por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu persistencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado; y así, quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieses que, siendo conmigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido de huir la ocasion, si alguna te dí, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en ti tan desvariados pensa-

mientos; es la que más me fatiga, y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque, castigándome otro verdugo, quizá seria más pública mi culpa; pero ántes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, donde quiera que fuere, la pena que da la justicia, desinteresada, y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto.»

»Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremètió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran fálsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese; la cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad, que por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre; porque, viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dijo: «Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo ménos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga»; y haciendo fuerza para sóltar de la daga la mano de Lotario, que la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió pòr más arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada.

»Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha

presteza, despavorido y sin aliento, á sacar la daga; y en ver la pequeña herida, salió del temor que hasta entónces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no sólo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término; y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha más lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase; pedíale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese ántes que estuviese sana. Él respondió que dijesen lo que quisiesen; que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese; sólo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen. Y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa; y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuán enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamas pudiera imaginarse.

»Leonela tomó, como se le habia dicho, la sangre á su señora, que no era más de aquello que

bastó para acreditar su embuste; y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que, aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera más necesario tenerle para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible.

»Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dejar de ver; á lo que Leonela respondia que ella, ni áun burlando, no sabia mentir.

«Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta.

»—No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos; y quizá que por ser la herida donde es, la podrás encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de

favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demas déjalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos.»

»Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho a noche, y el tener lugar para salir de su casa y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese; y él, sin perdella, salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió á Camila; todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creyó ser por haber dejado á Camila herida, y haber él sido la causa; y así, entre otras razones, le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él, y que, segun esto, no habia de qué temer; sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la más alta felicidad que acertara á desearse,

y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama; recebíale Camila con rostro, al parecer, torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí encubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.»

CAPÍTULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente.

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza, todo alborotado, diciendo á voces: «Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante, enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen, como si fuera un nabo.

—¿Qué decis, hermano! dijo el Cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba. ¿Estais en vos,

Sancho! ¿Cómo diablos puede ser eso que decis, estando el gigante dos mil leguas de aquí!»

En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decia á voces: «Tente, ladron, malandrin, follon; que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra»; y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes.

Y dijo Sancho: «No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo..... aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida; que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

— Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si Don Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre»; y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el más extraño traje del mundo.

Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras

como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante. Y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino: lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, el acabara la guerra del gigante; y con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se lo echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote; mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo; y como no la hallaba, dijo: «Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento; que la otra vez, en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mogicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza, que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos! dijo el ventero. ¿No ves, la-

dron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto en que nada este aposento! que ¡nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó!

—No sé nada, respondió Sancho; sólo sé que vendré á ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.»

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los previlegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, áun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos á Don Quijote, el cual, creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: «Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir, de hoy más, segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien, de hoy más, soy quito de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo? dijo, oyendo esto, Sancho. Sí, que no estaba yo borracho. Mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante. Ciertos son los toros, mi condado está de molde.»

¿Quién no habia de reir con los disparates de los

dos, amo y mozo! Todos reian, sino el ventero, que se daba á Satanas; pero, en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio y el Cura, que, con no poco trabajo, dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante; aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros.

Y la ventera decia en voz y en grito: «En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante (que nunca mis ojos le hubieran visto), que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero (que mala aventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo), y que por esto no estaba obligado á pagar nada; que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora, por su respeto, vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo, ¡romperme mis cueros y derramarme mi vino! que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense; que ¡por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro! ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy.» Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala

su buena criada Maritórnes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que, por más señas, tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que así lo creia, y que no tuviese pena; que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase; él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenía de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

«Sucedió, pues, que, por la satisfacion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada; y Camila, de industria, hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves la voluntad que le tenia; y para más confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dijo que en

ninguna manera tal hiciese; y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el que tenia Leonela de verse calificada, aunque no de buena, en sus amores, llegó á tanto, que, sin mirar á otra cosa, se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y áun la advertia del modo que con poco riesgo pudiese ponerle en ejecucion. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela; y queriendo entrar á ver quién los daba, sintió que le detenian la puerta; cosa que le puso más voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: «Sosiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto, que es mi esposo.»

»No lo quiso creer Anselmo; ántes, ciego de enojo, sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no, que la mataria.

»Ella, con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo: «No me mates, señor; que yo te diré cosas de más importancia de las que puedes imaginar.

»—Dilas luego, dijo Anselmo; si no, muerta eres.

»—Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada; déjame hasta mañana; que entónces sabrás de mí lo que te ha de admirar, y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo.»

»Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así, se salió del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia.

»Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo, porque fué tanto el temor que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no; y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fué tal, que no le sabia responder palabra, ni ménos sabia resolverse en lo que haria. En fin acordó de llevar á Camila á un monesterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello; y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dejó en el monesterio, y él asimismo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia.

»Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó

y fué adonde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela; sólo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila; y no hallándola en la cama ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella; pero nadie le supo dar razon de lo que pasaba. Tornó, confuso y atónito, á buscar á Camila, y vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las más de sus joyas; y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola.

»No sabia qué pensar, qué decir ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado, á su parecer, del cielo que le cubria, y sobre todo, sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apé-

nas hubo andado la mitad, cuando, acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta casi que anochecia, y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo, de la ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó qué nuevas habia en Florencia.

»El ciudadano respondió: «Las más extrañas que muchos dias há se hán oido en ella; porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que ánoche la halló el Gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto, no sé puntualmente cómo pasó el negocio; sólo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban *los dos amigos*.

»—¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila?

»—Ni por pienso, dijo el ciudadano; puesto que el Gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos.

»—Á Dios vais, señor, dijo Anselmo.

»—Con él quedeis», respondió el ciudadano; y fuese.

»Con tan desdichadas nuevas, casi, casi llegó á términos Anselmo, no sólo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á

casa de su amigo, que áun no sabia su desgracia; mas, como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dejáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y áun que le cerrasen la puerta. Viéndose, pues, solo, comenzó á cargar tanto en la imaginacion de su desventura, que claramente conoció, por las premisas mortales que en sí sentia, que se le iba acabando la vida; y así, ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte; y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente.

»Viendo el señor de casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aún la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él, habiéndole llamado primero; y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida; y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones:

« Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. »Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos »de Camila, sepa que yo la perdono, porque no »estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo te-

»nia necesidad de querer que ella los hiciese; y »pues yo fuí el fabricador de mi deshonra, no hay »para qué...»

»Hasta aquí escribió Anselmo; por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia y el monesterio donde Camila estaba, casi en el término de açompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que, aunque se vió viuda, no quiso salir del monesterio, ni ménos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió monsiur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo; lo cual, sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.»

«Bien, dijo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar; pero, entre marido y mujer, algo tiene del imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.»

CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

Estando en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: «Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, *gaudeamus* tenemos.

—¿Qué gente es? dijo Cardenio.

—Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la jineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer, vestida de blanco, en un sillon, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié.

—¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura.

—Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan.»

Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote; y casi no habian tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho; y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear á la mujer que en el sillon venia; y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; sólo que, al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos, como persona enferma y desmayada: los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza.

Viendo esto el Cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que deseaba, el cual le respondió: «Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta; solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto; y esto dígolo porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa más de lo que él ordena y manda.

— Y la señora ¿quién es? preguntó el Cura.

— Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma; y no es de maravillar que no sepamos más de lo que os he dicho, porque mi compañero y yo no há más de dos dias que los acompañamos; porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien.

— Y ¿habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el Cura.

— No por cierto, respondió el mozo; porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla; porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima; y sin duda tenemos creido què ella va forzada donde quiera que va; y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo más cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío, va triste como parece.

— Todo podria ser», dijo el Cura; y dejándolos, se volvió á donde estaba Dorotea, la cual, como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion, se llegó á ella y le dijo: «¿Qué mal sentis, señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle; que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros.»

Á todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado que dijo el mozo que los demas obedecian, y dijo á Dorotea: «No os canseis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace; ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca.

— Jamas la dije, dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando; ántes, por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura; y desto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso.»

Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz, dijo: «¡Válgame Dios! ¿qué es esto que oigo! ¿qué voz es esta que ha llegado á mis oidos!»

Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora, toda sobresaltada; y no viendo quien los daba, se levantó en pié y fuese á entrar en el aposento; lo

cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. Á ella, con la turbacion y desasosiego, se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas; y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo, que se le caia, como en efeto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada asimismo la tenia era su esposo don Fernando; y apénas le hubo conocido, cuando, arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dejó caer de espaldas, desmayada; y á no hallarse allí junto el Barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luégo el Cura á quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro; y así como la descubrió, la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no tanto, que dejase, con todo esto, de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en sus gritos á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido; y lo primero que vió fué á don Fer-

nando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien don Fernando conoció luégo á Cardenio; y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido.

Callaban todos y mirábanse todos: Dorotea á don Fernando, don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio; mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á don Fernando desta manera: «Dejadme, señor don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas; notad cómo el cielo, por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis, por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida; que, como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida.»

Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que don Fernando áun no la dejaba de los brazos ni respondia á sus razo-

nes, esforzándose lo más que pudo, se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir: «Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus piés está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú, por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya; soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á tí de la manera que te veo. Pero, con todo esto, no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traido sólo los del dolor y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera, que, aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor, que puede ser recompensa, á la hermosura y nobleza por quien me dejas, la incomparable voluntad que te tengo; tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio; ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y más fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quie-

ra. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad; no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios! Y si no me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo ménos y admíteme por tu esclava; que, como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no dés tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que, como buenos vasallos, á los tuyos siempre han hecho; y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no hayan corrido por este camino, y que la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres decendencias; cuanto más, que la verdadera nobleza consiste en la virtud; y si esta á tí te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que (quieras ó no quieras) yo soy tu esposa. Testigos son tus palabras, que no han ni deben de ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias; testigo será la prenda que me diste, y testigo el cielo, á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar

voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. »

Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á don Fernando, y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla don Fernando, sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas, y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucha discrecion y hermosura; y aùnque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la tenian; el cual, lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio, que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda, dijo: « Venciste, hermosa Dorotea, venciste; porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. »

Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó don Fernando, iba á caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de don Fernando se habia puesto, porque no le conociese; pospuesto todo temor y aventurado á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dijo: « Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en

estos brazos, que ahora te reciben y otro tiempo te recibieran, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia.»

Á estas razones, puso Luscinda en Cardenio los ojos; y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo: «Vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque más lo impida la contraria suerte, y aunque más amenazas le hagan á esta vida, que en la vuestra se sustenta.»

Extraño espectáculo fué éste para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia: «¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus piés á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible, deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar é igualar á tí mismo á la que, pospuesto todo inconveniente, confiada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene con los suyos bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te rue-

go, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño, no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele; y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razon que el apetito.»

En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinacion de (si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio) procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazon acudieron los amigos de don Fernando, y el Cura y el Barbero, que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza; y todos rodeaban á don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea; y que, siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas; que considerase que no acaso, como parecia, sino con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el Cura, que «sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio; y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte»; y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un

generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido. Que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se le podian igualar, cuanto más hacerle ventaja; que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo, advirtiese que, si se preciaba de caballero y de cristiano, no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada; y que, cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza, sin nota ni menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo; y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue.

En efeto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: «Levantaos, señora mia; que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que, viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis. Lo que os ruego es que no me reprehendais mi mal

término y mi mucho descuido; pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro; y para conocer que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio; que yo de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea.» Y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y áun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ajeno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido. Hasta Sancho Panza lloraba; aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabia qué responderles; y así, los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía.

Preguntó luego á Dorotea le dijese cómo habia

venido á aquel lugar tan léjos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que ántes habia contado á Cardenio; de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido, despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido; y que así, se salió de su casa, despechado y corrido, con determinacion de vengarse con más comodidad; y que otro dia supo cómo Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se habia ido; y que, en resolucion, al cabo de algunos meses vino á saber cómo estaba en un monesterio, con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba; á la cual no habia querido hablar, temeroso que, en sabiendo que él estaba allí, habia de haber más guarda en el monesterio; y así, aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habia entrado en el monesterio, buscando á Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja; y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella; todo lo cual ha-

bian podido hacer bien á su salvo, por estar el monesterio en el campo, buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que así, acompañados de silencio y de lágrimas, habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recebida, y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el Cura, como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero

quién más jubilaba y se contentaba era la ventera, por la promesa que Cardenio y el Cura le habian hecho de pagalle todos los daños y reveses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido.

Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con malencónico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo : «Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar á ningun gigante ni de volver á la Princesa su reino; que ya todo está hecho y concluido.

— Eso creo yo bien, respondió Don Quijote; porque he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida; y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua.

— Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanas.

— Y ¿qué es lo que dices, loco! replicó Don Quijote; ¿estás en tu seso!

— Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar; y verá á la Reina convertida en una dama particular, llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar.

—No me maravillaria de nada deso, replicó Don Quijote; porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mesmo.

—Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez; mas no lo fué, sino que real y verdaderamente vi yo que el ventero, que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brío y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.

—Ahora bien, Dios lo remediará, dijo Don Quijote: dame de vestir, y déjame salir allá fuera; que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices.»

Dióle de vestir Sancho; y en el entretanto que se vestia, contó el Cura á don Fernando, y á los demas que allí estaban, las locuras de Don Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles (lo que á todos parecia) ser el más extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo más el Cura: que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra.

Ofreció Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria suficientemente la persona de Dorotea.

«No, dijo don Fernando, no ha de ser así; que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion; que, como no sea muy léjos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.

— No está más de dos jornadas de aquí.

— Pues aunque estuviera más, gustara yo de caminallas, á trueco de hacer tan buena obra.»

Salió en esto Don Quijote, armado de todos sus pertrechos, con el yelmo (aunque abollado) de Mambrino en la cabeza, embrazado de su adarga y arrimado á su tranca ó lanzon. Suspendió á don Fernando y á los demas la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente; y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo: «Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro sér se ha deshecho; porque de reina y gran señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por órden del Rey nigromante, de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas; porque, si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso cómo

otros caballeros, de menor fama que la mia, habian acabado cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no há muchas horas que yo me vi con él, y... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando ménos lo pensemos.

— Vístesos vos con dos cueros, que no con un gigante», dijo á esta sazon el ventero, al cual mandó don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quijote en ninguna manera; y Don Quijote prosiguió, diciendo:

«Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si, por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseo en vuestra persona, que no le deis consentimiento; porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual, poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias.»

No dijo más Don Quijote, y esperó á que la Princesa le respondiese; la cual, como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: «Quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi sér, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que ántes, y de tener los mes-

mos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invulnerable brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia; que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad, cómo son buenos testigos della los más destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho.»

Esto dijo la discreta Dorotea; y en oyéndolo Don Quijote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: «Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladron, vagamundo, ¿no me acabas tú de decir ahora que esta Princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida! ¡Voto... (y miró al cielo y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo!

—Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho; que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la

señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo ménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño ¡vive Dios! porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá; quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora Reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino.

—Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato; y perdóname, y basta.

—Basta, dijo don Fernando; y no se hable más en esto; y pues la señora Princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quijote; porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva.

—Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió Don Quijote; y agradezco mucho la merced que se me hace y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y áun más, si más costarme puede.»

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quijote y don Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazon entró en la venta, el cual en

su traje mostraba ser cristiano, recien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traia unos borceguíes datilados, y un alfanje morisco puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho. Entró luégo tras él, encima de un jumento, una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los hombros á los piés la cubria. Era el hombre de robusto y airoso talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes, y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió, en entrando, un aposento; y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recebir pesadumbre; y llegándose á la que en el traje parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritórnes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, le dijo: «No os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad y falta de regalo que aquí hay, pues es propio de ventas no hallarle en ellas; pero, con todo esto, si gustáredes de posar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso de este camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos.»

No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia; y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano.

Llegó en esto el Cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entónces habia estado; y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: «Señoras mias, esta doncella apénas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado.

—No era preguntarle cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer á quien se sirve.

—Por ella y por mí, respondió el Cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida; que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande.

—Decidme, señor, dijo Dorotea: esta señora ¿es cristiana ó mora? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese.

—Mora es en el traje y en el cuerpo; pero en

el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo.

—Luego ¿no es bautizada? replicó Luscinda.

—No ha habido lugar para ello, respondió el Cautivo, despues que salió de Argel, su patria y tierra; y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligase á bautizalla sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es más de lo que muestra su hábito y el mio.»

Estas razones pusieron gana, en todos los que escuchándole estaban, de saber quién fuesen la mora y el Cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces, por ver que aquella sazon era más para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al Cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian y lo que ella haria. Él en lengua arábiga le dijo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese; y así, se lo quitó, y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por más hermosa que á Luscinda, y Luscinda por más hermosa que á Dorotea; y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos era el de la mora, y áun hubo algunos que la aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y agasajar á la hermosa mora.

Preguntó don Fernando al Cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió que Lela Zoraida; y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al Cautivo, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire : *No, no Zoraida; María, María ;* dando á entender que se llamaba María, y no Zoraida.

Estas palabras, y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar más de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas.

Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole : «Sí, sí, María, María»; á lo cual respondió la mora : *Sí, sí, María ; Zoraida macange,* que quiere decir *no.*

Ya en esto llegaba la noche; y, por órden de los que venian con don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el Cura y el Barbero, y así cenaron con mucho contento; y acrecentóseles más viendo que, dejando de comer Don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló

cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir:

«Verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la Órden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora, que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama! Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima, cuanto á más peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas; que les diré (y sean quien se fueren) que no saben lo que dicen; porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; ó como si en esto, que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber ó conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el

prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento; en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, ansí que las armas requieren espíritu, como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja más; y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina; porque aquella intencion se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras... y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo; que á un fin tan sin fin como éste, ninguno otro se puede igualar; hablo de las letras humanas; que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida; y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro dia, cuando cantaron en los aires: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Y la salutacion que el mejor Maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: *Paz sea en esta casa*; y otras muchas veces les dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros*; bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano: joya que, sin ella, en la tierra ni en el cielo

puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.»

De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quijote, que obligó á que por entónces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviese por loco; ántes, como todos ó los más eran caballeros, á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana; y él prosiguió diciendo: «Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no habia que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta, que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos; que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman *andar á la sopa;* y no les falta algun ajeno brasero ó chimenea, que, si no caliente, á lo ménos entibie su frio, y en fin, la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte

les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean; el cual alcanzado, á muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud; pero, contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.»

CAPÍTULO XXXVIII.

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras.

Prosiguiendo Don Quijote, dijo: «Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo estando, en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de sa-

lir frio, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha ni corta; que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, á todo esto el dia y la hora de recebir el grado de su ejercicio; lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo, que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y bueno, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Porque decidme, señores, si habeis mirado en ello: ¿cuán ménos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella! Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados; porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse; así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio.

» Pero á esto se puede responder que es más fácil premiar á doscientos letrados que á treinta soldados; porque aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su pro-

fesion, y á éstos no se puede premiar sino con la mesma hacienda del señor á quien sirven; y esta imposibilidad fortifica más la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, y no volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alegá; y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados.

» Á esto responden las armas que las leyes no se podrian sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas; y es razon averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. Y ¿qué

temor de necesidad y pobreza puede amagar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte dónde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza! Sólo lo que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina; y él estése quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, ó bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece no pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés irá á visitar los profundos senos de Neptuno, con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que apénas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si éste tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atre-

vimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

»¡Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería! á cuyo inventor, tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero; que, sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó ú se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque, aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido, por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido; que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.»

Todo este largo discurso dijo Don Quijote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca; puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase; que des-

pues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lástima de ver que hombre que, al parecer, tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería. El Cura le dijo que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles; y en tanto que la ventera, su hija y Maritórnes aderezaban el camaranchon de Don Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, don Fernando rogó al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el Cautivo que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que sólo temia que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que, con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El Cura y todos los demas se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron; y él, viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza; «y así, estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse». Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él, viendo que ya callaban y esperaban lo que decir

quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera:

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos.

«En un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linaje, con quien fué más agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna; aunque, en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico; y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedia de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el sér. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; y así, llamándonos un dia á todos tres á solas, en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré.

«Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos; y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda. Pues para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que há muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo ménos de elegir ejercicio tal, que cuando mayores os honre y aproveche; y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna; y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que, despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer, muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves, sacadas de la luenga y discreta experiencia; y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa Real*, como si más claramente dijera: «quien quisiere valer y ser rico, ó siga la Iglesia, ó navegue, ejercitando el arte de la mercancía, ó éntre á servir á los reyes en sus casas», porque dicen: *Más vale migaja de rey que merced de señor*. Digo esto porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servir en su casa; que, ya que la guerra no dé mu-

chas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra : decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto.»

»Y mandándome á mí, por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y, á lo que yo creo, el más discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos habia prometido; y dando á cada uno su parte, que, á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros (porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa), en un mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados; porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado.

Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil en dineros, y más tres mil que, á lo que parece, valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raíces. Digo, en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometímosselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova.

»Éste hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre; y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna; y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte; y estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Eguemon y de Hornos, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flándes se tuvo nuevas de la liga que la santidad del papa Pio Quinto, de felice

recordacion, habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el cual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de los venecianos: pérdida lamentable y desdichada.

»Súpose cierto que venia por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe; divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi premisas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese seria promovido á capitan, lo quise dejar todo, y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar á Génova; que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mesina. Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte más que mis merecimientos; y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar; en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron), yo sólo fuí el desdichado; pues, en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los ro-

manos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los piés y esposas á las manos; y fué desta suerte: que habiendo el Uchalí, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta (que sólo tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos), acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía; y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria; la cual, desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen; y así, me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir, por ser tantos: en fin, me rindieron, lleno de heridas. Y como ya habreis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres; porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada.

»Leváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo general de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca; porque todos los levantes y jenízaros que en ella venian tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del

mesmo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques (que son sus zapatos), para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos : ¡tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada! Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto, el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino; y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba *La Presa*, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada *La Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido capitan, don Alvaro de Bazan, Marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de *La Presa*.

»Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa; y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco más que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno : ¡tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian!

»Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente,

que fué el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco; y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con los venecianos, que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo ménos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre.

»Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la África, más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente, con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entónces por inexpugnable; y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheas en aquella desierta arena; porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas: y así, con muchos sa-

cos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero, ninguno podia parar ni asistir á la defensa.

»Fué comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen, hablan de léjos y con poca experiencia de casos semejantes; porque si en la Goleta y en el fuerte apénas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir á la campaña y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? Y ¿cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos, muchos y porfiados, y en su mesma tierra! Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España, el permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la Majestad del invictísimo Cárlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano, de trescientos que quedaron vivos: señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo

bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del Estaño, á cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que, de pesar, murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimesmo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria; y lo que más hizo lastimosa su muerte fué haber muerto á manos de unos alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral; los cuales alárabes le cortaron la cabeza, y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que *aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece;* y así, se dice que mandó el General ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traido vivo.

»Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar del Andalucía, el cual

habia sido alférez en el fuerte; soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mesmo patron; y ántes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre.»

En el punto que el Cautivo nombró á don Pedro de Aguilar, don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron; y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: «Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese don Pedro de Aguilar que ha dicho.

—Lo que sé es, respondió el Cautivo, que, al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó, en traje de arnaute, con un griego espía; y no sé si vino en libertad (puesto que creo que sí), porque de allí á un año ví yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.

—Pues así fué, respondió el caballero; porque ese don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado y con tres hijos.

—¡Gracias sean dadas á Dios, dijo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo! Porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida.

—Y más, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo.

—Dígalos, pues, vuesa merced, dijo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo.

—Que me place, respondió el caballero; y el de la Goleta decia así:

CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del Cautivo.

Soneto.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas, por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
Á lo más alto y lo mejor del cielo;
Y ardiendo en ira y en honroso celo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Y en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino y arenoso suelo;
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que, muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria;
Y esta vuestra mortal, triste caida,
Entre el muro y el hierro, os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

—Desa mesma manera le sé yo, dijo el Cautivo.

—Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

Soneto.

De entre esta tierra estéril, desdichada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron libres á mejor morada,
Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes;
Mas no más justas, de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni áun él sostuvo cuerpos tan valientes.»

No parecieron mal los sonetos, y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento, dijo: «Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta; porque el fuerte quedó tal, que no hubo qué poner por tierra; y para hacerlo con más brevedad y ménos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que habia quedado en pié de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax,* que quiere decir, en lengua turquesca, *el renegado tiñoso,* porque lo era; y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya, y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que descienden de la casa otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo; y este tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor, catorce años, y á más de los treinta y cuatro de su edad renegó, de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dejó su fe; y fué tanto su valor, que, sin subir por los torpes medios y caminos que los más privados del Gran Turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabres de nacion, y mo-

ralmente fué hombre de bien; trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los demas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe á un renegado veneciano, que, siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los más regalados garzones suyos, y él vino á ser el más cruel renegado que jamas se ha visto.

»Llamábase Azan Bajá, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla, algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era más favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba; porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando, en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego, sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del Rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacen, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros

oficios; y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que, como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quién tratar su rescate, aunque le tengan. Á estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, si no es cuando se tarda su rescate; que entónces, por hacerles que escriban por él con más ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo.

»Yo, pues, era uno de los de rescate; que, como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella; y así, pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y áun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamas vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á éste, desorejaba á aquel; y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no más de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un sol-

dado español, llamado tal de SAAVEDRA (1), al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.

»Digo, pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal; las cuales, como de ordinario son las de los moros, más eran agujeros que ventanas, y áun éstas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció, pues, que un dia, estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar), alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas, que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban ó lo qué hacian; pero así como llegó, alzaron la caña y la movieron á los dos lados como si dijeran *no* con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tor-

(1) El mismo CERVÁNTES.

náronla á bajar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente, fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte; y así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro dél venian diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros.

»Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo; pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar de dónde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí; pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé y besé el dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerraban muy apriesa. Con esto entendímos ó imaginamos que alguna mujer, que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio; y en señal de que lo agradecíamos, hicimos zalemas á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser

cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mesmos amos, y áun lo tienen á ventura, porque las estiman en más que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy léjos de la verdad del caso; y así, todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna; y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando más descuidados estábamos de que por allí habian de llover más cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella, con otro nudo más crecido; y esto fué á tiempo que estaba el baño, como la vez pasada, solo y sin gente.

»Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno, primero que yo, de los mismos tres que estuvieron conmigo; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí; porque en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendia

el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase; porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, cómo el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion; otros se sirven dellas usando de industria; porque, viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño; y cuando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan destos papeles y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo.

»Supe que sabía muy bien el arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero ántes que

del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia; díjome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luégo lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando, dijo: «Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: *Lela Marien*, quiere decir: *Nuestra Señora, la Vírgen María.*» Leimos el papel, y decia así:

«Cuando yo era niña, tenia mi padre una es»clava, la cual en mi lengua me mostró la zalá »cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela »Marien. La cristiana murió, y yo sé que no fué »al fuego, sino con Alá, porque despues la vi dos »veces, y me dijo que me fuese á tierra de cris»tianos á ver á Lela Marien, que me queria mu»cho. No sé yo cómo vaya: muchos cristianos he »visto por esta ventana, y ninguno me ha pareci»do caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y mu»chacha, y tengo muchos dineros que llevar con»migo: mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, »y serás allá mi marido, si quisieres; y si no qui»sieres, no se me dará nada; que Lela Marien »me dará con quién me case. Yo escribo esto; »mira á quién lo das á leer; no te fies de ningun »moro, porque son todos marfuces. Desto tengo »mucha pena; que quisiera que no te descubrie»ras á nadie, porque, si mi padre lo sabe, me

»echará luégo en un pozo y me cubrirá de piedras. »En la caña pondré un hilo : ata allí la respuesta; »y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo »por señas; que Lela Marien hará que te entien-»da. Ella y Alá te guarde, y esa cruz, que yo »beso muchas veces; que así me lo mandó la cau-»tiva.»

»Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y así lo uno y lo otro fué de manera, que el Renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito; y así, nos rogó que, si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél y se lo dijésemos; que él aventuraria su vida por nuestra libertad. Y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia y casi adevinaba que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia, su madre, de quien, como miembro podrido, estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado.

»Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el Renegado, que todos de un mesmo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso; y así, le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó

desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos ansimesmo que seria bien responder al billete de la mora; y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el Renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni áun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto, lo que á la mora se le respondió fué esto :

«El verdadero Alá te guarde, señora mia, y »aquella bendita Marien, que es la verdadera Ma»dre de Dios, y es la que te ha puesto en el cora»zon que te vayas á tierra de cristianos, porque te »quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á »entender cómo podrás poner por obra lo que te »manda; que ella es tan buena, que sí hará. De »mi parte, y de la de todos estos cristianos que »están conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo »lo que pudiéremos, hasta morir. No dejes de es»cribirme y avisarme lo que pensares hacer; que »yo te responderé siempre; que el grande Alá nos »ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y »escribir tu lengua tan bien, como lo verás por »este papel. Así que, sin tener miedo, nos puedes »avisar de todo lo que quisieres. Á lo que dices, »que si fueres á tierra de cristianos, que has de ser »mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano; »y sabe que los cristianos cumplen lo que prome»ten, mejor que los moros. Alá y Marien, su ma»dre, sean en tu guarda, señora mia.»

»Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias

á que estuviese el baño solo, como solia; y luego salí al paseo acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podia ver quién la ponia, mostré el papel, como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, más de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces más doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro Renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mesmo moro que á nosotros nos habian dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija, heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la más hermosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venian la habian pedido por mujer, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado en qué órden se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos; y en fin, se acordó por entónces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María; porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que habia de dar remedio á todas aquellas dificultades. Despues que queda-

mos en esto, dijo el Renegado que no tuviésemos pena; que él perderia la vida, ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí el Renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decia:

« Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos » vamos á España, ni Lela Marien me lo ha dicho, » aunque yo se lo he preguntado. Lo que se podrá » hacer es, que yo os daré por esta ventana mu» chísimos dineros de oro; rescataos vos con ellos, » y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cris» tianos, y compre allá una barca, y vuelva por » los demas; y á mí me hallará en el jardin de mi » padre, que está á la puerta de Babazon, junto á » la marina, donde tengo de estar todo este verano » con mi padre y con mis criados; de allí, de noche » me podreis sacar sin miedo, y llevarme á la bar» ca. Y mira que has de ser mi marido, porque si » no, yo pediré á Marien que te castigue. Si no te » fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú » y vé; que yo sé que volverás mejor que otro, » pues eres caballero y cristiano. Procura saber » el jardin; y cuando te pasees por ahí, sabré que » está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá » te guarde, señor mio.»

« Esto decia y contenia el segundo papel; lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á que-

rer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo; á todo lo cual se opuso el Renegado, diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese en libertad, hasta que fuesen todos juntos; porque la experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio; porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto; porque la libertad alcanzada, y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso, que casi en aquella mesma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el más extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto, él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa; y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarnos del baño y embarcarnos á todos: cuanto más que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarnos á todos, que estando libres, era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor era, que los moros no

consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compra de la barca y en la ganancia de las mercancías; y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así, determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del Renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luégo por obra.

»Ofrecíle de nuevo de ser su esposo; y con esto, otro dia que acaeció estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer *jumá*, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que ántes que se fuese, nos daria más dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos; que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tanto, que no lo echaria ménos; cuanto más, que ella tenia las llaves de todo.

»Dimos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la barca; con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaria mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader, por sus granjerías, lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El juéves, ántes del viérnes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase, supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que así lo haria, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Marien con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dióse órden en que los tres compañeros mios se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque, viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que, puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar deste temor, con todo eso, no quise poner el negocio en aventura; y así, los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza; al cual nunca descu-

brimos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.

CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.

»No se pasaron quince dias, cuando ya nuestro Renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de más de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está veinte leguas de Argel, hácia la parte de Orán, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudéjares;* y en el reino de Fez llaman á los mudéjares *elches*, los cuales son la gente de quien aquel Rey más se sirve en la guerra. Digo, pues, que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba; y allí, muy de propósito, se ponia el Renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó ya á ensayarse de burlas á lo que pensaba hacer de veras; y así se iba al jardin de Zoraida y pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle. Y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él despues me dijo, y decille que él era el que, por órden mia, la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, si no es que su marido ó su

padre se lo manden; de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun más de aquello que seria razonable; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado; que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro Renegado tenia, el cual, viendo cuán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuándo y cómo y adónde queria, y que el tagarino su compañero no tenia más voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que sólo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que más libremente podian salir de la ciudad; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso y se habian llevado toda la gente de remo, y éstos no se hallaran si no fuera que su amo se quedó aquel verano, sin ir en corso, á acabar una galeota que tenia en astillero; á los cuales no les dije otra cosa sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese.

»Á cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba

hacer otra, que era la que más me convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos ántes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver; y así, determiné de ir al jardin y ver si podria hablarla; y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia ántes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo..... en lengua que en toda la Berbería y áun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos..... digo, pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era.

»Respondile que era esclavo de Arnaute Mamí (y esto porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo), y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada.

»Preguntóme, por el consiguiente, si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí.

»Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto; y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni los moros tampoco se lo estorban, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; ántes luego, cuando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase.

»Demasiada cosa seria decir yo agora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos; sólo diré que más perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los piés, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los piés en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar; y así, hay más perlas y aljófar entre moros que entre todas las demas naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimismo más de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora ésta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debia de ser en las prosperidades; porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las más veces la destruyen. Digo, en fin, que entónces llegó en todo extremo aderezada y en todo extremo hermosa, ó á lo ménos á mí me pareció serlo la más que hasta entónces habia visto; y con esto, viendo las obligacio-

nes en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio.

»Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua cómo yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada.

»Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba.

»Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el précio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltanis; á lo cual ella respondió: «En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te dicra él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros.

»—Bien podria ser eso, señora, le respondí; mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.

»—Y ¿cuándo te vas? dijo Zoraida.

»—Mañana, creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme en él.

»—¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?»

»—No, respondí yo; aunque si, como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es más cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de

verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.

»—Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer.

»—No soy, respondí yo, casado; mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá.

»—Y ¿es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida.

»—Tan hermosa es, respondí yo, que, para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho.»

»Desto se riyó muy de veras su padre, y dijo: «Gualá, cristiano, que debe de ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la más hermosa de todo este reino; si no, mírala bien, y verás cómo te digo verdad.» Servíanos de intérprete á las más destas palabras y razones el padre de Zoraida, como más ladino; que, aunque ella hablaba la bastarda lengua que, como he dicho, allí se usa, más declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zoraida, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos.

»Digo, pues, que dijo su padre á Zoraida: «Hija,

retírate á la casa y enciérrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra.»

»Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado; pero apénas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella, volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: «¿*Tamejí*, cristiano, *tamejí?*» que quiere decir ¿vaste, cristiano, vaste?

»Yo la respondí: «Señora, sí; pero no en ninguna manera sin tí: el primer jumá me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas; que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos.»

»Yo le dije esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, ántes se llegó más á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo dí á entender que la sostenia contra mi voluntad.

»Su padre llegó corriendo adonde estábamos; y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó

que qué tenia; pero, como ella no le respondiese, dijo su padre: «Sin duda alguna que, con el sobresalto de la entrada destos canes, se ha desmayado»; y quitándola del mio, la arrimó á su pecho; y ella, dando un suspiro y áun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: «*Amejí*, cristiano, *amejí*: véte, cristiano, véte.»

»Á lo que su padre respondió: «No importa, hija, que el cristiano no se vaya; que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre; pues, como ya te he dicho, los turcos, á mi ruego, se volvieron por donde entraron.

»—Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho, dije yo á su padre; mas, pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré, si fuere menester, por yerbas á este jardin; que, segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él.

»—Por todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato; que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojan, sino que, por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas.»

»Con esto me despedí al punto de entrambos; y ella, arrancándosele el alma, al parecer, se fué con su padre, y yo, con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin; miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vi-

ne, y di cuenta de cuanto habia pasaba al Renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el órden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, el Renegado al anochecer dió fondo con la barca, casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba.

»Ya los cristianos que habian de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del Renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió, pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto era á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro Renegado, diciéndonos que ¿en qué nos deteníamos? que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuida-

dos, y los más dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que más importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así, sin detenernos más, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje y dijo en morisco: «Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida.» Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos.

»Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arráez, quedáronse espantados; y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas (que pocas ó casi ningunas tenian), se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luégo al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el Renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato; y quiso la buena suerte que, llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera; y así, con gran quietud y silencio llegamos á la casa, sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana; y así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos *nizarani*, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí y que bajase. Cuando ella me cono-

ció, no se detuvo un punto, porque, sin responderme palabra, bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luégo que yo la vi, le tomé una mano y la comencé á besar, y el Renegado hizo lo mismo, y mis tres camaradas, y los demas, que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros haciamos; que no parecia sino que le dábamos las gracias y la reconocíamos por señora de nuéstra libertad.

»El Renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin.

»Ella respondió que sí, y que dormia.

«Pues será menester despertalle, replicó el Renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin.

»—No, dijo ella; á mi padre no se ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos; y esperaos un poco y lo vereis»; y diciendo esto, se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria; que nos estuviésemos quedos, sin hacer ningun ruido.

»Preguntéle al Renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó; á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer más de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apénas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin; y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos; y dando muchas, grandes y des-

aforadas voces, comenzó á decir en arábigo : «¡Cristianos, cristianos! ¡ladrones, ladrones!» Por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el Renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa ántes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros; que yo no osé desamparar á Zoraida, que, como desmayada, se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces, siendo más necesarios los piés, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca; que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apénas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el Renegado que no hablase palabra; que le quitarian le vida. Él, como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y más cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella, sin defenderse, quejarse ni esquivarse, se estaba queda; pero, con todo esto, callaba, porque no pusiese en efeto

las muchas amenazas que el Renegado le hacia.

»Viéndose, pues, Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dijo al Renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros y dar libertad á su padre; porque ántes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El Renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenia, á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomasen la tierra y la mar de manera, que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podria hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoraida, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luégo lo que queria, tambien se satisfizo; y luego, con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de la isla de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca; pero, á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no más que sesenta millas de Argel; y asimismo temía-

mos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan; aunque cada uno por sí y todos juntos presumíamos de que, si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no sólo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con más seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Marien que nos ayudase.

«Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero, con todo eso, nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo más sosegada; y habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo (que iba bien proveida la barca); puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno; que les diesen de comer los que no bogaban; que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza; y así, á la vela navegamos por más de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el Renegado los consoló, diciéndoles cómo no iban cauti-

vos; que en la primera ocasion les darian libertad.

»Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: «Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término ¡oh cristianos! mas el darme libertad... no me tengais por tan simple que lo imagine; que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volvérmela tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela; al cual interése, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no, por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma.»

»En diciendo esto, comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual, viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos los acompañamos en él.

»Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: «¿Qué es esto, hija! que ayer al anochecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos; y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva digna de solemnizalla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura más favorable. Respóndeme á esto, que me tiene más suspenso

y admirado que la misma desgracia en que me hallo.»

»Todo lo que el moro decia á su hija nos lo declaraba el Renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó más confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro.

»Á lo cual el Renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió: «No te canses, señor, en preguntar á Zoraida, tu hija, tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas; y así, quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio. Ella va aquí de su voluntad, tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida y de la pena á la gloria.

» — ¿Es verdad lo que éste dice, hija! dijo el moro.

» — Así es, respondió Zoraida.

» — ¿Que, en efeto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á tu padre en poder de sus enemigos! »

»Á lo cual respondió Zoraida: «La que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte hacer ni hacerte mal, sino á hacerme á mí bien.

» — Y ¿qué bien es el que te has hecho, hija!

»— Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Marien; que ella te lo sabrá decir mejor que no yo.»

»Apénas hubo oido esto el moro, cuando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua.

»Dió voces Zoraida, que le sacasen; y así, acudimos luégo todos, y asiéndole de la almalafa, le sacámos medio ahogado y sin sentido; de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado *el de la Cava rumía*, que en nuestra lengua quiere decir *la mala mujer cristiana*; y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir *mujer mala*, y *rumía*, *cristiana*; y áun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella; puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamas los remos de la mano; comimos de lo que el Renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora, de

todo nuestro corazon, que nos ayudasen y favoreciesen para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden, á suplicacion de Zoraida, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian; porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado.

»No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo; que, en nuestro favor, luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto, desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: «¡Por qué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿Pensais que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le hará mi presencia cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra»; y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dijo: «¡Oh infame moza y mal aconsejada muchacha! ¿adónde vas, ciega y desatinada, en po-

der de estos perros, naturales enemigos nuestros! ¡Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado!»

»Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa á ponelle en tierra; y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando, por habernos hecho á la vela, no podimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decia: «Vuelve, amada hija, vuelve á tierra; que todo te lo perdono; entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida, si tú le dejas.»

»Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino: «¡Plega á Alá, padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza! Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad; pues, aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra ésta, que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala.»

»Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos; y así, consolando yo á

Zoraida, atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España. Mas, como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado (que siempre se han de temer, de cualquier padre que sean), quiso, digo, que, estando ya engolfados y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimesmo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos.

« Habíanse puesto al bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos y de dónde veníamos; peró, por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro Renegado: «Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses, que hacen á toda ropa. » Por este advertimiento ninguno respondió palabra; y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería; y, á lo que pareció, las balas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar;

y al momento, disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero, como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entónces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses, bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y viendo cuán pocos éramos, y cómo el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que, por haber usado la descortesía de no respondelles, nos habia sucedido aquello. Nuestro Renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver lo que hacia. En resolucion, todos pasamos con los franceses, los cuales, despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teniamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que más valia y ella más estimaba. Pero los deseos de aquella gente no se extienden á más que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la cual entónces llegó á tanto, que áun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algun provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar, envueltos en una vela; porque tenian intencion de

tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretones; y si nos llevaban vivos, serian castigados, siendo descubierto su hurto. Mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego al Océano, y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta La Rochela, de donde habia salido; y así, tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia, ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: ¡tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida!»

» Cerca de mediodía podria ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos más agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo, siguiendo la derrota del Estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche; pero, por no parecer en aquella noche la lu-

na y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor, que de razon se debia tener, que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero, de los contrarios pareceres, el que se tomó fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos.

»Hízose así, y poco ántes de la media noche seria cuando llegamos al pié de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, besamos el suelo, y con lágrimas de dulcísimo contento, dimos todos gracias á Dios, Señor nuestro, por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viaje; sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña; porque áun allí estábamos, y áun no podíamos asegurar el pecho ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia.

»Amaneció más tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos; acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde allí algun poblado se descubria ó algunas cabañas de pastores; pero, aunque más tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni sen-

da ni camino descubrimos. Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser ménos sino que presto descubriésemos quién nos diese noticia della; pero lo que á mí más me fatigaba era el ver ir á pié á Zoraida por aquellas asperezas; que, puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, más le cansaba á ella mi cansancio que la reposaba su reposo, y así, nunca más quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el són de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo.

»Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso ligeramente en pié, y, á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el Renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: «¡Moros! ¡Moros hay en la tierra! ¡Moros, moros! ¡Arma, arma!»

»Con estas voces quedamos todos confusos y no sabíamos qué hacernos; pero, considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el Renegado se

desnudase las ropas de turco, y se vistiese un gileco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa; y así, encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo habia de dár sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque áun no habrian pasado dos horas, cuando, habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza, corriendo á media rienda, á nosotros se venian; y así como los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion por que un pastor habia apellidado al arma.

»Sí, díje yo; y queriendo comenzar á decirle mí suceso, y de dónde veníamos y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al jinete que nos habia hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mí decir más palabra: «¡Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido! porque, si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio.»

»Apénas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo, diciéndole: «¡Sobrino de mi alma y

de mi vida! ya te conozco y ya te he llorado por muerto yo, mi hermana, tu madre y todos los tuyos, que áun viven; que Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte. Ya sabíamos que estabas en Argel y por las señales y muestras de tus vestidos, y las de todos los desta compañía, comprendo que habeis tenido milagrosa libertad.

»— Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. »

»Luego que los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles dónde la habíamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recebir todo el pueblo; que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse; y esto le habia sacado al rostro tales colores, que, si no es que la aficion entónces me engañaba, osara decir que más hermosa criatura no habia en el mundo, á lo ménos que yo la hubiese visto.

»Fuímos derechos á la iglesia, á dar gracias á

Dios por la merced recebida; y así como en ella entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Marien. Dijímosle que eran imágenes suyas; y como mejor se pudo, le dió el Renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fuera cada una de ellas la misma Lela Marien que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al Renegado, Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo.

»Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el Renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse, por medio de la santa Inquisicion, al gremio santísimo de la Iglesia; los demas cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció. Solos quedamos Zoraida y yo, con solos los escudos que la cortesía del frances le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera fortuna que la mia; puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las

incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida; puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apénas halle quién me conozca, si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir que quisiera habérosla contado más brevemente; puesto que el temor de enfadaros, más de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.»

CAPÍTULO XLII.

Que trata de lo que ademas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

Calló, en diciendo esto, el Cautivo, á quien don Fernando dijo: «Por cierto, señor Capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mesmo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que, aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara.» Y en diciendo esto, Cardenio y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle,

con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció don Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el Marqués, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él, por su parte, le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el Cautivo; pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto llegaba ya la media noche, y al mediar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo, y pidieron posada; á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado.

«Pues, aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene.»

Á este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: «Señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor Oidor la trae (que sí debe de traer), éntre en buen hora; que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced.

— Sea en buen hora», dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda,

que á todos puso en admiracion su vista; de suerte que, á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse.

Hallóse Don Quijote al entrar del Oidor y de la doncella, y asi como le vió, dijo: «Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado; no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y más si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben, no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraíso; que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo; aquí hallará las armas en su punto y la hermosura en su extremo.»

Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no ménos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y Zoraida, que, á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recebirla; pero don Fernando, Cardenio y el Cura le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor Oidor entró confuso, así de lo

que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bienllegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el Oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y apostura de Don Quijote le desatinaba; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que ántes estaba ordenado: que todas las mujeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda; y así, fué contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero y con la mitad de la que el Oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban.

El Cautivo, que desde el punto que vió al Oidor le dió saltos el corazon y barruntos de qué aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, que cómo se llamaba, y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el Licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando aparte á don Fernando, á Cardenio y al Cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado cómo iba proveido por oidor á las Indias, en la audiencia de Méjico; supo tambien cómo aque-

lla doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que, con la hija, se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si, despues de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaria, ó le recebiria con buenas entrañas.

«Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el Cura: cuanto más, que no hay pensar sino que vos, señor Capitan, sereis muy bien recebido; porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto.

— Con todo eso, dijo el Capitan, yo querria no de improviso, sino por rodeos, dármele á conocer.

— Ya os digo, respondió el Cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos.»

Ya en esto estaba aderezada la cena para el Oidor y su hija, y los dos se sentaron á la mesa; el Cautivo se desvió á un lado, y las señoras se retiraron á su aposento. En la mitad de la cena dijo el Cura: «Del mesmo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los más valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería española; pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado.

— Y ¿cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el Oidor.

— Llamábase, respondió el Cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las monta-

ñas de Leon; el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que, á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan en invierno al fuego; porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton; y sé yo decir que el que él escogió, de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiéra esperar y tener buena, allí la perdió, con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron; que fué en la batalla de Lepanto; yo la perdí en la Goleta, y despues, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los más extraños casos que en el mundo han sucedido.»

De aquí fué prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido; á todo lo cual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entónces. Solo llegó el Cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado; de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia.

Todo lo que el Cura decia estaba escuchando, algo de allí desviado, el Capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia; el cual, viendo que ya el Cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro y llenándosele los ojos de agua, dijo: «¡Oh señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado y cómo me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que, contra toda mi discrecion y recato, me salen por los ojos! Ese capitan tan valeroso que decis, es mi mayor hermano, el cual, como más fuerte y de más altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestra camarada en la conseja que, á vuestro parecer, le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y áun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural, y yo ansimesmo he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios y llegar al puesto en que me veo. Vive aún mi padre, muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con contínuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre; que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tu-

viera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo agora me lastimo es de pensar si aquellos franceses no le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esta duda hará que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Oh buen hermano mio! y ¿quién supiera agora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! ¡Oh! ¿quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras más escondidas de Berbería! que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias. ¡Oh Zoraida hermosa y liberal! ¿quién pudiera pagar el bien que á mi hermano hiciste! ¡Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran!»

Estas y otras semejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo, pues, el Cura que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el Capitan, no quiso tenerlos á todos más tiempo tristes; y así, se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda y Dorotea. Estaba esperando el Capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fué que, tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el Oidor y su hija y los demas caballeros estaban, y dijo: «Cesen, señor Oidor, vuestras lá-

grimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada. Este que aquí veis es el capitan Viedma, y ésta la hermosa mora que tanto bien le hizo; los franceses que os dije, los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho.»

Acudió el Capitan á abrazar á su hermano, y él le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo más apartado; mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apénas creo que pueden pensarse, cuanto más escribirse.

Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de los dos hermanos, allí abrazó el Oidor á Zoraida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí Don Quijote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el Capitan y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese, viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al Oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla

á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ú otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quijote, de que no poco gusto recibió. Sólo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y sólo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá.

Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demas acomodándose como ménos mal pudieron, Don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo habia prometido. Sucedió, pues, que, faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, á cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno.

Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento

Cardenio y dijo: «Quien no duerma escuche; que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta.

—Ya lo oimos, señor», respondió Dorotea.

Y con esto se fué Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto:

CAPÍTULO XLIII.

Dónde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

«Marinero soy de amor,
Y en su piélago profundo
Navego, sin esperanza
De llegar á puerto alguno.
»Siguiendo voy á una estrella
Que desde léjos descubro,
Más bella y resplandeciente
Que cuantas vió Palinuro.
»Yo no sé á dónde me guia;
Y así, navego confuso,
El alma á mirarla atenta,
Cuidadosa y con descuido.
»Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encubren
Cuando más verla procuro.
»¡Oh clara y luciente estrella,
En cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
Será de mi muerte el punto.»

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz; y así, moviéndola á una y á otra parte, la despertó, diciéndole: «Perdóname, niña, que te despierte, pues lo hago porque gus-

tes de oir la mejor voz que quizá habrás oido en toda tu vida.»

Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y húboselo de preguntar; ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apénas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo: «¡Ay señora de mi alma y de mi vida!, ¿para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora era tenerme cerrados los ojos y los oidos para no ver ni oir á ese desdichado músico.

—¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas.

—No es sino señor de lugares, respondió Clara, y el que le tiene en mi alma con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente.»

Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así, le dijo: «Hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos más y decidme, ¿qué es lo que decis de alma y de lugares, y deste músico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora; que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta; que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto.

— Sea en buen hora», respondió Clara; y por no oille, se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual, estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

«Dulce esperanza mia,
Que, rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la vía
Que tú mesma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
Á cada paso junto al de tu muerte.
»No alcanzan perezosos
Honrados triunfos ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que, no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
»Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon y es trato justo,
Pues no hay más rica prenda
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.
»Amorosas porfías
Tal vez alcanzan imposibles cosas;
Y ansí, aunque con las mias
Sigo de amor las más dificultosas,
No por eso recelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.»

Aquí dió fin la voz, y principio á vivos sollozos Clara, todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro; y así, le volvió á preguntar qué era lo que le queria decir denántes.

Entónces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que se-

guramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dijo: «Éste que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la córte; y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte; finalmente, él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y áun querer, sin saber lo que me queria.

»Entre las señas que me hacia era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que ansí fuera, como sola y sin madre, no sabia con quién comunicallo; y así, lo dejé estar, sin dalle otro favor si no era, cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así, el dia que nos partimos nunca pude verle para despedirme dél siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada en un lugar, una jornada de aquí, le ví á la puerta del meson, puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admi-

réme y alegréme; él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos; y como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene á pié y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los piés pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y más le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza; que he oido decir que es muy gran estudiante y poeta; y hay más, que cada vez que le veo ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra; y con todo eso, le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado; que en sola ella echareis bien de ver que no es mozo de mulas, como decis, sino señor de almas y lugares, como yo os he dicho.

—No digais más, señora doña Clara, dijo á esta sazon Dorotea (y esto besándola mil veces); no digais más, digo, y esperad que venga el nuevo dia; que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.

—¡Ay señora! dijo doña Clara, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que áun yo no puedo ser criada de

sú hijo, cuanto más esposa! Pues casarme yo á hurto de mi padre no lo haré por cuanto hay en el mundo. No querria sino que este mozo se volviese y me dejase; quizá con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo; aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco. No sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una édad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años; que para el dia de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo.»

No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuán como niña hablaba doña Clara, á quien dijo: «Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos, ó mal me andarán las manos.»

Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio; solamente no dormian la hija de la ventera y Maritórnes, su criada; las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo ménos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates. Es, pues, el caso que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agùjero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y pro-

fundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: «¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivó del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! y ¿qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse?. Dame tú nuevas della ¡oh luminaria de las tres caras! Quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente, qué vida á mi muerte y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que, al verla y saludarla, no le dés paz en el rostro; que tendré más celos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia ó por las riberas del Peneo (que no me acuerdo bien por dónde corriste entónces), celoso y enamorado.»

Á este punto llegaba Don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: «Señor

mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido.»

A cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entónces estaba en toda su claridad, cómo le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y áun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion que otra vez, como la pasada, la doncella fermosa, hija de los señores de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle; y con este pensamiento, por no mostrarse descortes y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo: «Lástima os tengo, fermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que aquella que, en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais, con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido; y si del amor que me teneis hallais en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mesmos rayos del sol, encerrados en una redoma.

— No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritórnes.

— Pues ¿qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote.

— Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido, tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.

— Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote; pero él se guardará bien dello, si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. »

Parecióle á Maritórnes que sin duda Don Quijote daria la mano que le habia pedido; y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero, á tiempo que Don Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella; y al darle la mano, dijo: « Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni áun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.

— Ahora lo veremos », dijo Maritórnes; y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente.

Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: « Más parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano. No la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal: »

Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque, así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fueron, muertas de risa, y le dejaron asido de manera, que fué imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro habia de quedar colgado del brazo; y así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento, como la vez pasada, cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventu-

rado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así, no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto, tiraba de su lazo, por ver si podia soltarse; mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pié ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadís, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado (que sin duda alguna se habia creido que lo estaba); allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese; y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna, teniéndose por encantado; y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó

hasta que otro más sabio encantador le desencantase. Pero engañóse mucho en su creencia, porque apénas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones.

Llamaron á la puerta de la venta, que áun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por Don Quijote desde donde áun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: «Caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo; que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrir tales fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo. Desviaos afuera y esperad que aclare el dia, y entónces veremos si será justo ó no que os abran.

—¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es éste, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias! Si sois el ventero, mandad que nos abran; que somos caminantes, que no queremos más de dar cebada á nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa.

—¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero! respondió Don Quijote.

—No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decis disparates en llamar castillo á esta venta.

—Castillo es, replicó Don Quijote, y áun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

—Mejor fuera al reves, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano; y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decis; porque en una venta tan pequeña y adonde se guarda tanto silencio como ésta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.

—Sabeis poco del mundo, replicó Don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante.»

Cansábanse los compañeros que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quijote pasaba, y así, tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo, que el ventero despertó, y áun todos cuantos en la venta estaban; y así, se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que, melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor; y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de Don Quijote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba: creyó ademas haber quedado tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra; que era en su perjuicio, porque, entendiendo que le faltaba poco para poner las plantas

en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo; bien así como los que están en el tormento de la garrucha, puestos á toca no toca; que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que, con poco más que se estiren, llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efeto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido y fué á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo. Maritórnes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar, y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á Don Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que, llegándose á él, le preguntaron qué tenia, que tales voces daba.

Él, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: «Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafio á singular batalla.»

Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero

les quitó de aquella admiracion, diciéndoles quién era Don Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio.

Preguntáronle al ventero si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venía vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que traia el amante de doña Clara.

El ventero respondió que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero, habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el Oidor, dijo: «Aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle; y áun seria bien que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales.

—Así se hará», respondió uno dellos; y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta, y el otro se fué á rodear la venta; todo lo cual veia el ventero, y no sabia atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado.

Ya á esta sazon aclaraba el dia; y así por esto, como por el ruido que Don Quijote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente doña Clara y Dorotea; que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso dél, ni le respondian á su demanda, moria y ra-

biaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos y les hiciera responder mal de su grado; pero, por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes; uno de los cuales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase.

El hombre le trabó del brazo y le dijo: «¡Por cierto, señor don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió!»

Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre; de que recibió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio; y el criado prosiguió diciendo: «Aquí no hay que hacer otra cosa, señor don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia.

—Pues ¿cómo supo mi padre, dijo don Luis, que yo venia por este camino y en este traje?

—Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos; y así, despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, más contentos de lo que imaginar se puede por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren.

— Eso será como yo quisiere, ó como el cielo lo ordenare, respondió don Luis.

—¿Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo, fuera de consentir en volveros? Porque no ha de ser posible otra cosa.»

Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien don Luis estaba; y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á don Fernando y á Cardenio y á los demas, que ya vestido se habian, á los cuales dijo cómo aquel hombre llamaba de *don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y cómo le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria; y con esto, y con lo que dél sabian, de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber más particularmente quién era, y áun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer; y así, se fueron hácia la parte donde áun estaba hablando y porfiando con su criado.

Salia en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara, toda turbada; y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de doña Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á bus-

carle los criados de su padre; y no se lo dijo tan callando, que lo dejase de oir doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo; y ellas lo hicieron.

Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á don Luis dentro de la venta y rodeados á él, persuadiéndole que luego, sin detenerse un punto, volviese á consolar á su padre.

Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer, hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma.

Apretáronle entónces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese ó no quisiese.

«Esto no hareis vosotros, replicó don Luis, si no es llevándome muerto; aunque, de cualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida.»

Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los más que en la venta estaban, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero y Don Quijote; que ya le pareció que no habia necesidad de guardar más el castillo.

Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian que ¿qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho?

«Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre, que, por la ausencia deste caballero, queda á peligro de perderla.»

Á esto dijo don Luis: «No hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas: yo soy libre, y volveré si me diere gusto; y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza.

—Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre; y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados.

—Sepamos qué es esto, de raíz», dijo á este tiempo el Oidor; pero el hombre, que le conoció, como vecino de su casa, respondió: «¿No conoce vuestra merced, señor Oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver!»

Miróle entónces el Oidor más atentamente, y conocióle, y abrazándole, dijo: «¿Qué niñerías son estas, señor don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra!»

Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al Oidor, el cual dijo á los cuatro que se sosegasen, que todo se haria bien; y tomando por la mano á don Luis, le apartó á una parte y le preguntó qué venida habia sido aquella.

Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta; y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian;

mas el ventero, que atendia más á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños; y así, le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro.

La ventera y su hija no vieron á otro más desocupado para poder socorrerle que á Don Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: «Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre; que dos malos hombres le están moliendo como á cibera.»

Á lo cual respondió Don Quijote muy de espacio y con mucha flema: «Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré. Corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita; que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della.

—¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritórnes, que estaba delante; primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo.

—Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quijote; que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el

otro mundo; que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis más que medianamente satisfecha»; y sin decir más, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua.

La Princesa se la dió de buen talante; y él luego, embrazando su adarga y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde áun todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le decian que ¿en qué se detenia? que socorriese á su señor y marido.

«Deténgome, dijo Don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho; que á él toca y atañe esta defensa y venganza.»

Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto; todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre.

Pero dejémosle aquí; que no faltará quien le socorra, ó si no, sufra y calle el que se atreve á más de lo que sus fuerzas le permiten, y volvámonos atras cincuenta pasos, á ver qué fué lo que

don Luis respondió al Oidor; que le dejamos aparte, preguntándole la causa de su venida á pié y de tan vil traje vestido.

Á lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: «Señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco ó como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis deseos más de lo que ha podido entender de algunas veces que desde léjos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y cómo yo soy su único heredero; si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades.»

Calló, en diciendo esto, el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sa-

bia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y así, no respondió otra cosa sino que se sosegase por entónces, y entretuviese á sus criados que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza don Luis, y áun se las bañó con lágrimas: cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no sólo el del Oidor, que, como discreto, ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que, si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de don Luis, del cual sabia que pretendia hacer de título á su hijo.

Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero; pues por persuasion y buenas razones de Don Quijote, más que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor y la resolucion de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda; y así como la vió, la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: «¡Ah don ladron, que aquí os tengo! venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos, que me robastes.»

Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mo-

jicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, ántes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia; y decia: «¡Aquí del Rey y de la justicia; que, sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladron, salteador de caminos!

—Mentis, respondió Sancho; que yo no soy salteador de caminos; que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos.»

Ya estaba Don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la Órden de la caballería.

Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: «Señores, así esta albarda es mia como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay más, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo.»

Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándolos, depositando la albarda en el suelo, porque la tuviesen de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: «Vean vuestras mercedes clara y ma-

nifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion; en lo del albarda no me entremeto; que lo que en ello sabré decir es; que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo. Yo se la dí, y él los tomó; y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon si no es la ordinaria : que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería. Para confirmacion de lo cual, corre, Sancho, hijo, y saca aquí el yelmo, que este buen hombre dice ser bacía.

—Pardiez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez deste buen hombre albarda.

—Haz lo que te mando, replicó Don Quijote; que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento.»

Sancho fué á do estaba la bacía y la trujo; y así como Don Quijote la vió, la tomó en las manos y dijo : «Miren vuestras mercedes ¡con qué cara podrá decir este escudero que ésta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho! y juro por la Órden de caballería que profeso, que este yelmo es el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.

—En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho; porque desde que mi señor le ganó hasta agora, no ha hecho con él más de una batalla, cuán-

do libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad.

—¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el Barbero, de lo que afirman estos gentiles-hombres, pues áun porfian que ésta no es bacía, sino yelmo!

— Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote... le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.»

Nuestro Barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla, para que todos riesen, y dijo, hablando con el otro barbero: «Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo, más há de veinte años, carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia, sin que le falte uno; y ni más ni ménos, fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo y qué es morrion y celada de encaje; y otras cosas tocantes á la milicia (digo á los géneros de armas de los soldados); y digo (salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento) que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lé-

jos de serlo como está léjos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira; tambien digo que éste, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

—No por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera.

—Así es», dijo el Cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el Barbero; y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando y sus camaradas, y áun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires.

«¡Válame Dios! dijo á esta sazon el barbero burlado: ¿qué es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo! Cosa parece ésta que puede poner en admiracion á toda una universidad, por discreta que sea. Basta; si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

—Á mí albarda me parece, dijo Don Quijote; pero ya he dicho que en eso no me entremeto.

—De que sea albarda ó jaez, dijo el Cura, no está en más de decirlo el señor Don Quijote; que, en estas cosas de la caballería, todos estos señores y yo le damos la ventaja.

—Por Dios, señores mios, dijo Don Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que, acerca de lo que en él se contiene, se preguntare; porque imagino que cuanto en él se trata va por via de encantamen-

to. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve cogido deste brazo casi dos horas: sin saber cómo ni cómo no, vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo agora, en cosa de tanta confusion, á dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen, que ésta es bacía, y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si ésa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva; sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes: quizá por no ser armados caballeros, como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen.

—No hay duda, respondió á esto don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien que á nosotros toca la difinicion deste caso; y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores; y de lo que resultare, daré entera y clara noticia.»

Para aquellos que la tenian del humor de Don Quijote era todo esto materia de grandísima risa; pero á los que la ignoraban, les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de don Luis, y á don Luis ni más ni ménos, y á otros tres pasajeros que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efeto lo eran; pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí, de-

lante de sus ojos, se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda, pensaba sin duda alguna, que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver cómo andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros, y hablándolos al oido, para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocian, dijo en alta voz: «El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres; porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que ésta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y áun de caballo castizo; y así, habreis de tener paciencia, porque, á vuestro pesar y al de vuestro asno, éste es jaez, y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte.

— No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todas vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes..... y no digo más; y en verdad que no estoy borracho; que no me he desayunado, si de pecar no.»

No ménos causaban risa las necedades que decia el barbero que los disparates de Don Quijote, el cual á esta sazon dijo: «Aquí no hay más que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, san Pedro se la bendiga.»

Uno de los cuatro criados dijo: «Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que

hombres de tan buen entendimiento, como son ó parecen, todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que ésta no es bacía, ni aquella albarda; mas, como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque ¡voto á tal (y arrojóle redondo), que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al reves de que ésta no sea bacía de barbero, y ésta albarda de asno!

—Bien podria ser de borrica, dijo el Cura.

—Tanto monta, dijo el criado; que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen.»

Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado, dijo: «Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe de estar hecho uva.

—¡Mentis como bellaco villano!» respondió Don Quijote; y alzando el lanzon (que nunca le dejaba de las manos), le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que, á no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad.

El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros; los criados de don Luis rodearon á don Luis, porque, con el alboroto, no se les fuese; el barbero, viendo la casa revuelta,

tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho; Don Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros; don Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á Don Quijote y á Cárdenio y á don Fernando, que todos favorecian á Don Quijote; el Cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se affigia, Maritórnes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho; Sancho molia al barbero; don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada, que le bañó los dientes en sangre; el Oidor le defendia; don Fernando tenia debajo de sus piés á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad; de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusion de sangre; y en la mitad deste cáos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á Don Quijote que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante; y así, dijo con voz que atronaba la venta: «Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida.»

Á cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió, diciendo: «¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legion de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual, quiero que veais por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí, y trasladado entre nosotros,

la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el jaez, acullá por el águila, acá por el yelmo; y todos peleamos, y todos no nos entendemos. Venga, pues, vuestra merced, señor Oidor, y vuestra merced, señor Cura, y el uno sirva de rey Agramante y el otro de rey Sobrino, y pónganos en paz; porque, por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas.» Los cuadrilleros, que no entendian el frásis de Don Quijote, y se veian malparados de don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse; el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y el albarda; Sancho, á la más mínima voz de su amo, obedeció, como buen criado; los cuatro criados de don Luis tambien se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo; sólo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entónces: la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quijote.

Puestos, pues, ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del Cura, volvieron los criados de don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenia, el Oidor comunicó con don Fernando, Cardenio y el Cura qué debia hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que don Luis le habia dicho. En fin, fué acordado que don Fernando dijese á los criados de don Luis quién él era, y có-

mo era su gusto que don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el Marqués seria hospedado como el valor de don Luis merecia; porque, de otra manera, se sabia de la intencion de don Luis que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos; y creyeron que entendida de los cuatro la calidad de don Fernando y la intencion de don Luis, determinarian entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á don Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él, ó viesen lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero, viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos.

Es, pues, el caso que los cuadrilleros se sosegaron, por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia, por parecerles que, de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar lo peor de la batalla; pero á uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por don Fernando, le vino á la memoria que, entre algunos mandamientos que traia para prender á algunos delincuentes, traia uno contra Don Quijote, á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, como Sancho, con mucha razon, habia temido. Imaginando, pues, esto, quiso

certificarse si las señas, que de Don Quijote, traia venian bien; y sacando del seno un pergamino doblado, con papeles dentro, topó con el que buscaba; y poniéndoselo á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia, ponia los ojos en Don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote; y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba. Y apénas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, con la izquierda mostró el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: «¡Favor á la Santa Hermandad! Y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos.»

Tomó el mandamiento el Cura, y vió cómo era verdad cuanto el cuadrillero decia, y cómo convenia en las señas con Don Quijote; el cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo, le asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que, á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida ántes que Don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalles favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritórnes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban.

Sancho dijo, viendo lo que pasaba: «¡Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los

encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él!»

Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro, bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del Rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de camino.

Reíase de oir decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo: «Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos! ¡Ah gente infame, digna, por vuestro bajo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia, de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad: decidme, ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no

sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante!»

CAPÍTULO XLVI.

Del fin de la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote.

En tanto que Don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los cuadrilleros cómo Don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante; pues, aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas.

«Con todo eso, dijo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo.»

En efeto, tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quijote; y así, tuvieron por bien de apaciguarse, y áun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo ménos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura, á socapa y sin que Don Quijote lo entendiese, le dió al barbero por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces ni por siempre jamas amén. Sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y de más tomo, restaba que los criados de don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde don Fernando le queria llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lazos, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso; porque los criados se contentaron de cuanto don Luis queria; de que recibió tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada

uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos y traia colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el Cura habia hecho al barbero, pidió el escote de Don Quijote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el Cura, y lo pagó don Fernando; puesto que el Oidor, de muy buena voluntad, habia tambien ofrecido la paga; y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano; de todo lo cual fué comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor Cura y á la incomparable liberalidad de don Fernando.

Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para qué habia sido llamado y escogido; y así, con resoluta determinacion, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él, por obedecella, se puso en pié y le dijo: «Es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad

que en las de la guerra, adonde la eelcridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria ántes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echásemos de ver algun dia; porque ¿quién sabe si, por ocultas espías y diligentes, habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dándole lugar, le tendrá de fortificarse en algun inexpugnable castillo ó fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo! Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura; que no está más el tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario.»

Calló, y no dijo más Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa Infanta, la cual, con ademan señoril y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió desta manera: «Yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo más voluntad que la vuestra: disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante; que la que una vez os entregó la defensa de su persona y puso en vuestras manos la restauracion de sus

señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare.

—Á la mano de Dios, dijo Don Quijote; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas al deseo, y al camino, lo que suele decirse, que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la Reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto.»

Sancho, que á todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza á una parte y á otra: «¡Ay señor, señor! y ¡cómo hay más mal en el aldegüela que se suena! con perdon sea dicho de las tocas honradas.

—¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano!

—Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado; como buen escudero y como debe un buen criado decir á su señor.

—Di lo que quisieres, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo; que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy.

—No es eso ¡pecador fuí yo á Dios! respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es más que mi ma-

dre; porque, á ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda, á vuelta de cabeza y á cada traspuesta.»

Paróse colorada, con las razones de Sancho, Dorotea (porque era verdad que su esposo don Fernando, alguna vez, á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura más era de dama cortesana que de reina de tan gran reino), y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: «Esto digo, señor, porque, si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafren; pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos.»

¡Oh válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió Don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo; «¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion! Véte de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, alma-

rio de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas; véte, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira»; y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas; á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor.

Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quijote, dijo, para templarle la ira: «No os despecheis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así, se ha de creer, sin poner duda en ello, que, como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto, por esta diabólica via, lo que él dice que vió, tan en ofensa de mi honestidad.

—¡Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon Don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encanto no fuera! que sé yo bien, de la bon-

dad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie.

—Ansí es y ansí será, dijo don Fernando; por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia, *sicut erat in principio,* ántes que las tales visiones le sacasen de juicio.»

Don Quijote respondió que él le perdonaba, y el Cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas, pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar, le echó la bendicion, diciendo: «Agora acabarás de conocer, Sancho, hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento.

—Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria.

—No lo creas, respondió Don Quijote; que si así fuera, yo te vengara entónces, y áun agora; pero ni entónces ni agora pude, ni vi en quién tomar venganza de tu agravio.»

Desearon saber algunos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no ménos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento; puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y de hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba.

Dos dias eran ya pasados, desde que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron órden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con Don Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el Cura y el Barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma. Hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote; y luego don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del Cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas.

Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia; y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los piés, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes; y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni

defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el Cura, trazador desta máquina. Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué, que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron dos maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper á dos tirones.

Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el Barbero (no el del albarda, sino el otro), que decia: «¡Oh caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso; la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco; de cuyo inaudito consorcio saldrán á luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será ántes que el seguidor de la fugitiva ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y tú ¡oh el más noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narices! no te desmaye ni descontente ver llevar así, delante de tus ojos mesmos, á la flor de la caballería andante;

que presto, si al Plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas; y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote, de parte de la sábia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad; que yo me vuelvo adonde yo me sé»; y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que áun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian.

Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpétua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo: «¡Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me hás pronosticado! ruégote que pidas de mi parte al sabio encantádor que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en ésta prision donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho; que, como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca

á la consolacion de Sancho Panza, mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder que no me dejará, en buena ni en mala suerte; porque, cuando no suceda, por la suya ó por mi corta ventura, el poderle yo dar la ínsula ú otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. »

Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego sacaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué conducido encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

Cuando Don Quijote se vió de aquella manera, enjaulado y encima del carro, dijo: « Muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jàmas he leido ni visto ni oido que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipógrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí agora sobre un carro de bueyes ¡vive Dios, que me pone en confusion! Pero quizá la caballería y los encantos

destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho, hijo?

—No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaria afirmar y jurar que estas visiones, que por aquí andan, que no son del todo católicas.

—¡Católicas, mi padre! respondió Don Quijote. ¿Cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire, y cómo no consisten más de en la apariencia.

—Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo, que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios; porque, segun se dicé, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ámbar de media legua.» Decia esto Sancho por don Fernando, que, como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia.

«No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don Quijote; porque te hago saber que los diablos saben mucho; y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíri-

tus; y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos, donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio!»

Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida; y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, y lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á dos cuadrilleros con sus ballestas; pero ántes que se moviese el carro, salió la ventera con su hija y Maritórnes á despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia; á quien Don Quijote dijo: «No lloreis, mis buenas señoras; que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero an-

dante; porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos; á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros, que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero, con todo eso, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado, por descuido mio, vos he fecho; que, de voluntad y á sabiendas, jamas le hice á nadie; y rogad á Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto; que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificallas, servillas y recompensallas como ellas merecen.»

En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quijote, el Cura y el Barbero se despidieron de don Fernando y sus camaradas, y del Capitan y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo don Fernando al Cura dónde habia de escribirle, para avisarle en lo que paraba Don Quijote; asegurándole que no habria cosa que más gusto le diese que saberlo; y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoraida y suceso de don Luis, y vuel-

ta de Luscinda á su casa. El Cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos.

El ventero se llegó al Cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta, donde se halló la novela del *Curioso impertinente*, y que pues su dueño no habia vuelto más por allí, que se los llevase todos; que pues él no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradeció; y abriéndolos luego, vió que al principio de lo escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela, y coligió que, pues la del *Curioso impertinente* habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y así, la guardó, con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad.

Subió á caballo, y tambien su amigo el Barbero, ambos con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro.

Y la órden que llevaban era ésta: iba primero el carro, guiándole su dueño; á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus ballestas; seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda á Rocinante; detras de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés y arrimado á las verjas,

con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estátua de piedra; y así, con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicándolo con el Cura, fué de parecer el Barbero que caminasen un poco más; porque él sabia que detras de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de más yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del Barbero, y así, tornaron á proseguir su camino.

En esto volvió el Cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos, y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que ménos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente; y uno de los que venian, que en resolucion era canónigo de Toledo y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y más á Don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facineroso salteador, ú otro delincuente cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad.

Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la

pregunta, respondió así: «Señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos.»

Oyó Don Quijote la plática, y dijo: «¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias; y si no, no hay para qué me canse en decillas»; y á este tiempo habian ya llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio.

El Canónigo, á lo que Don Quijote dijo, respondió: «En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de las súmulas de Villalpando; así que, si no está más que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes.

Á la mano de Dios, replicó Don Quijote; pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula, por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos. Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, á despecho y pesar de la mesma envidia y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas.

— Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazon el Cura; que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada y la valentía enoja. Este es, señor, *el Caballero de la Triste Figura,* si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos.»

Cuando el Canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz, de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido; y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian.

En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dijo: «Ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que díjere, el caso de ello es, que así va encantado mi señor Don Quijote como mi madre. Él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres y como las hacia ayer, ántes que le enjaulasen: siendo esto ansí, ¿cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado, pues yo he oido decir á muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará más que treinta procuradores!»

Y volviéndose á mirar al Cura, prosiguió diciendo: «¡Ah señor Cura, señor Cura! ¿pensará vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan es-

tos nuevos encantamentos? Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro; y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza, la liberalidad. ¡Mal haya el diablo! que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo ménos, pues no se podia esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor, *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa; pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es más de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor se le hace; y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.

—Adobadme esos candiles, dijo á este punto el Barbero: ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? ¡Vive el Señor, que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería! En mal punto os empreñastes de sus promesas, y

en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseais.

—Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del Rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si ínsula deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras; y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula, y más, pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien dallas. Vuestra merced mire cómo habla, señor Barbero; que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor meneallo.»

No quiso responder el Barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procuraban encubrir; y por este mismo temor habia el Cura dicho al Canónigo que caminase un poco delante; que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el Canónigo, y adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de Don Quijote, contándole el Cura brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberle puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el Canónigo de oir la pere-

grina historia de Don Quijote, y en acabándola de oir, dijo: «Verdaderamente, señor Cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo; porque me parece que, cual más, cual ménos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene más éste que aquel, ni estotro que el otro. Y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman *milesias*, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar, y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates; que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante; y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique! Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla, y despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes, como sea con-

tra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por sólo el valor de su fuerte brazo! Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se confia en los brazos de un andante y no conocido caballero! ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse, leyendo que una gran torre, llena de caballeros, va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo ni las vió Marco Polo! Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así, no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles-hia yo que tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada, cuanto tiene más de lo curioso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando los tropiezos, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero, con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que más parece

que llevan intencion de formar una quimera ó un monstruo, que de hacer una figura proporcionada. Fuera desto, son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil.»

El Cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento y que tenia razon en cuanto decia; y así, le dijo que, por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado casi todos los de Don Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el Canónigo, y dijo que, con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos; porque daban largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitan valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando, ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimien-

to; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarron; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. «Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulíses, la piedad de Enéas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinon, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton, y finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion, que tire lo más que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho; porque la escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII.

Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

—Así es, como vuestra merced dice, señor Canónigo, dijo el Cura; y por esta causa son más dignos de reprehension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina.

—Yo, á lo ménos, replicó el Canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas; y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes, que sólo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero, con todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesion, como por ver que es más el número de los simples que de los prudentes; y que, puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que vitoreado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien, por la mayor parte, toca leer semejantes libros.

»Pero lo que más me le quitó de las manos, y áun del pensamiento el de acabarle, fué un argu-

mento qué hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que ahora se representan; diciendo: «Si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas ó las más son conocidos disparates y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan léjos de serlo; y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos que no opinion con los pocos; esto mismo vendrá á ser de mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del Cantillo. Y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores que se engañan en tener la opinion que tienen, y que más gente atraerán y más fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque.»

»Acuérdome que un dia dije á uno destos pertinaces: «Decidme, ¿no os acordais que há pocos años que se representaron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta destos reinos, las cuales fueron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como

de los escogidos, y dieron más dineros á los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se han hecho?

»—Sin duda, respondió el actor que digo, que debe de decir vuestra merced por la *Isabela*, la *Fílis* y la *Alejandra*.

»—Por ésas digo, le repliqué yo; y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo; así que, no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fué disparate *La ingratitud vengada*, ni le tuvo la *Numancia*, ni se halló en la del *Mercader amante*, ni ménos en *La Enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo y para ganancia de los que las han representado»; y otras cosas añadí á estas, con que, á mi parecer, le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento.

—En materia ha tocado vuestra merced, señor Canónigo, dijo á esta sazon el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal, que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque, habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres é imágen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades é imágenes de lascivia. Porque ¿qué mayor disparate puede ser, en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera

escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado! Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapan y una princesa fregona! ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y áun, si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo! Y si es que la imitacion es lo principal á que ha de atender la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento que, fingiendo una accion que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores, de todo punto inexcusables! Y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurías. Pues ¿qué, si venimos á las comedias divinas! ¡Qué de milagros fingen en ellas! ¡qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! Y áun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin más respeto ni con-

sideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos lo llaman, para que la gente ignorante se admire, y venga á la comedia. Y todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no seria bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que, pues este se consigue con cualquier comedia, buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debian hacerse; pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo qué con ellas se pretende. A lo cual responderia yo que este fin se conseguiria mucho mejor, sin comparacion alguna, con las comedias buenas que con las no tales; porque, de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud; que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar

y entretener, satisfacer y contentar, la comedia que todas estas partes tuviere, mucho más que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen éstas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen; porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero, como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen (y dicen verdad) que los representantes no se las comprarian, si no fuesen de aquel jaez; y así, el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad vese por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente, tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfecion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que, despues de representadas, tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes y en deshonra de algunos linajes; y todos estos inconvenientes cesarian, y áun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la córte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias ántes que se representasen, no sólo aquellas que se hiciesen

en la córte, sino todas las que se quisiesen representar en España; sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna. Y desta manera, los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la córte, y con seguridad podrian representallas, y aquellos que las componen mirarian con más cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende; y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria facilísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigallos. Y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados; pues no es posible que esté contínuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se puede sustentar sin alguna lícita recreacion.»

Á este punto de su coloquio llegaban el Canónigo y el Cura, cuando adelantándose el Barbero, llegó á ellos y dijo al Cura: «Aquí, señor Licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que, sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto.

—Así me lo parece á mí», respondió el Cura; y diciéndole al Canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia; y así por gozar dél, como de la conversacion del Cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber más por menudo las hazañas de Don Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no léjos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde; á lo cual uno de sus criados respondió que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar de la venta más que cebada.

«Pues así es, dijo el Canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver el acémila.»

En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la contínua asistencia del Cura y el Barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: «Señor, para descargo de mi conciencia, le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es, que aquestos dos que vienen aquí, encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar y el Barbero; y imagino han dado esta traza de llevalle desta manera, de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaido y tonto: para prueba de lo cual, le quiero preguntar una cosa; y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y

verá cómo no va encantado, sino trastornado el juicio.

—Pregunta lo que quisieres, hijo, Sancho, respondió Don Quijote; que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad; y en lo que dices que aquellos que allí van, y vienen con nosotros, son el Cura y el Barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mesmos; pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja; y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuvieses la soga de Teseo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño; porque, si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados! Ansí que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices; porque así son ellos como yo soy turco; y en lo que toca á querer preguntarme algo, di; que yo

te responderé, aunque me preguntes de aquí á mañana.

—¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz; y ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto! Pero, pues así es, yo le quiero probar evidentemente cómo no va encantado. Si no, dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando ménos se piense...

—Acaba de conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta lo que quisieres; que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

—Eso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes...

—Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quijote; acaba ya de preguntar; que en verdad que me cánsas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.

—Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso despues que vuestra merced va enjaulado, y á su parecer, encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse.

—No entiendo eso de hacer aguas, Sancho:

aclárate más, si quieres que te responda derechamente.

—¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores! Pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir, si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa.

—Ya, ya te entiendo, Sancho. Sí, y muchas veces, y áun agora la tengo: sácame deste peligro; que no anda todo limpio.

CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote.

—¡Ah! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber con el alma y con la vida. Venga acá, señor: ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí, cuando una persona está de mala voluntad: «No sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado?» De donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan.

—Verdad dices, Sancho, respondió Don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora

se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian : de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé ó tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia; que la formaria muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterósos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad.

— Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que, para mayor abundancia y satisfaccion, seria bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel (que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y áun á sacarle della), y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula, en la cual prometo, á ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, y yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo.

—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho, hermano, replicó Don Quijote; y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia.»

En estas pláticas se entretuvieron el caballero

andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde, ya apeados, los aguardaban el Cura, el Canónigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero, el cual rogó al Cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula; porque si no le dejaban salir, no iria tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo.

Entendióle el Cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia, si no temiera que, en viéndose su señor en libertad, habia de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen.

«Yo le fio de la fuga, respondió Sancho.

—Y yo y todo, dijo el Canónigo, y más si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

—Sí doy, respondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando: cuanto más que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere; porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y si hubiere huido, le hará volver en volandas»; y que, pues esto era así, bien podian soltalle, y más siendo tan en provecho de todos; y del no soltalle les protestaba que no podia dejar de fatigalles el olfato, si de allí no se desviaban.

Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fe y palabra, le des-

ataron, de que él se alegró infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo, fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: «Aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo encima de tí, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo.» Y diciendo esto, Don Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado, y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase.

Mirábalo el Canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías. Y así, movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del Canónigo, le dijo: «¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan léjos de ser verdaderas como lo está la mesma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella an-

dante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente, tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y áun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y áun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar, para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura, que redunde

en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra. Y si todavía, llevado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernan Gonzalez, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernandez, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garci Perez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de Leon, Sevilla; cuya leccion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mio; de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, cuerdo sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, segun he sabido, trae vuestra merced su principio y orígen.»

Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del Canónigo; y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: «Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, ó inútiles para la república; y que yo he hecho mal en leerlos, y más mal en

creerlos y peor en imitarlos; habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan; negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas.

—Todo es al pié de la letra, como vuestra merced lo va relatando», dijo á esta sazon el Canónigo.

A lo cual respondió Don Quijote: «Añadió tambien vuestra merced que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan.

—Así es, dijo el Canónigo.

—Pues yo, replicó Don Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, mereceria la mesma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan; porque querer dar á entender á nadie que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta. Porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno?

que ¡voto á tal que es tanta verdad, como es ahora de dia! Y si es mentira, tambien lo debé de ser que no hubo Héctor, ni Aquíles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Artus de Ingalaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos. Y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino y la de la demanda del santo Grial, y que son apócrifos los amores de don Tristan y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y es esto tan ansí, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: «Aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona»; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo ménos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. Pues ¿quién podrá negar no ser verdadera la historia de Piérres y la linda Magalona, pues áun hasta hoy dia se ve en la armería de los Reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta! Y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga; de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cid, y Bernardo del Carpio y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no, díganme tambien que no es verdad que fué caballero an-

dante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Arrás con el famoso señor de Charní, llamado Mosen Piérres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; ni las aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon), venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo que no fué á buscar las aventuras á Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, el del Paso; las empresas de Mosen Luis de Fálces contra don Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, qué torno á decir que el que las negase careceria de toda razon y buen discurso.»

Admirado quedó el Canónigo de oir la mezcla que Don Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería; y así, le respondió: «No puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles; y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Tur-

pin dellos escribe; porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía (á lo ménos, si no lo eran, era razon que lo fuesen), y era como una religion de las que ahora se usan, de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los Doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni ménos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice, del conde Piérres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado; que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que, aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y más siendo tan grande como vuestra merced ha dicho.

—Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote; y por más señas, dicen que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho.

—Todo puede ser, respondió el Canónigo; pero, por las Órdenes que recebí, que no me acuerdo haberla visto; mas, puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honra-

do, de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos.

—¡Bueno está eso! respondió Don Quijote. Los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas, de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad; pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y dia por dia, que el tal caballero hizo ó tales caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame; que le aconsejo en esto lo que debe hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame, ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, que aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago

sale una voz tristísima que dice : «Tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negrura yacen! ¿y que apénas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando, sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y áun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa!

»Allí le parece que el cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más viva. Ofrécesele á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra, á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas, blancas y amarillas, del caracol,

puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no ménos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimacion su hechura; y ¿hay más que ver, despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar; y tomar luego, la que parecia principal de todas, por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manton sobre los hombros, que, por lo ménos ménos, dicen que suele valer una ciudad, y áun más! ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado! ¿Qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada! ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil! ¿Qué

verle servir de todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio! ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cual deba de alargar la mano, á cual no! ¿Qué oir la música que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adónde suena? Y despues de la comida acabada y las mesas alzadas, ¡quedarse el caballero recostado sobre la silla (quizá mondándose los dientes como es costumbre), y entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas, que suspenden al caballero y admiran á los leyentes que van leyendo su historia! No quiero yo alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que, despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque há tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encier-

ra; que, mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias há prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.»

Casi todas estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: «Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado, tan prometido de vuestra merced como de mí esperado; que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.

—Eso, hermano Sancho, dijo el Canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de atender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar; que si ésta falta en los principios, siempre irán errados

los medios y los fines; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.

—No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza; mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabria regirle; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey seria yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo, haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haria mi gusto, y haciendo mi gusto, estaria contento, y en estando uno contento, no tiene más que desear, y no teniendo más que desear, acabóse; y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro.»

A lo cual replicó Don Quijote: «No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho.

— Pero con todo eso, hay mucho que decir sobre esta materia de condados.

—Yo no sé qué haya que decir; sólo me guio por muchos y diversos ejemplos que podia traer á este propósito, de caballeros de mi profesion, que, correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habian recebido, les hicieron notables mercedes, haciéndolos señores absolutos de ciudades y ínsulas; y cuál hubo que llegaron sus merecimientos á tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la ínsula Firme! Y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.»

Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que Don Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pegajosas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del Canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto; y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un són de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas, que allí junto estaban, sonaba; y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo; tras ella venia un cabrero dándole voces y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente, como á favorecerse della, y allí se detuvo.

Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: «¡Ah cerrera, cerrera, manchada, manchada! y ¡cómo andais vos estos dias de pié cojo! ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me direis qué es esto, hermosa? Mas ¿qué puede ser, sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada? que ¡mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien

imitais! Volved, volved, amiga; que, si no tan contenta, á lo ménos estareis segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras; que si vos, que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas!»

Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al Canónigo, que le dijo: «Por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño; que, pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto, por más que vos os pongais á estorbarlo. Tomad ese bocado y bebed una vez, con que templareis la cólera, y en tanto descansará la cabra»; y el decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno.

Tomólo y agradeciólo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: «No querria que, por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple; que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto, que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias.

—Eso creo yo muy bien, dijo el Cura; que ya yo sé de experiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos.

—Á lo ménos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que

acredite lo que ese señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia.»

Á esto respondió Don Quijote: «Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos y de ser amigos de curiosas novedades, que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo; que todos escucharemos.

— Saco la mia, dijo Sancho; que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias; porque he oido decir á mi señor Don Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer, cuando se le ofreciere, hasta no poder más, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada, que no aciertan á salir della en seis dias; y si el hombre no va harto ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia.

— Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quijote; véte á donde quisieres y come lo que pudieres; que yo ya estoy satisfecho, y sólo me falta dar al alma su refaccion, como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre.

— Así la daremos todos á las nuestras», dijo el Canónigo. Y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia.

El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: «Recuéstate junto á mí, manchada; que tiempo nos queda para volver á nuestro apero.»

Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, él cual comenzó su historia desta manera :

CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quijote.

«Tres leguas deste valle está una aldea, que, aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos, en la cual habia un labrador múy honrado, y tanto, que, aunque es anejo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia más dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas... ¿qué digo yo por las circunvecinas no más, si se extendió á las apartadas ciudades, y áun se entró por las salas de los reyes y por los oidos de todo género de gente, que, como á cosa rara ó como á imágen de milagros, de todas partes á verla venian!

»Guardábala su padre y guardábase ella; que

no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quién la entregaria de los infinitos que le importunaban; y entre los muchos que tan buen deseo tenian, fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no ménos acabado.

»Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusion, determinó decírselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto), advirtiendo que, pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que les dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; sólo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi

competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin áun está pendiente; pero bien se deja entender que ha de ser desastrado.

»En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias, y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitan que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió él mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y ménos tomo. La gente labradora (que de suyo es maliciosa, y dándole el caso lugar, es la misma malicia) lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres, de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellos, que si no se los contaran, hubiéra quien jurara que habia hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumajes; y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando; porque ellos hacen una buena parte en esta historia.

»Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos, la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se

hubiese hallado; habia muerto más moros que tienen Marruécos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos, segun él decia, que Garcilaso, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba; y de todos habia salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas, que, aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y faciones. Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de *vós* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que, debajo de ser soldado, al mismo Rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, qué tambien la tenia de poeta; y así, de cada niñería que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura.

»Este soldado, pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galan, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra, desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes; encantáronla sus romances (que de cada uno que componia daba veinte traslados), llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido; y finalmente (que así el diablo lo debia de tener ordenado), ella se vino á enamorar dél ántes que en él naciese presuncion de solicitalla; y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquel

que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido, habiendo dejado la casa de su honrado y amante padre (que madre no la tiene), y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba.

»Admiró el suceso á toda la aldea, y áun á todos los que dél noticia tuvieron; yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos. Tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la habia engañado, y debajo de la palabra de ser su esposo, la persuadió que dejase la casa de su padre; que él la llevaria á la más rica y más vistosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y peor engañada, le habia creido, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que habia faltado; y que él la llevó á un áspero monte, y la escondió en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien cómo el soldado, sin quitalle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Dura

se nos hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el descensolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado á su hija con la joya que, si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamas se cobre. El mismo dia que pareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monesterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo ménos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal dispuesta.

» Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo ménos sin tener cosa que mirar que contento les diese; los mios en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminase, con la ausencia de Leandra. Crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea y venirnos á este valle, donde él, apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras, tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la her-

mosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas.

»Á imitacion nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores y de apriscos; y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Éste la maldice y la llama antojadiza, vária y deshonesta; aquél la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion; y, en fin, todos la deshonran y todos la adoran; y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamas hablado, y áun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamas dió á nadie; porque, como ya tengo dicho, ántes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de *Leandra*, donde quiera que puede formarse; *Leandra* resuenan los montes, *Leandra* murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y más juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual, teniendo tantas otras cosas de que quejarse, sólo se queja de ausencia, y al són de un rabel, que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento,

cantando se queja. Yo sigo otro camino más fácil, y á mi parecer, el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas inciertas; de su fe rompida, y finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar los pensamientos é intenciones que tienen; y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué; que, por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros; si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto; cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con várias y sazonadas frutas, no ménos á la vista que al gusto agradables.»

CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchado le habian; especialmente le recibió el Canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y así, dijo que habia dicho muy bien el Cura en decir que los montes criaban letrados.

Todos se ofrecieron á Eugenio; pero el que más se mostró liberal en esto fué Don Quijote, que le dijo: «Por cierto, hermano cabrero, que si yo me

hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que, luego, luego, me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena; que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar de la abadesa y de cuantos quisiéran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante, guardando empero las leyes de la caballería, que mandan que á ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno. Aunque yo espero en Dios, nuestro señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador, mejor intencionado, y para entónces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. »

Miróle el cabrero; y como vió á Don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al Barbero, que cerca de sí tenia: « Señor ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla?

— ¿Quién ha de ser, respondió el Barbero, sino el famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas?

— Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice; puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacios los aposentos de la cabeza.

— Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon Don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado; que yo estoy más lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa puta que os parió.»

Y diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener ningun respeto á la alhombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual, lleno de sangre el rostro, molido á coces, de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo el Barbero y el Cura; mas un cuadrillero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el Canónigo y el Cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos á los otros como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados; sólo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del Canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase.

En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes, que se carpian, oyeron el són de una trompeta tan triste, que les hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oirle fué Don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero, harto contra su voluntad y más que medianamente molido, le dijo: «Hermano demonio (que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias), ruégote que hagamos treguas no más de por una hora, porque el doloroso són de aquella trompeta que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama.» El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego; y Don Quijote se puso en pié, volviendo asimismo el rostro adonde el són se oia; y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes.

Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quijote, que vió los extraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla; y confirmóle más esta imaginacion, pensar que una imágen que traian,

cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines. Y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: «Agora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la Orden de la andante caballería; agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora, que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes.»

Y en diciendo esto, apretó los talones á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes; bien que fueron el Cura y el Canónigo y Barbero á detenelle; mas no les fué posible, ni ménos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: «¿Adónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta ¡mal haya yo! que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace; que por esta vez se puede decir que no se lo sabe.»

Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra; y aun-

que la oyera, no volviera, si el Rey se lo mandara. Llegó, pues, á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba harto deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: «Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.»

Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledanías, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió, diciendo: «Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga.

—En una lo diré, replicó Don Quijote, y es ésta: que luego al punto dejeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad y que algun notorio desaguisado le habedes fecho; y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece.»

Con estas razones cayeron todos los que las oyeron en que Don Quijote debia de ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote, porque, sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compa-

ñeros, salió al encuentro de Don Quijote, enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo tres partes, con el último tercio, que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro (por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza), que el pobre Don Quijote vino al suelo muy mal parado.

Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullia ni pié ni mano; y así, creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaban todos los de la compañía de Don Quijote adonde él estába; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino alrededor de la imágen; y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto, con determinacion de defenderse, y áun ofender, si pudiesen, á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, cre-

yendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decia : « ¡ Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo, acabaste la carrera de tus tan bien gastados años ! ¡ Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y áun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias ! ¡ Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por sólo un mes de servicio me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea ! ¡ Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin tacha, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin, caballero andante, que es todo lo que decirse puede ! »

Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo fué : « El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado; que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

— Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á nuestra aldea

en compañía destos señores, que su bien desean, y allí daremos órden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

—Bien dices, Sancho, respondió Don Quijote; y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre.»

El Canónigo y el Cura y Barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia; y así, habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro como ántes venia: la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debia; el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura ó si proseguia en ella; y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo.

El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el Cura quiso; y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia; y cuando conocieron á su compatrioto quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas al Ama y á la Sobrina

de que su tio y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas.

Á las nuevas de la venida de Don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero; y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno: Sancho respondió que venia mejor que su amo.

«¡Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho! Pero contadme agora, amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana me traeis á mí? ¿qué zapaticos á vuestros hijos?

—No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mia; aunque traigo otras cosas de más momento y consideracion.

—Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de más consideracion y más momento, amigo mio; que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

—En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza; y por ahora estad contenta; que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

— Quiéralo así el cielo, marido mio; que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo.

— No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y áun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos.

— ¿Qué es lo que decis, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos!» respondió Teresa Panza; que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.

«No te acucies, Teresa, por saber todo esto tan aprisa: basta que te digo verdad, y cose la boca; sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de alguna he salido manteado, y de otras molido; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion, sin pagar, ofrecido sea al diablo el maravedí.»

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Teresa Panza, su mujer, en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quijote le recibieron y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El Cura encargó á la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su

tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, á lo ménos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha que Don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que (segun él dijo) se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos, escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo Don Quijote, con diferen-

tes epitafios y elogios de su vida y costumbres; y los que se pudiéron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar ó buscar otros, si no tan verdaderos, á lo ménos de tanta instruccion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en un pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, Á LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE.

Epitafio.

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De más despojos que Jason a Creta;
El júicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha;
El brazo que su fama tanto ensanchra,
Que llegó del Catay hasta Gaeta;
La Musa más honrada y más discreta
Que grabó versos en broncínea plancha;
El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría;
El que hizo callar los Belianises;
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, IN LAUDEM DULCINEÆ DEL TOBOSO.

Soneto.

Esta que veis, de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjüez, á pié y cansado,
Culpa de Rocinante. ¡Oh dura estrella!
Que esta manchega dama y este invito
Andante caballero, en tiernos años
Ella dejó, muriendo, de ser bella;
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Soneto.

En el soberbio trono diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el Manchego, su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.
Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
¡Nuevas proezas! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,
Hoy á Quijote le corona el aula
Do Belona preside, y dél se precia,
Más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha;
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR, ACADÉMICO ARGAMASILLESCO,
Á SANCHO PANZA.

Soneto.

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
Pero grande en valor: ¡milagro extraño!
Escudero el más simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que áun no perdónan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.
¡Oh vanas esperanzas de la gente!
¡Cómo pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,
EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE.

Epitafio.

Aquí yace el caballero
Bien molido y mal andante,
Á quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
Yace tambien junto á él,
Escudero el más fiel
Que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,
EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

Epitafio.

Reposa aquí Dulcinea;
Y aunque de carnes rolliza,
La volvió en polvo y ceniza
La muerte espantable y fea:

Fué de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama;
Del gran Quijote fué llama,
Y fue gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer; los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico, para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho, á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quijote.

Forse altri canterà con miglior plettrò.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA PRIMERA PARTE

NOTAS.

NOTAS.

1 *Página 1, líneas antepenúltima y última.*

« Por la *punta* del pié. » Léase « por la *planta* del pié », como corrigió D. Diego-Clemencin, advirtiendo atinadamente que en el cap. XXXII de la Segunda Parte vuelve Don Quijote á tratar de Roldan y dice : « que no podia ser ferido sino por la *planta* del pié izquierdo ».

2 *P. 2, l. 5.*

« Por las señales que halló en la *fontana.* »

Las primeras ediciones dicen *fortuna*. Parece que debe ser *fontana*, voz usada en tiempo de Cervántes alguna vez, en lugar de *fuente*. A una fuente, que nacia de una gruta, se refiere el autor; y Fray Luis de Leon, en la bellísima oda que principia *¡ Qué descansada vida!* escribió en la estrofa décima :

Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una *fontana* pura,
Hasta llegar, corriendo se apresura.

3 *P. 2, línea penúltima.*

« Ni para qué tengo de enturbiar el agua clara destos arroyos... »

Como ántes se lee: *¿para qué quiero yo tomar trabajo de desnudarme?* parece que debe seguir el mismo sentido de pregunta, y que debió ser yerro casual de pluma ó de imprenta poner, como se ve en las ediciones primeras: *ni tengo para qué enturbiar el agua*, etc.

4 *P. 3, l. 9 y 10.*

« Lo más que él hizo fué rezar y encomendarse á Dios. »

Aquí difiere la primera edicion notabilísimamente de las demas. Léese en ella, copiando el trozo con su propia ortografía, lo que sigue: « Lo mas que el hizo, fue rezar, y encomendarse á Dios: pero que hare de rosario, que no le tengo? En esto le vino al pensamiento, como le haria, y fue, que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andauan colgando, y diole honce ñudos, el vno mas gordo que los demas, y esto le siruio de rosario, el tiempo que alli estuuo, donde rezó un millõ de Aue Marias. »

La segunda edicion y la de 1608 de Juan de la Cuesta, traen el pasaje en esta forma: « Lo mas que el hizo, fue rezar, y assi lo hare yo. Y siruieronle de rosario vnas agallas grandes de vn alcornoque, que ensartó, de que hizo vn diez. »

Ó Cervántes escribió desde Valladolid á Juan de la Cuesta, encargándole que reformara de esta manera el texto, ó lo corrigió así el censor del libro, ó lo varió el impresor. La falta de rosario de Don Quijote hubo de parecerle mal al fingido Alonso Fernández de Avellaneda, cuando en el primer capítulo de su *Quinta Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, y muy al principio, escribió, refiriéndose á su héroe: « Comenzó, tras esto, á ir á misa con su *rosario* en las manos. » Tambien Cervántes debió de creer conveniente presentar provisto de rosario á nuestro caballero, porque en su Segunda Parte, cap. XLVI, dijo ya de él: « Asió un gran *rosa-*

rio que consigo contino traia, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala.»

Se ha tomado parte de lo que en el respectivo lugar trae la primera edicion, y parte de lo que se corrigió en la segunda, omitiendo lo que pudo entónces, y hoy pudiera, desagradar.

5 *P. 4, l. 5, contando desde la última.*

«*Húmida* Eco.» ¿Será *tímida?* porque el eco habla siempre de léjos.

6 *P. 4, líneas penúltima y última.*

«Si como tardó *dos* dias, tardara dos semanas.»

Tres dias, dicen todas las ediciones; pero los dias fueron solamente *dos*, como consta del texto. Sancho llegó á la venta al otro dia de su marcha: uno. En este mismo se puso en camino para volver á la Sierrá, con el Cura y con el Barbero; y al siguiente, se reunió con Don Quijote: otro dia. Son dos, ó poco más.

7 *P. 6, l. 15 y 16.*

«Las *primeras* aventuras que le habian *con él* sucedido.»

En las otras ediciones: «Las aventuras que le habian sucedido.»

Uno y otro se podia omitir, porque más adelante se dice que Sancho contó *otras cosas de su amo, la pérdida del Rucio, y lo que les aconteció con el loco* (Cardenio), *callando empero el hallazgo de la maleta*, etc. Si Sancho habia referido ántes al Cura y al Barbero *las aventuras* de su amo, esto es, *todas las aventuras*, no habia necesidad de contar parte de ellas por segunda vez.

8 *P. 10, línea última.*

«*Dió* el Cura en un pensamiento.»

En las otras ediciones: «*Vino* el Cura en un pensamiento.»

En la página 12 de la presente, últimas lineas, hallará el lector las palabras: «*Le vino al Cura* un pensamiento.» En la 13 verá: «El Barbero *vino en* todo aquello que el Cura quiso.»

Aparece, pues, que *venir en un pensamiento* equivale á *convenir* con una idea que otro tiene: por lo cual, en el caso de nuestra nota deberemos leer, ó bien *le vinó al Cura un pensamiento*, ó bien *dió el Cura en un pensamiento;* pero no *vino el Cura en un pensamiento*, que era suyo.

9 *P. 13, líneas segunda y tercera del párrafo que principia en aquella plana.*

« Para acertar dónde habia dejado á su señor. »

Se han omitido las palabras *el lugar* ántes del adverbio: como se halla ya *lugar* en la primera línea del párrafo, parece que lo hubiera borrado Cervántes despues, si hubiese visto las pruebas de su obra. El suprimirlo y el conservarlo importan poco.

10 *P. 16. Soneto.*

Se nos dice en él que la amistad se subió *en* el cielo (quiere decir *al* cielo), dejando en la tierra una *apariencia* suya. Se ruega á la amistad que no permita al *engaño* vestirse la *librea* de la propia amistad: con que así, la apariencia de la amistad, que se quedó entre los hombres, era *el engaño*. Entónces, en el segundo verso del segundo cuarteto, no se debe leer *la justa paz cubierta con un velo*, como las demas ediciones traen, sino *la falsedad* cubierta *con tu velo*, porque *falsedad* equivale á *engaño;* y la *paz* ni engaña ni tiene para qué disfrazarse. Parece que el pensamiento de la composicion es éste. La diosa de la amistad, como Astrea, se sube al Olimpo, y desde allí señala á los hombres, para que no se dejen deslumbrar, la falsa deidad que ocupa su puesto. Cardenio, engañado por don Fernando, que al principio se le mostró muy amigo y despues le quitó la dama, ruega á la amistad verdadera que torne á la tierra, para arrancar el velo á la amistad fingida, pues de no venir, volveria nuestro globo al cáos. De este modo entendido, no ofrece el soneto la oscuridad que le halló Clemencin, por no conocer la errata del verso enmendado. Tambien haria buen sentido leer en él *la falsa faz*

ó la astuta faz cubierta con tu velo, aludiendo al semblante engañoso de la amistad aparente.

11 *P. 18, l. 17.*

« Le rogó y *propuso*. »

Dicen las demas ediciones « le rogó y *persuadió*; » y así se debe leer, aunque ahora el verbo *persuadir* tenga otra significacion de la que en ciertos casos le daba Cervántes, significacion en que no he reparado hasta despues de impreso todo el texto de esta edicion pequeña, y casi todo el de la grande. *Persuadir*, usado como activo, significa á veces en las obras de Cervántes *instar vivamente*, *porfiar*, *tratar de persuadir*; usado como recíproco, vale tanto como *creer*, *convencerse*.

12 *P. 18, l. 22 y 23.*

« Mi *descompostura*. »

Así quizá deberá leerse, y no *desenvoltura*, como en las ediciones primeras. Más que desenvolturas eran los atropellos cometidos por Cardenio con los pastores y áun con Don Quijote y Sancho, cuando estaba furióso. La *desenvoltura* de Cardenio, segun él mismo dice (página 22), no se extendia á más que á besar á Luscinda una mano.

13 *P. 18, l. 5, contando desde la última.*

« *Tomarais*. »

Parece más propio de Cervántes este tiempo del verbo que el futuro simple *tomareis*, impreso en las demas ediciones.

14 *P. 18, última línea; p. 19, línea primera.*

« No hacer otra cosa de *lo* que él quisiere. »

En las demas ediciones: « No hacer otra cosa de *la* que él quisiese. »

15 *P. 19, l. 2, despues de la carta.*

« Y *otro como* éste fué. »

« Y éste fué », es lo que dicen aquí las ediciones primeras. No obstante, los billetes fueron dos: uno, que leyó don Fer-

nando, poco despues de haber visto á Luscinda; y otro, que vino dentro del *Amadis*, en vista del cual se decidió don Fernando á pedir, con el necesario sigilo, la mano de aquella dama.

16 *P.* 25, *l.* 9.

« El *propio* dia. »

El mismo dia hubo en efecto de ser: de lo contrario, como el señor Clemencin observó, hubiera tardado Cardenio en llegar á la residencia de Luscinda más tiempo que el portador de la carta. Éste la recibió á las doce del dia, y tardó en el viaje diez y seis horas: luego se la entregó á Cardenio á las cuatro de la madrugada del dia siguiente. A las cinco del *propio dia*, lo más tarde, se pondria Cardenio en camino, y debió llegar á casa de Luscinda como á las nueve de la noche, hora muy á propósito para que Luscinda estuviese á la reja. No pudo, pues, llegar *otro dia*, como se lee en las ediciones primeras: y se ha corregido *propio dia*, porque *propio* tiene dos *oes* como *otro*.

17 *P.* 29, *línea última.*

« De *mi mismo*. »

Eso parece que deberia escribir Cervántes, y no *de mi mano*, como se lee en las demas ediciones.

18 *P.* 32, *l.* 10.

« Sin tener otro *deseo* ni intento. »

Las demas ediciones: « Sin tener otro *discurso* ni intento. » *Tener discurso de procurar acabar la vida* no parece locucion de Cervántes.

19 *P.* 32, *l.* 6, *contando desde la última.*

« Mi miserable y *extraña* vida. »

En las otras ediciones: « miserable y *extrema*. »

20 *P.* 36, *l.* 16 *y* 17.

« Les *sirvieron* de peine unas manos. »

En el texto ordinario: « Les *sirvió* de peine unas manos. »

21 *P. 36, l. 12 y 13.*

« *Medio* para remediarlas. »

Texto ordinario: « *Remedio* para remediarlas. »

22 *P. 39, l. 17 y 18.*

« Cristianos viejos rancios, pero tan *ricos*... »

Parece que pide el sentido que se lea *ricos*, y no *rancios*, como se lee en las demas ediciones. « Tan *ricos*, que su *riqueza* les va adquiriendo nombre de hidalgos », parece más lógico y natural que « tan *rancios*, que su *riqueza* les va adquiriendo nombre de hidalgos y áun de caballeros. » La *ranciedad* no lleva obligatoriamente consigo la *riqueza* de los cristianos.

23 *P. 40, l. 22 y 23.*

« Cuán sin culpa *he* venido. »

« Cuán sin culpa *me* he venido », se lee en las demas ediciones; y en verdad que el pronombre *me*, segun lo que da de sí la narracion de Dorotea, no parece necesario ni propio. Si cree que no tiene culpa, no debe decir « me *he* venido de un buen estado á otro infeliz », sino « *he* venido ». Se le olvidaria al autor el borrar ese monosílabo, si es que lo escribió; porque el *me* indica una espontaneidad ajena del caso.

24 *P. 40, línea antepenúltima.*

« Y de *nuestras* criadas. »

Texto ordinario: « Y de *otras* criadas. »

Realmente, no se ha hablado ántes de *criadas*, aunque sí de *criados*.

25 *P. 41, líneas antepenúltima y penúltima.*

« Como si fuera *don Fernando* mi mortal enemigo. »

Falta en las demas ediciones el nombre propio

26 *P. 43, l. 15 y 16.*

« En la soledad y silencio deste encierro. »

Texto ordinario: « En la soledad deste sileucio y encierro. »

Don Diego Clemencin creyó que Cervántes escribiria la frase como la hemos impreso, aprovechando su observacion.

27 *P. 44, l. 26 y 27.*

« No *esperes* que de mí alcance cosa alguna. »

En las primeras ediciones: « No *es pensar* que de mí, etc. »

Párese la atencion en el texto, y probablemente se advertirá ser más propio leer aquí *no esperes* que *no es pensar*. Sin la silaba *es*, que parece la primera de *esperes*, hubiéramos impreso « *no* hay *pensar*. »

28 *P. 45, l. 26 y 27.*

« *Y* con palabras eficacisimas y juramentos. »

Falta la conjuncion en el texto comun.

29 *P. 50, l. 6.*

« Se *hacian* corrillos. »

En la primera y segunda edicion de Juan de la Cuesta: « Se hace *en* corrillos. »

En la tercera: « se *hacen*. »

No podia hablar Dorotea en presente, porque se referia á lo que habia visto meses ántes, é ignoraba si áun se hablaria de ello en corrillos ó no.

30 *P. 50, l. 12, contando desde la última de la plana.*

« Por que se *habria* quitado la vida. »

En la primera edicion: « Por que se *habia* quitado la vida. »

Parece mejor el tiempo condicional, porque Luscinda no llegó á intentar el suicidio, aunque habia sentido impulsos de cometerlo.

31 *P. 50, línea antepenúltima.*

« *Díjome* más. » Edicion primera: « *Dijéronme* más. »

32 *P. 52, l. 2.*

« Con mi *huida*. »

Parece preferible á *venida*, que es lo que se lee en las demas impresiones.

33 *P. 53, l. 15 y 16.*

« Mis fuerzas ó mis *discursos.* »

Como se trata de un pecado, parece que á las negativas de cometerlo, no se debe llamar *disculpas*, que es lo que en lugar de *discursos* traen las ediciones antiguas. *Probar mis fuerzas ó mis razones*, querria decir aquí Dorotea; y *discursos* equivale á *razones*. Tambien estarian en su lugar *despegos*, *desdenes* ó *desvios*.

34 *P. 55, l. 10 y 11.*

« Me hallé presente á los *desposorios* de don Fernando. »

Sinrazones, leemos en el texto ordinario.

Cardenio presenció los *desposorios* de don Fernando; mas no se halló presente á ninguna de las demas sinrazones que le hizo su poco escrupuloso amigo. Dorotea dijo que habia Cardenio visto los *desposorios:* á esto, y no más, contesta Cardenio.

35 *P. 55, á la mitad de ella.*

« Dejé la casa y la *paciencia.* »

Quizá escribió Cervántes : « Dejé la casa y la *ciudad.* »

36 *P. 60, l. 16, contándolas de abajo arriba.*

Cardenio: nombre que en este lugar falta en todas las otras ediciones, y parece que es en él necesario.

37 *P. 63, l. 22 y 23.*

« *Halló*... un buen remedio. »

Texto comun : « *Hizo*... un buen remedio. »

38 *P. 63, línea antepenúltima.*

« *Tres*, *seis* ó diez mil vasallos. »

Texto comun : « *Treinta* ó diez mil vasallos. »

39 *P. 65, l. 22.*

« Aun no *sabia* yo tanto. »

Parece más propio de Don Quijote decir que no *sabia* lo del moro encantado, que decir que no *caia* en ello. No habia motivo ninguno para *caer* en tal cosa en aquella ocasion, aunque la supiera.

40 *P. 65, línea antepenúltima y su anterior.*

« Tan cortés y tan *cristiano*. »

Así escribiria Cervántes, y no « tan cortés y tan *cortesano* », como traen las demas ediciones. Quedarse á pié, cediendo á un eclesiástico la caballería, es cristiandad sobre cortesía; y ademas, *cortés* y *cortesano* vienen á ser lo mismo.

41 *P. 66, l. 9 y 10.*

« Cayó *en el suelo*, con tan poco cuidado de las barbas, que se le *cayeron*. »

En las otras ediciones, despues de *cayeron*, se vuelve á repetir *en el suelo*.

42 *P. 67, l. 7.*

« *Seis* leguas de allí. »

Las primeras ediciones dicen *dos leguas*; pero habian de ser más, cuando los viajeros no llegaron á la venta hasta el dia siguiente, y no muy temprano, pues les aderezaron poco despues una razonable *comida*, y no un *almuerzo*.

43 *P. 69, l. 4 y 5.*

« Al *oso* entre la miel. » Texto comun: « *á la mosca* entre la miel. »

Reparó el señor Clemencin que soltar á la mosca entre la miel era más poner á la mosca en peligro, que á la miel en ocasion de daño. Solian, sí, nuestros autores antiguos traer en casos como éste el símil del lobo y las ovejas, y del oso y la miel; mas no el de la mosca, porque no es propio. Conocidos son los versos de don Francisco de Rojas, en el tercer acto de su *García del Castañar*:

Que no es razon natural,
Ni se ha visto ni se ha usado,
Que guarde el lobo el ganado
Ni guarde el *oso* el panal.

Oso, y no *mosca*, hubo de escribir aquí Miguel de Cervántes, como equivalente á *soltar el* oso *en* el colmenar.

44 *P.* 71, *l.* 10.

« Debida, *satisfactoria*, y entera venganza. » Texto ordinario: « *satisfecha*... venganza. »

Más propio parece *dar venganza satisfactoria* que *dar venganza satisfecha*. *Satisfactorio* es lo que satisface; *satisfecho*, en el caso presente, equivale como á *efectuado*, y en tal sentido sobra, y daña á la frase. Sin embargo, quizá escribiría Cervántes en su borrador: *debida* satisfaccion *y entera venganza*.

45 *P.* 71, *l.* 11.

« Eso haré yo de gana. »

Tal vez se omitió ántes del sustantivo *gana* el calificativo de *buena*.

46 *P.* 76, *l.* 22 *y* 23.

« No quiero decir buena espada. »

En la primera edicion, fielmente seguida por las demas, hay aquí lo siguiente: « No quiero decir buena espada, *merced a Gines de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo* », etc.

Como en la aventura de los galeotes no se expresó que Gines quitase á Don Quijote la espada, y en la de los cueros de vino aparece con ella, se ha creido conveniente omitir en esta edicion lo de *merced á Gines*, etc. Cervántes, en un momento de distraccion, creería haber ántes escrito que Pasamonte habia robado á nuestro héroe la espada, y en tal concepto, escribiría probablemente aquí: « El... enemigo... á quien pienso tajar la cabeza... con los filos... *no puedo decir desta* buena espada, gracias á Gines de Pasamonte, que me

llevó la mia.» Pero como hallamos en todas las ediciones las palabras *no quiero decir*, y colocadas despues de *con los filos desta* espada, evidentemente se conoce que Cervántes corrigió su descuido; porque tal como está la frase, no es propia sino de quien tenga la espada al lado. Se olvidaria luego Cervántes de borrar las palabras *merced á Gines de Pasamonte*, etc., y el copiante lo trasladó todo; y hay que agradecérselo, porque la contradiccion que ofrece la cláusula justifica la enmienda. Don Quijote sin espada, tenia que ordenar de este modo la frase: «Juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos... no *puedo* decir desta buena espada, merced á Gines de Pasamonte, que me llevó la mia.» Don Quijote con espada debia decir, si queria emplear con diferente órden las mismas palabras: «Juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta... no *quiero* decir buena espada», omitiendo el resto. No se omitió en las ediciones primeras; vemos en ellas confundida la expresion de los dos contrarios conceptos: luego debemos inferir que la enmienda se hizo, y no fué aprovechada porque no hubo de ser entendida.

47 *P.* 77, *l.* 11.

«*Cotufas* en el golfo.» Son *chufas*.

48 *P.* 80, *l.* 19.

En la primera edicion, despues del refran «á pecado nuevo penitencia nueva», sigue el párrafo que en nuestra página 81 principia diciendo: «En tanto que los dos iban en esta plática.» Quiere decir que falta por completo aquí la narracion del hallazgo y recobro del Rucio.

49 *P.* 81, *l.* 3.

«No te *ensanches* con mi descanso.»

Dicen las demas ediciones, desde la segunda (porque en la primera no se halla este trozo): «No te *empaches*.» Varias veces empleó Cervántes este verbo, y siempre en el sentido de *embarazarse*, que no viene aquí bien; pues á un pícaro de la casta de Gines no le habia de causar embarazo servirse de una caballería ajena, de la cual pensaba deshacerse. *Ensanches* ó *huelgues* parece más del caso, y se ha preferido *ensanches* porque se acerca más á *empaches*.

50 *P. 82, l. 5, contando desde la última de la plana.*

«A cabo de dos *horas*.»

«A cabo de dos *dias*», leemos en las ediciones primeras, pero al cabo de *dos dias* era en el dia mismo en que decia esto Don Quijote, y en tal caso correspondia decir *hoy* ó *esta mañana*. Probablemente escribiria Cervántes *horas*, palabra que en la primera edicion salió equivocada ridículamente en el capítulo XVII. Allí, ponderando un hombre la celeridad con que habia llevado á Cardenio una carta, dijo que habia andado *diez y ocho leguas* en diez y seis *años*. Como allá el escribiente ó el impresor leyó *años* en vez de *horas*, hubo de leer aquí *dias*.

51 *P. 83, l. 11 y 12.*

«Despues que la *dije*.»

Las demas ediciones traen: «despues que la *di*.» Se trata de la carta que Don Quijote escribió á Dulcinea, respecto de la cual se hallan poco ántes estas palabras en boca de Sancho: «se la *dije* á un sacristan.» El un *dije* reclama el otro.

52 *P. 84, l. 10 y 11.*

«Una buena *porcion* de trigo.»

Texto ordinario: «*Parte* de trigo.»

53 *P. 85, l. 10 y 11.*

«Con mil *y mil dones* y gracias del alma.»

Texto comun: «Con mil *millones y* gracias del alma.» Mi-

llones de dinero no son aqui del caso; millones del alma, no se sabe qué sean: errata indudable, á mi modo de ver.

54 *P.* 89, *l.* 21 *y* 22.

« Quien bien tiene y mal escoge, por mal que *le* enoje no se venga. »

Léese « por *bien* que se *enoja* », en el texto ordinario.

Cómo Sancho era tan erudito en refranes, parece que si estropeaba uno, debia ser con las mismas palabras de él en su forma genuina; por eso hemos impreso *mal* por *bien*, y *le enoje* en vez de *se enoja*.

55 *P.* 91, *l.* 16.

« Detenerse á *comer*. »

Aunque dicen á *beber* las demas ediciones, por lo que sigue se ve que no fué á *beber* sólo, sino que principalmente fué á comer, á lo que se detuvieron. Para que bebiesen los unos, tampoco habia necesidad, yendo despacio, como iban, de que se parasen los otros.

56 *P.* 96, *primera línea del capítulo.*

« Acabóse la *breve* comida. »

Buena, dicen las ediciones primeras. Nó seria *buena*, sino *breve*, como ya notó don Juan Antonio Pellicer, porque se expresa despues que nuestros viajeros satisficieron *poco* la *mucha* hambre que todos tenian. Y la razon es clara: aunque el Cura se hubiese prevenido en la venta, la provision se haria para cuatro personas, Don Quijote y el mismo Cura, el Barbero y Sancho; pero se les habian agregado otras dos, Dorotea y Cardenio.

57 *P.* 96, *l.* 13.

« Con grave continente y *pausa*. »

En el texto comun, *aplauso*.

Comentando esta frase, escribió lo siguiente don Diego Clemencin:

« La voz *aplauso* en Cervántes suele significar, no la accion

de aplaudir, que es lo que comunmente indica, sino *tono solemne*, *grave*, *pausado*, como se ve por aquel pasaje del libro II de la *Galatea*, donde, hablándose de las bodas del pastor Daranio, se cuenta que éste *traia un baston en la mano, y* que *con grave paso se movia; y los demas pastores, con el mesmo* aplauso *y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y extraña muestra.* »

Entiendo que la voz *aplauso* ha de ser errata en los dos pasajes: aquí en vez de *pausa*, y en la *Galatea* en lugar de *paso*. Tambien hay erratas, y no pocas, en la *Galatea*.

58 *P.* 99, *l.* 4.

« *Insolencias.* » Texto ordinario: « *Inmundicias.* »

59 *P.* 99, *l.* 19.

« Abriéndola *el Cura.* »

Las palabras *el Cura* no se hallan en las ediciones primeras: parece, sin embargo, que debió ser *el Cura* el que abrió la maleta y los libros. Por lo ménos, es cierto que de nada hubiera servido al *ventero* abrir los libros, porque no sabia leer. Véase el párrafo en que se habla de este mismo ventero, en la página 315.

60 *P.* 100, *l.* 5.

« *Querreis.* » Texto ordinario: « *Quereis.* »

61 *P.* 100, *línea última.*

« Lo que *hizo* Felixmarte. »

En las ediciones primera y segunda de Juan de la Cuesta: « Lo que *leyó* Felixmarte. »

En la edicion de Cuesta de 1608: « Lo que *leí yo* de Felixmarte. »

Lo primero es una errata grosera, que por sí propia se da á conocer, lo segundo es una enmienda, que no pudo ser de Cervántes, porque está hecha sin conocimiento del texto. No pudo el ventero decir *yo leí*, porque no quiso Cervántes que este personaje supiera leer.

62 *P.* 101, *l.* 5.

« *Iban.* » Texto ordinario : « *Llevó.* »

63 *P.* 102, *l.* 16.

« No soy nada *bobo.* »

Texto ordinario : « No soy nada *blanco.* »

Bobo, y no *blanco*, suele decir Cervántes en casos como éste.

64 *P.* 102, *l.* 5, *contando desde la última de la plana.*

« Que ni *quieren*, ni deben, ni pueden trabajar. »

Texto ordinario : « Que ni *tienen*, ni deben, ni pueden trabajar. »

65 *P.* 103, *l.* 24.

« *Determinaria* de dejalle. »

Texto ordinario : « *Determinaba.* »

66 *P.* 105, *l.* 8 *y* 9, *contando desde la última de la plana.*

« *Camila*, doncella principal. »

Texto ordinario : « *Una* doncella principal. »

En lugar de *una*, debió estar en el manuscrito de Cervántes el nombre de la dama, que no acertarian á leer el escribiente ó el cajista. Nótese que en el primer renglon de la siguiente página se nombra á *Camila* como si fuese ya conocida del lector por su nombre.

67 *P.* 107, *l.* 16.

« Cuyo crédito *le* estaba en más que el suyo propio. »

En las otras ediciones falta el pronombre *le*

68 *P.* 107, *l.* 18 *y* 19.

« Tanto cuidado habia de tener *en ver* qué amigos llevaba á su casa... »

Parece que hacen falta los dos monosílabos *en ver*, ó por

lo ménos la preposicion *en*, para la claridad de la frase. Ni uno ni otro hay en las demas ediciones.

69 *P.* 108, *l.* 7.

« Procuraba dezmar, *sisar* y acortar. »

Texto ordinario : « Procuraba dezmar, *frisar* y acortar. »

« *Frisaba* la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años », leemos al principio de nuestro libro. Allí *frisar* significa *llegar á*, *rayar en*; pero en el sentido de *sisar*, no recuerdo que lo haya usado Cervantes.

70 *P.* 108, *l.* 22.

« Las *siguientes* razones. »

Texto ordinario : « Las *semejantes* razones. »

« O sobra *las*, ó *semejantes* es errata por *siguientes*. » (Clemencin.)

71 *P.* 108, *l.* 5, *contándolas de abajo arriba.*

« Sobre *todo* al que me hizo. »

En las otras ediciones : « *sóbre* al que me hizo »

72 *P.* 108, *l.* 2 *y* 3, *contando desde la última de la plana.*

« Si no en el grado que debo, *sí* en el que puedo.

En las primeras ediciones : « Si no en el grado que debo, *y* en el que puedo. »

En las ediciones modernas se omite la conjuncion *y*.

73 *P.* 109, *l.* 8.

« Así me ha sido posible salir con este *propósito*. »

Secreto, dicen las ediciones primeras, y hace sentido ; pero parece que en esta cláusula hay, primero, un *deseo* : éste procura Anselmo *callarlo*; no consigue el *propósito* de callar, y quiere manifestar su *deseo*, depositándolo en el archivo del *secreto* de su amigo. Sin embargo, no hace gran falta la sustitucion de *propósito* por *secreto*.

74 *P. 109, l. 8, contando desde abajo.*

« Tenia *por* cierto. »

Texto ordinario : « Tenia cierto. »

No suele omitir Cervántes la preposicion cuando usa en este sentido el verbo *tener*.

75 *P. 109, l. 7, contando desde abajo.*

« Consejos para *contenellos.* »

Texto ordinario : « Consejos para *entretenellos.* »

No necesitaba Anselmo consejos que le *entretuvieran* el *pensamiento* de probar la virtud de Camila, sino que se le *contuvieran*, reprimieran ó desvanecieran. *Entre ellos*, dice la primera edicion, que es un disparate : quizá escribió Cervántes *contrarestallos*.

76 *P. 109, l. 3 y 4, contando desde abajo.*

« El deseo que me fatiga es *de ver* si Camila... »

Texto ordinario : « El deseo que me fatiga es *pensar si* », etc.

Estudiado con detencion este trozo, parece que en vez de *pensar* se debe leer *nace de*, ó lo que hemos impreso, *de ver*. Un *deseo* no es *pensar*.

77 *P. 110, l. 8.*

« Decia él. »

Sobran estas palabras : pudieran sustituirse con *dime tu*, *digo yo*, ú otras que hagan sentido.

78 *P. 110, l. 11, contando desde la última de la plana.*

« Para poner en *él* sus deseos. »

Texto ordinario : « Para poner en *ella* sus deseos. »

Un hombre feo y despreciable puede tener *valor* (esto es, *animo*) para poner sus deseos en una dama como Camila, de grandes prendas ; pero Camila no habia de enamorarse de un pretendiente de tan poco atractivo. Para probar la fidelidad de

Camila se necesitaba un galan como Lotario, que tuviese *valor* suficiente (esto es, *mérito*) para que *ella* pudiera inclinársele.

79 *P.* 110, *l.* 8 *y* 9, *contando desde la última.*

« Está colmo el *vaso* de mis deseos. »

Texto ordinario: « Está colmo el *vacío* de mis deseos. »

80 *P.* 111, *l.* 11 *y* 12.

« Lo que *no* se ha de hacer por buen respeto. »

Falta en las ediciones antiguas (y no sé si en todas las modernas) la negacion, indispensable en nuestro concepto. Así entendieron esta cláusula la Real Academia Española y don Juan Antonio Pellicer, aunque omitieron el adverbio negativo.

81 *P.* 103, *l.* 21.

« De *nuestra* sacra religion. »

Esto hubo de escribir Cervántes; y no « de *mi* sacra religion », como se lee en las demas ediciones. Una misma era la fe de Lotario y de Anselmo. Estaria el *nuestra* en abreviatura (*n.a*), que no fué entendida ni aquí ni en otros lugares del libro.

82 *P.* 113, *l.* 8, *contando desde la última de la plana.*

« Tiempo *malgastado.* » Ediciones primeras: « Tiempo *gastado.* »

Malgastado ó *perdido*, parece que debió escribir el autor.

83 *P.* 116, *l.* 7.

« *Precetos* morales. » Texto ordinario: « *secretos* morales. »

Creo que se debe leer *ejemplos*, porque se dice en seguida: « dignos de ser advertidos, entendidos é *imitados.* » Ni los *secretos* ni los *preceptos* se imitan (en el sentido más natural de la frase) como los *ejemplos*.

84 *P.* 119, *línea primera.*

« Es bien que *te diga.* »

Texto comun : « Es bien que *se diga.* »

Parece que escribiria Cervántes : « es bien que *te diga* », porque ántes habia escrito : « hasta aquí *te he dicho* ».

85 *P.* 119, *l.* 10.

« Cierto *es.* » Texto comun : « Cierto *está.* »

Se nos figura que debe leerse : « *claro* está », ó « cierto *es* ».

86 *P.* 122, *l.* 4.

« *Preservándome.* » Texto comun : « *persuadiéndome.* »

87 *P.* 113, *l.* 3 *y* 4.

« *Cuando* ménos se pensaba , y más deseaba. »

Esto es, cuando estaba ya próxima la vuelta de Anselmo, y, por la resistencia de Camila, era más vehemente el deseo de Lotario, y menor su esperanza. No pudo Cervántes escribir, como se lee en las demas ediciones : « vino á triunfar *de lo que* ménos se pensaba , y más deseaba. » Es indudable que Lotario habia *pensado* triunfar *de* Camila.

88 *P.* 135, *l.* 9.

« Vuelto *Anselmo* á su casa. »

Así dicen las ediciones modernas , y dicen bien : las antiguas, en lugar de *Anselmo*, nombran á *Lotario.* Pudo ser yerro de copia ó de impresion este cambio de nombre ; pero yo sospecho que en el original habia aquí algunas líneas, de las cuales no se acertó á leer más que ese nombre propio, que fué mal colocado; pues en efecto, segun lo que sigue, Lotario debió inmediatamente , ántes que Anselmo volviese á casa, dar aviso á Camila de los supuestos amores de Clori : así se dice luego que « *por* estar *ya advertida*, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre ». El copiante ó los impresores nos privaron de aquella necesaria advertencia.

89 *P.* 138, *l.* 11 *y* 12.

« No *quita* la monta... darse lo que se da , presto. »

En las ediciones primeras : « No *está* la monta... darse lo que se da , presto. »

Monta significa *valor*, *precio*, *mérito*, *importancia*; y, segun dan el texto las ediciones antiguas, no hay aquí sentido recto ni construccion gramatical. Cambiando el verbo *estar* en el de *quitar*, que es lo que escribiria Cervántes, ninguna dificultad ofrece la cláusula equivalente á ésta: « Lo que se da presto, no pierde por eso su valor, si ello es bueno. »

90 *P.* 139, *l.* 4.

« Principalmente en los *peligrosos*. »

Las otras ediciones dicen: « principalmente en los *principios*. »

No es en los principios cuando aprovecha más la ocasion el amor, tímido entónces y reverente. No fué al principio, sino al fin de la ausencia de Anselmo cuando se valieron de la ocasion el amigo y la esposa.

91 *P.* 139, *l.* 7 *y* 8, *contando desde abajo.*

« La X no le cuadra, porque es letra *áspera*. »

El alfabeto calificativo de los galanes, que recita Leonela, ¿es italiano ó es español? Por lo ménos *enamorado* y *mozo* (esto es, *innamorato* y *giovinetto*) no principian con *i* y con *m* en idioma toscano. ¿Escribian en tiempo de Cervántes los italianos con *x* inicial algunas palabras aplicables á este alfabeto? ¿Era en Florencia la pronunciacion de la *x* más áspera que la de la *c* aspirada? Hoy dia para decir *caro* los florentines casi dicen como nosotros *jaro*. Ademas, ¿por qué una letra de sonido áspero no ha de poder ser la primera en el nombre de un caballero amante? En España un *Jaime*, un *Genaro*, un *Jimeno*, un *Joaquin*, un *Juan*, y hasta un *Júdas*, pueden ser perfectísimos enamorados. Harto será que Cervántes no escribiese: «la X es letra *aspada*». Á los penitenciados de la Inquisicion se les ponia una aspa de San Andres, una X grande, y esta letra sí que era impropia de un caballero, amante ó sin amor, porque manchaba la limpieza de la sangre.

92 *P.* 142, *l.* 15 *y* 16.

« Sin engaño y con *maduró* advertimiento. »

En las ediciones antiguas : « sin engaño y con *medroso* advertimiento. »

Los advertimientos del *miedo* engañan muchas veces : no pudo emplear aquí ese impropio adjetivo Cervántes.

93 *P.* 143, *l.* 2 *y* 3, *contando desde la última.*

« Para desmentille *con* que el hombre, etc. »

Texto comun : « Para desmentille *que* el hombre. »

94 *P.* 144, *l.* 4, *contando desde la última.*

« *Cuando* no supiera. » Texto comun : « *Aunque* no supiera. »

95 *P.* 145, *l.* 16.

« Y *verse* á pique. » Texto ordinario : « *Íbase* á pique. »

Creo que se debe leer : « y *vetase* á pique, ó *estaba* á pique. »

96 *P.* 148, *línea última ; p.* 149, *línea primera.*

« Afuera, pues, *temores ;* aquí, venganzas ; éntre el falso. »

Diciéndose « éntre el falso », no es propio decir « afuera, *traidores* », como se lee en el texto corriente. El falso y el traidor era un mismo individuo, Lotario.

97 *P.* 151, *l.* 14.

« *Desechadas* y reprehendidas. »

Texto ordinario : « *Deshechas* y reprehendidas. »

98 *P.* 151, *l.* 13 *y* 14, *contando de abajo arriba.*

« La culpa de tu *persistencia.* »

Texto comun : « La culpa de tu *impertinencia.* »

Pertinacia ó *persistencia* parecen voces más propias que *impertinencia*, tratándose de la pretension de Lotario.

99 *P.* 152, *l.* 9 *y* 10, *contando de abajo arriba.*

« Haciendo fuerza para soltar *de la daga la mano de Lotario, que la tenia* asida, la sacó. »

La primera edicion: «Haciendo fuerza para soltar *la mano de la daga, que Lotario la tenia asida*, la sacó.»

Yo entiendo este lance así. Camila, con la daga en la mano derecha, hizo ademan de herir á Lotario; éste, con la mano derecha tambien, asió la daga por la hoja; pero Camila conservando la daga cogida por la empuñadura, y tirando con fuerza, consiguió por fin sacar la hoja de aquella arma de entre el puño de Lotario. Si esto se comprende leyendo el texto de las demas ediciones tal como está, no hay necesidad de alterarlo, aunque alterado lo hemos recibido, en mi concepto.

100 *P. 153, línea penúltima.*

«Leonela tomó, *como se le habia dicho*, la sangre á su señora.»

Primera edicion: «Leonela tomó, *como se ha dicho*, la sangre,» etc.

Lotario dijo á Leonela *que procurase tomar la sangre á Camila;* pero áun no se la habia tomado: por consiguiente, lo que despues se leeria en el manuscrito original seria seguramente *como se le habia dicho*, y no *como se ha dicho.*

101 *P. 161, l. 5, contando desde la última de la plana.*

«Entendiese al reves *la* voluntad que le tenia.»

Primera edicion: «Entendiese al reves *de la* voluntad que le tenia.»

102 *P. 162, l. 3 y 4.*

«En esto, el (gusto) que tenia Leonela de verse calificada, *aunque no de buena*, en sus amores.»

En la primera y segunda edicion: «Calificada *no de con* sus amores.»

En la de 1608, de Juan de la Cuesta: «Calificada *en* sus amores.»

La enmienda de la tercera edicion, que es la que se ha seguido generalmente, corta la dificultad; pero echando fuera

los dos monosílabos *no de*, y cambiando la preposicion *con* en la de *en*, que trae la edicion primera. Queriendo aprovechar el *no*, el *de* y el *en* de ambas ediciones, se ha variado el texto segun va expresado.

103 *P.* 164, *l.* 8, 9 *y* 10.

« Nadie le supo dar razon de lo que *pasaba. Tornó, confuso y atónito*, á buscar á Camila, *y* vió sus cofres abiertos, » etc.

En las primeras ediciones: « Nadie le supo dar razon de lo que *pedia. Acertó acaso*, *andando* á buscar á Camila, *que* vió sus cofres abiertos.»

Pasaje lastimosamente viciado. No es lenguaje de Cervántes, ni de otro escritor de inferior jerarquía, lo de *acertar que ver*, ni podia ser *acaso* lo de ver los cofres abiertos quien registraba su casa con tal afan y ahinco. *Pedia* parece un galicismo, y *andar á buscar*, no habiendo salido Anselmo de casa (y debiéndose por ello decir *andando buscando*), es otra expresion impropia del lance. Se ha tratado de adivinar lo que en el manuscrito de Cervántes habria, y se ha impreso *tornó* en lugar de *acertó*, *confuso* por *acaso*, y *atónito* en vez de *andando*, con lo cual, por lo ménos, desaparecen las impropiedades que no pudo cometer el autor.

Esta novela de *El Curioso impertinente*, que es de lo mejor que escribió el príncipe de nuestros ingenios, abunda en erratas, y ha de faltarle algun trozo, como queda advertido.

104 *P.* 167, *l.* 16 *y* 17.

« Monsieur de *Lautrec*.»

Probablemente será una errata en lugar de monsieur de *Aubeni* (*Aubigny*). Lautrec no combatió con el Gran Capitan.

105 *P.* 169, *l.* 17.

« Lo que *os he* dicho. » Texto comun: « Lo que *habemos* dicho.»

Es uno el que habla, y así no le corresponde el plural *habemos*.

106 *P. 171, l. 7 y 8, contando de abajo arriba.*

« Quedó como muerto en verla, pero *no tanto* que dejase.. » Texto comun: « Pero no porque dejase...»

107 *P. 171, l. 5, contando desde abajo.*

« Habia conocido en *sus gritos* á Cardenio. »

Texto comun: « Habia conocido en *el suspiro* á Cardenio.» *Sus gritos* debemos leer, porque ántes se dice que Cardenio dió *una gran voz*, y que Luscinda volvió la cabeza á los *gritos*; de *suspiros* no se habla.

108 *P. 174, l. 3 y 4, contando desde la última de la plana.*

« Testigo será *la prenda* que *me diste.* »

En la edicion primera: «Testigo será la *firma* que *hiciste.*»

Don Fernando no escribió á Dorotea papel ninguno; pero le dió, como se puede ver en la página 47, un *rico anillo*. *Prenda que me diste*, ú otra expresion semejante, diria el original.

109 *P. 176, l. 1 y 2.*

« Estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te *recibieran...* »

Recibieran debe ser (en sentido condicional), y no *recibieron*, como dicen las demas ediciones, porque segun la relacion de Cardenio, nunca habia él abrazado á Luscinda.

110 *P. 176, l. 3 y 4, contando desde la última de la plana.*

« *Confiada* en su verdad y firmeza.»

En las demas ediciones: « *Confirmada* en su verdad y firmeza.»

111 *P. 182, l. 3.*

« Todos los daños y *reveses.*» Texto comun: « Todos los daños é *intereses.*»

Como se halla despues el verbo *venir*, parece locucion más propia y digna del autor la de *venir reveses* en el sentido de *venir perjuicios*, que la de *venir intereses.*

112 *P.* 183, *l.* 8 *y* 9.

« No lo fué, sino *que* real y verdaderamente vi yo... »

En las otras ediciones: « No lo fué, sino real y verdaderamente, *y* vi yo... »

113 *P.* 185, *l.* 15 *y* 16.

« No le deis *consentimiento.* »

Texto corriente: « No le deis *crédito alguno.* »

Consentimiento podrá no ser lo que Cervántes aquí escribiese; pero *crédito alguno*, ménos. Hecha la transformacion ó metamórfosis, ¿cómo no se le habia de dar crédito?

114 *P.* 186, *l.* 20 *y* 21.

« ¿No me *acabas tú* de decir... »

Texto corriente: « ¿No me *acabaste* de decir... »

115 *P.* 188, *l.* 6, *contando desde la última de la plana.*

« La incomodidad y *falta de regalo* que aquí *hay.* »

En las primeras y en las últimas ediciones: « La *incomodidad de regalo* que aquí *falta.* » *Regalo* faltaria en la venta, *incomodidad* no. Tal vez seria mejor leer *comodidad de regalo*, entendiendo por *comodidad*, *proporcion.*

116 *P.* 189, *l.* 16 *y* 17.

« No *era preguntarle* cosa ninguna... sino ofrecelle... nuestra compañía. »

Texto ordinario: « No *se le pregunta otra* cosa ninguna.. sino ofrecelle... nuestra compañía. »

117 *P.* 196, *l.* 14.

« Sano y *bueno.* » Texto usual: « Sano y *vivo.* »

118 *P.* 196, *l.* 19.

« *Porque decidme.* » Texto usual: « *Pero* decidme. »

119 *P. 196, l. 2, 3 y 4, contando desde abajo.*

« Es más fácil premiar á *doscientos* letrados que á *treinta* soldados. »

Texto comun : « Es más fácil premiar á *dos mil* letrados que á *treinta mil* soldados. »

Cierto que premiar á los ménos ha de ser más fácil que premiar á los más ; pero no es esa la cuestion : lo que Don Quijote quiere decir es que para las plazas ordinarias que se confieren á los letrados, no hay que aumentar los gastos del Estado, y para las pensiones extraordinarias concedidas á los beneméritos del ejército, el aumento de gastos es inevitable. Respecto á las cantidades de *dos mil* y de *treinta mil*, recordaremos lo que ya más de una vez hemos dicho : casi siempre han sido impresos mal los numeros que escribia Cervántes.

120 *P. 199, l. 4, contando desde la última.*

Discurso, en lugar de *preámbulo*, que se lee en las demas ediciones.

« En mitad del *Estaño*. »

« El *Estaño* no sólo era una isla, sino que fué el antiguo puerto de Cartago. » (Nota de don Juan Antonio Pellicer, que cita á Ferreras.)

121 *P. 204, l. 8, contando desde la última.*

« El gran Duque de Alba pasaba á Flándes. »

Pasó el Duque en el año de 1567. Haciendo su relacion el Cautivo á los 22 años, la accion correspondiente á la primera parte del *Quijote* se supone en 1589.

122 *P. 205, l. 13, contando de abajo arriba.*

« Aquella felicísima jornada. »

La batalla de Lepanto, que fué dada en 7 de Octubre de 1571.

123 *P. 208, l. 9.*

« Hizo paz con *los* venecianos. »

Texto corriente : « Hizo paz con venecianos. »

124 *P. 212, primer verso del soneto segundo.*

« *Desdichada.* » Texto comun: « *Derribada.* »

En el cuarto verso del mismo soneto.

« *Libres.* » Texto comun: « *Vivas.* » Se trata de *almas.*

125 *P. 218, l. 10 y 11; desde la última.*

« De los mismos tres que *estuvieron conmigo.* »

Texto ordinario: « De los mismos tres que *estabamos.* »

Hay visible equivocacion en el texto. Leyendo *estabamos*, no se puede leer *tres*: eran cuatro, el Cautivo y tres caballeros más. Lo que ello quiere decir, prescindiendo del yerro del copiante ó cajista, parece ser esto: « Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno, primero que yo, de los mismos *tres de la otra vez*; que (porque) estábamos allí *los cuatro.* »

126 *P. 219, l. 16.*

« *Usando* de industria. » Texto usual: « *Acaso* y de industria. »

No *usaban* los renegados *acaso* (esto es, *por* casualidad) de los documentos á que se refiere el Cautivo, sino muy *de propósito ó de industria.*

127 *P. 220, l. 12 y 13.*

« *Lela Marien.* »

Márien, con acento sobre la *a*, se ve en diferentes ediciones modernas de El Ingenioso Hidalgo; pero Cervántes pronunciaba *Marién*, cargando la voz sobre la segunda letra del diptongo en que termina la palabra. Prueba de ello son estos versos del mismo Cervántes en su comedia *Los Baños de Argel*, en la cual entran como episodio las aventuras del Cautivo.

ZAIDA (*que es Zoraida*).

Asaz satisfecha estoy;
pero si me quieres bien,
porque quede más segura
júrame por *Mariën*.

DON LOPE (*que es el Cautivo*).
Juro por la Virgen pura
y por su Hijo tambien.

128 *P. 225, l. 4 y 5.*

«Que ninguno saliese *en* libertad.»
Texto ordinario: «Que ninguno saliese *de* libertad.»

129 *P. 226, l. 7.*

«Eu la *compra* de la barca.»
Texto ordinario: «En la *compañía* de la barca.»

130 *P. 227, l. 11 y 12, contando desde la última de la plana.*

«*Dióse* órden en que los tres compañeros mios se rescatasen.»
Texto comun: «*Dieron* órden en que los tres compañeros *nuestros* se rescatasen.»

131 *P. 228, l. 9 y 10, contando desde abajo.*

«Ó ya á hacer la zalá, ó *ya* á ensayarse de burlas.»
En las primeras ediciones: «Ó ya á hacer la zalá, ó *á como por* ensayarse de burlas.»
O a como por... conjunto de palabras de las que se escriben en un borrador cuando se tiene duda, y luego se escoge y se borra. No sabemos qué hubiera borrado Cervántes: elija el lector.

132 *P. 228, l. 7 y 8, contando desde abajo.*

«Y pedia fruta.» Texto usual: «Y *le* pedia fruta.»

133 *P. 230, l. 4 y 5, contando desde abajo.*

«Ni los moros tampoco *se lo estorban.*»
Texto comun: «Ni tampoco se *esquivan.*»
Parece que Cervántes debió escribir algo parecido á lo que va en nuestra edicion, porque *no hacer melindre* y no *esquivarse* viene á ser lo mismo, y está de más la conjuncion *tampoco*. El sentido de la cláusula debe ser que ni las moras

reparan en conversar con los cautivos, ni los moros se lo prohiben.

134 *P.* 235, *l.* 8 *y* 9.

« No importa, hija, que el cristiano *no* sè vaya.»

Asi parece que se debe leer, aunque en el texto primitivo falta la negacion.

135 *P.* 235, *l.* 13, *contando desde abajo:*

« *Por* todas las que quisieres podrás volver.»

Como ántes ha dicho el Cautivo que volverá por *yerbas*, parece natural que Agimorato le responda que vuelva *por* ellas. Falta la preposicion en las demas ediciones.

136 *P.* 237, *línea segunda del párrafo que divide la plana.*

« Su arráez.»

Arráez pronuncian unos hoy, y *arraéz* otros: y lo mismo acontecia en el siglo XVII. Hemos impreso *arráez*, con acento sobre la segunda *a* de esta voz, porque así aparece impresa en el Diccionario de la Real Academia Española, primera edicion, y en la que hizo del *Quijote* en 1780. Ademas Lope de Vega, en la comedia titulada *El remedio en la desdicha*, usó várias veces esa palabra como consonante de *Narváez*. Mira de Améscua en *El Negro del mejor amo* escribió:

Ántes que este tirano desembarque,
Bárbaro *arráez*, la otomaná luna,

Y el docto orientalista D. José Antonio Conde incluyó estos otros dos versos en su *Memoria sobre la moneda arábiga*, que se halla en el tomo V de las que ha publicado la Real Academia de la Historia (pág. 264).

En España los pueblos divididos
Llaman Amir-amumenin su *arráez*.

137 *P.* 241, *l.* 11 *y* 12, *contando desde la inferior de la plana.*

« Que les diesen de comer los que *no* bogaban.»

Asi dicen las tres ediciones de Juan de la Cuesta ; y, en mi concepto, no se debió alterar el sentido en las ediciones modernas, introduciendo la preposicion *á* entre el infinitivo *comer* y el artículo *los*. Creo que Cervántes expresó claramente que el Renegado, el capitan Viedma y los principales caballeros de la barca determinaron que *parte* de los remeros comiesen, y parte bogasen; pero *todos* los remeros declararon que importaba continuasen remando *todos*, para lo cual los demas fugitivos les podian llevar la comida á la boca miéntras todos ellos seguian remando : enérgica manifestacion de su ánimo y del riesgo que en la fuga corrian.

138 *P. 242, l. 4 y 5, contando desde la inferior.*

« Nueva *digna* de solenizalla. »

Primera edicion : « Nueva *alegre* de *solenizalle*.»

Segunda de Juan de la Cuesta : « Nueva *alegre* de *solenizarle*.»

Tercera del mismo : « Nueva *alegre* de *solenizarla*.»

139 *P. 245, l. 10 y 11, contando desde la última.*

« Por el estorbo que le *hará* mi presencia.»

Texto ordinario : « Por el estorbo que le *dará* mi presencia.»

140 *P. 247, l. 2 y 3, contadas desde abajo.*

« *Las balas* venian con cadenas.»

Texto comun : « *Ambas* venian con cadenas.»

141 *P. 249, l. 6 y siguientes.*

« No queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego *al Océano*, y pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, hasta La Rochela.»

En la primera y segunda edicion de Juan de la Cuesta : « No

queria... sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, *y irse* á La Rochela.»

Esta leccion no ofrece dificultad ninguna, está bien.

Tercera edicion de Juan de la Cuesta, hecha en 1608, cuando ya Cervántes residia en Madrid: «No queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego *á camino*, y pasar el estrecho de *Gibraltar* de noche, ó como pudiese, hasta La Rochela.»

Realmente el pasaje no tenia necesidad de enmienda, porque hallándose el buque en el Mediterráneo, y tratándose de ir á La Rochela, forzoso era que saliese al Océano. *Irse á camino* parece expresion poco á propósito, porque el buque no habia de quedarse parado; algun rumbo habia de tomar. Si añadió Cervántes algo á este periodo, los impresores no entendieron la enmienda; pero es más probable que repasando los borradores del autor sin haber consultado con él, creyesen haber entendido las palabras *á camino*, omitidas en la primera y segunda edicion, y las incluyeron en la tercera, equivocándolas.

142 *P.* 250, *l.* 21.

«*Dulcísimo* contento.»

Texto usual: «*Muy alegrísimo* contento.»

143 *P.* 256, *l.* 12 *y* 13.

«En esto llegaba ya la *media* noche, y al *mediar* della llegó á la venta un coche.»

En todas las demas ediciones: «En esto llegaba ya la noche, y al *cerrar* de ella...»

Don Vicente de los Rios, don Diego Clemencin y otros escritores notaron ya que poco despues de entrar el Cautivo con Zoraida en la venta, se dijo (página 191) que llegaba la noche; ahora, despues de mucho tiempo, se dice lo mismo. Para la buena inteligencia del texto, hay que adoptar una de dos suposiciones: ó la llegada del Cautivo y la del Oidor ocurrieron en un mismo dia, ó sucedieron en dias distintos.

Si fueron en uno, ya debia ser media noche cuando llegó el Oidor: si fueron en dos, debió advertirse. Probablemente Cervántes habria, de primera intencion, dispuesto de otro modo las aventuras de la venta: varió de idea, tal vez para introducir la novela de *El Curioso impertinente* y la narracion del *Cautivo*, y resultó que el Capitan y su hermano llegaron en un mismo dia (ó por mejor decir, en una misma noche) á la venta, y que Don Quijote con su comitiva y agregados cenaron dos veces: prueba, en mi concepto, de que en el primer plan de Cervántes pasaban en dos dias estos sucesos. En nuestra edicion, alterando levemente algunas cláusulas, desaparecen las contradicciones: culpa que, humildemente confesada, no deberá tenerse por grave.

144 *P. 259, l. 19 y siguientes.*

«Ya en esto estaba aderezada la cena *para el Oidor y su hija*, y *los dos* se sentaron á la mesa; el Cautivo *se desvió á un lado*, y las señoras *se retiraron á* su aposento.»

Las demas ediciones: «Ya en esto estaba aderezada la mesa, y *todos* se sentaron á ella, *eceto* el Cautivo y las señoras, *que cenaron por sí en* su aposento.»

145 *P. 262, l. 2 y siguientes.*

«Pero de lo que yo ahora me *lastimo* es de pensar si aquellos franceses *no* le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. *Esta duda hará* que yo prosiga mi viaje... con melancolía y tristeza.»

En las demas ediciones: «Pero de lo que yo ahora me *temo* es de pensar si aquellos franceses *le habrán* dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. *Esto todo será* que yo prosiga mi viaje, » etc.

Claro es que el Oidor no habia de *temer* que los cosarios *hubieran dado libertad* á Rui Perez; temeria que *no* se la hubiesen dado. Se dice despues que los presentes á la escena se sentian conmovidos de la *lástima* (ó pena) del Oidor: infiérese, pues, que debió ántes decir el Oidor *me lastimo* (esto

es, *me aflijo*), en lugar de *me temo*. Lo de *esto todo será* no forma sentido.

146 *P.* 262, *l.* 1, 2 *y* 3, *contando desde abajo.*

«Se fué donde el Oidor *y su hija* y los demas caballeros estaban.»

Texto comun: «Se fué donde el Oidor y los demas caballeros estaban.»

147 *P.* 266, *l.* 4 *y* 5.

«Y *húboselo* de preguntar.»

En las demas ediciones: «Y *volviéndoselo* á preguntar.»

Nada habia aún preguntado Clara á Dorotea.

148 *P.* 267, *l.* 8, *contando desde la parte inferior de la plana.*

«*Vivos* sollozos.» Texto ordinario: «*Nuevos* sollozos.»

No consta que hubiese ya sollozado Clara en aquella ocasion.

149 *P.* 275, *l.* 6.

«Tiraba de su *lazo.*» Texto usual: «Tiraba de su *brazo.*»

150 *P.* 277, *las cuatro líneas últimas, y las primeras en la página siguiente.*

Lo que se lee en la primera edicion es esto: «Porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo.»

Probablemente suprimieron los impresores algunas líneas poco inteligibles del manuscrito original, en que explicaria Cervántes cómo el cordel con que estaba Don Quijote sujeto dió de sí lo bastante para que el pobre caballero colgado casi tocase con las puntas de los piés en el suelo. Saltaria quizás el cerrojo con el peso de Don Quijote, por estar carcomida la

puerta, correria el cordel, bajaria el colgado; pero el cerrojo se engancharia en los peldaños de la escalera de que se habrian servido Maritórnes y la señorita ventera. Privados de esta ú otra explicacion, se ha variado levemente el texto, para que se comprenda el lance sin repugnancia.

151 *P. 280, línea última.*

« Que yo venia *por* este camino.»

Texto comun: « Que yo *venia este camino.*»

Ir su camino sí lo usa Cervántes; *venir su camino*, me parece que no.

152 *P. 282, l. 9.*

« Rodeados *á él.* » Texto comun: « Rodeados *dél.*»

153 *P. 285, línea penúltima.*

« Lo que sus fuerzas le *permiten.*»

En las otras ediciones: « Lo que sus fuerzas le *prometen.*»

154 *P. 288, líneas últimas.*

« Depositando la albarda en el suelo, *porque* la *tuviesen* de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: « Vean vuestras mercedes... »

En las otras ediciones el *porque* está delante de *vean*, donde no hace falta, y despues de *suelo* sigue *que la tuviese.*

155 *P. 292, l. 3 y 4.*

« Anoche estuve *cogido* deste brazo casi dos horas.»

En las otras ediciones se lee *colgado*, y no es verdad: *cogido* estuvo mucho tiempo, *colgado* muy poco.

156 *P. 292, l. 7, contando de abajo arriba.*

« Pero *á* los que la ignoraban. »

Texto: « Pero *para* los que la ignoraban.»

157 *P. 293, línea penúltima.*

« Uno de los cuatro *criados...* »

Texto usual: « Uno de los *cuatro.* .»

158 *P. 297, l. 2 y siguientes.*

«Seria *hospedado* como... merecia; porque, de *otra* manera...»

Texto corriente: «Seria *estimado* como... merecia; porque *desta* manera...»

Parece que lo importante para el caso era que don Luis fuese *hospedado*, porque se puede *estimar* sin *hospedar*. La equivocacion de *otra* por *esta* es evidente.

A continuacion de esto se lee en las primeras ediciones: «*Entendida*, pues, de los cuatro la calidad de don Fernando y la intencion de don Luis, *determinaron* entre ellos que los tres se volviesen.» Por lo que más adelante vemos (página 301), aparece que los criados de don Luis áun no se habian convenido en nada respecto á su amo; por consiguiente se debe creer que algunas palabras del manuscrito de Cervántes mal descifradas ocasionaron que saliese el texto con equivocacion. Hay no pocas en estos capítulos.

159 *P. 298, l. 2 y 3.*

«Sacando del seno un pergamino *doblado*, *con papeles dentro*, topó con el que buscaba.»

No traen las demas ediciones las palabras *doblado, con papeles dentro*; pero con la lectura atenta del trozo se comprende que el *pergamino* y los *mandamientos* eran cosas distintas, y ocurre la idea de que lo uno sirviese de cubierta, envoltura ó *cartera* para los otros. ¿Usaria Cervántes aquí la voz italiana *portafólio*, que pudo muy bien equivocarse con *pergamino*? ¿Escribiria *portapliego*? ¿Habia en tiempo de Cervántes portapliegos pequeños, que se pudiesen llevar entre el jubon y el pecho? No lo sé.

160 *P. 301, l. 10, contando desde la última de la plana.*

«Romper *lazos*.» Texto usual: «Romper *lanzas*.»

161 *P. 303, l. 10 y 11.*

«Y dándole lugar, *le tendrá* de *fortificarse*.»

En las primeras ediciones: «Y dándole lugar *el tiempo*, se *fortificase*.»

No es gramatical esta leccion; de seguro no escribió Cervántes: «¿Quién sabe si vuestro enemigo, dándole lugar, se *fortificase*?»

162 *P.* 304, *l.* 6, 7 *y* 8.

«Me va poniendo espuelas *al* deseo y *al* camino *lo que* suele decirse, que en la tardanza está el peligro.»

Así dice la primera edicion, y está bien; no así las modernas, donde se lee: «Me va poniendo espuelas *el* deseo y *el* camino, *porque* suele decirse que en la tardanza está el peligro.»

El sujeto de la oracion es *lo que suele decirse*; el refran *en la tardanza está el peligro* es el que pone espuelas *al deseo* de Don Quijote y á *su viaje*. Si se quiere conservar el *porque*, deberemos leer: «Me va poniendo espuelas *el* deseo *del* camino.»

163 *P.* 307, *primera línea del último párrafo.*

«Desearon saber *algunos* qué era aquello.»

Algunos debieron ser, y no, como dicen las demas ediciones, *todos*; porque de varios era sabido ya lo del manteamiento.

164 *P.* 309, *l.* 12.

«Le clavaron *dos* maderos.»

Texto ordinario: «Le clavaron *los* maderos.»

Clavarian entónces *dos* palos que cerrasen el vano por donde habia entrado en la jaula Don Quijote; los demas ya estarian clavados ántes unos con otros.

165 *P.* 311, *l.* 13 *y* 14.

«Luego *sacaron* la jaula en hombros aquellas visiones.»

Texto corriente: «Luego *tomaron* la aula en hombros aquellas visiones.»

No: habian tomado ántes en hombros á Don Quijote, metido en la jaula. Véase la página 309, línea 14.

166 *P. 311, título del capítulo.*

Dicen las demas ediciones: «Del extraño modo con que *fué encantado* Don Quijote.»

Cómo fué *encantado*, quedó ya dicho en el capítulo precedente; lo que se cuenta en éste es cómo fué *llevado*. Hay varios capítulos cuyos títulos estan fuera de su lugar.

167 *P. 313, l. 8 y 9, contando desde abajo.*

«Dos cuadrilleros con sus *ballestas*.»

«Con sus *escopetas*», dicen las demas ediciones; pero en el capítulo LII se dice de los mismos cuadrilleros que llevaban *ballestas*. A tener armas de fuego, no hubieran dejado de amenazar con ellas á Don Quijote cuando le quisieron prender en la venta.

168 *P. 314, l. 14.*

«Jamas le *hice* á nadie.»

Di, se lee en las ediciones primeras; pero debe ser *hice*, como ya lo notó Clemencin, pues se trata de un *desaguisado*, que no se *da*, sino que se *hace*.

169 *P. 315, l. 14, contando desde la última de la plana.*

«*Ambos* con sus antifaces.»

Falta la voz *ambos* en todas las demas ediciones, lo cual advirtió tambien el señor Clemencin.

170 *P. 320, l. 10, contando desde abajo.*

«Y *adelantándose* con sus criados.»

Texto usual: «Y *adelantóse* con sus criados.»

171 *P. 321, línea última, y p. 322, línea primera.*

«Como sea contra ellos el *héroe* del libro...»

Todas las demas ediciones: «Como sea contra ellos el *señor* del libro.»

Es muy de notar que en una obra como ésta, en la cual se usa muchas veces el adjetivo *heróico*, no aparezca en las ediciones antiguas el sustantivo *hérue* ni una vez sola. En algun verso del siglo XVII aparece que se pronunciaba *heróe* con la fuerza de la pronunciacion sobre la *o:* aquí hemos puesto el acento donde ahora se usa, porque ignoramos cómo pronunciaria Cervántes esta palabra.

172 *P.* 322, *l.* 5.

«Se *confia.*» Texto corriente: «Se *conduce.*»

173 *P.* 322, *l.* 11 *y* 12, *contando desde la última de la plana.*

«Allanando *los tropiezos.*» Texto corriente: «Allanando *las grandezas.*»

174 *P.* 323, *l.* 14 *y* 15.

«Habia quemado *casi* todos los de Don Quijote.»

Falta en las demas ediciones el *casi*, que Cervántes hubo de escribir (ó lo pensó á lo ménos), porque ademas de constar por el capítulo VI que no mandó quemar el Cura *todos* los libros caballerescos de Don Quijote, aquí mismo se dice que el Cura dió cuenta al Canónigo *de los que habia condenado al fuego* y de los que habia *dejado* con vida.

175 *P.* 325, *l.* 6 *y* 7, *contando de abajo arriba.*

«Es mejor ser loado de los pocos sabios, que *vitoreado* de los muchos necios.»

Texto comun: «Es mejor ser loado de los pocos sabios, que *burlado* de los muchos necios.»

Vitoreado ó *laureado* se habria escrito en el original.

176 *P.* 325, *líneas penúltima y última.*

«Pero lo que más me le quitó de las manos, y áun del pensamiento, *el* de acabarle.»

Falta el artículo *el* en las ediciones que conocemos.

177 *P.* 326, *l.* 16 *y* 17.

« *Esto mismo* vendrá á ser *de mi* libro.»

En las ediciones antiguas: « *Deste modo* vendrá á ser *un* libro. » « *Mi* libro,» dicen las modernas.

178 *P.* 335, *segunda línea del capítulo* XLIX.

« *Con el* alma y con la vida. » Texto ordinario: « *Como al* alma y *como á* la vida.»

179 *P.* 337, *línea última, y primera de la siguiente.*

« Le *desataron.* » Texto ordinario: « Le *desenjaularon.*»

Aparece por el texto que *desataron* á Don Quijote las manos, *de que él se alegró* infinito, y que le *desenjaularon*, de que se alegró *en gran manera.*

180 *P.* 340, *l.* 13 *y* 14, *contando desde la última de la plana.*

« *Cuerdo* sin cobardía. » Texto corriente: « *Osado* sin cobardía.»

181 *P.* 342, *l.* 4, *contando desde la última.*

« Que hubo Piérres, que hubo Cid y *Bernardo del Carpio.*»

En la primera edicion: « Que hubo Piérres, que hubo *Cides*, » etc. No se nombra á *Bernardo del Carpio.*

Contestando el Canónigo á Don Quijote, dice más adelante: « En lo de que hubo *Cid* no hay duda, ni ménos *Bernardo del Carpio:* » palabras por las cuales se viene en conocimiento de que se ha nombrado ántes al *Cid*, en singular, y tras él á *Bernardo.* Para mí las dos letras *es* que dan plural al nombre del *Cid* no son otra cosa que la conjuncion *y* mal escrita y peor leida, á continuacion de la cual puso un nombre Cervántes que el copiante ó los impresores no acertaron á leer ni bien ni mal.

La primera vez que Don Quijote habla en su historia (tomo primero, página 4, de esta edicion), nombra al Cid y luego á Bernardo del Carpio : aquí haria Cervántes lo mismo.

182 *P.* 343, *l.* 9 *y* 10.

« Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon). »

Paréntesis que hubiera debido suprimirse en esta edicion, porque virtualmente borró Cervántes esta cláusula cuando, al concluir la *Segunda Parte* de nuestro libro, dió á Don Quijote el nombre de Alonso *Quijano*, quitándole el apellido *Quijada*.

183 *P.* 345, *L.* 5 *y* 6, *contando desde la última de la plana.*

« Ver, como si dijésemos, *que* aquí ahora se muestra delante de nosotros un... lago.»

Falta la conjuncion *que* en todas las demas ediciones.

184 *P.* 346, *L.* 2 *del párrafo.*

« Con claridad más *viva.* » Texto comun: « Con claridad más *nueva.*»

No consideraria Cervántes *nueva* la luz del sol.

185 *P.* 348, *línea primera.*

« Verle servir *de* todas las doncellas.»

En las otras ediciones falta la preposicion *de:* se ha puesto en la presente ; pero quizá no sea necesaria, si entendemos la locucion *verle servir* por *ver que le sirven.*

186 *P.* 348, *L.* 2 *y siguientes.*

« ¿ Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba alargar la mano, *á cuál no! ¿ Qué* oir la música, que en tanto que come suena ! »

En lugar de las palabras *á cuál no* y *Qué*, arrriba impre-

sas en letra bastardilla, traen las demas ediciones estas: *Cuál será*.

187. *P.* 349, *línea primera de la primera division de párrafo.*

«Casi *todas* estas últimas palabras.»

Texto ordinario: «Casi *estas* últimas palabras.»

188 *P.* 356, *l.* 18.

«Dándole el *caso* lugar.»

Texto corriente: «Dándole el *ocio* lugar.»

Parece que se deduce del texto que la gente labradora suele ser maliciosa de *suyo*, ande *ociosa* ó no, y que su malicia sube de punto cuando hay *caso* ú *ocasion* de ejercerla.

189 *P.* 357, *l.* 3.

«*Garcilaso.*» Dicen las demas ediciones: «*Gante* y *Luna.*»

Ignorando quiénes fuesen estos dos personajes, célebres por sus desafíos, permítasenos creer, hasta ser mejor informados, que ésta es una de las infinitas erratas de nuestro libro. Por lo ménos el Canónigo, que debia saber más historia que el tal Eugenio, cita á *Garcilaso* (página 340, línea 12) entre los españoles insignes por su valor y hazañas.

190 *P.* 358, *l.* 5 *y* 6.

«Su *honrado* y *amante padre.*»

En las otras ediciones: «Su *querido* y *amado padre.*»

No ha dicho Eugenio que Leandra quisiera gran cosa á su padre, ni de su fuga puede inferirse mucho amor filial: del padre, sí, dijo que era *honrado* y que queria á Leandra. Véanse en la página 354 la línea 4 del capítulo LI, y en la página siguiente las líneas 9 y 10, contando desde la última de la plana.

191 *P.* 358, *l.* 9 *y* 10, *contadas desde abajo arriba.*

«La más rica y *vistosa* ciudad... Nápoles.»

Viciosa leemos, en vez de *vistosa*, en las ediciones antiguas; y nos parece que el texto fué aquí *viciado*. No era Leandra una mujer perdida, para que le propusiera su galan que se fuese con él á la ciudad más *viciosa* del mundo. *Vistosa, hermosa, deleitosa* ó *deliciosa* diria, á no ser que por *viciosa* entendamos *amena*; pues á la verdad el nombre de *Villaviciosa* viene á significar lo mismo casi que el de *Villaverde*, y se llama *campo vicioso* al que está vestido de yerba abundante y lozana. Sin embargo, *ciudad viciosa* no se suele decir sino de alguna donde abunden extraordinariamente los vicios.

192 *P.* 358, *línea última, y p.* 359, *línea primera.*

« *Dura se nos* hizo de creer la continencia del mozo.»

En la primera y segunda edicion: « *Dino señor* hizo de creer, » etc.

En la tercera edicion de Juan de la Cuesta: « *Difícil, señor*, se hizo de creer,» etc.

Ésta es una de las muchas correcciones que prueban que Cervántes no revisó la tercera edicion de Madrid. Sin necesidad del adjetivo *difícil*, aunque es oportuno, se comprende que el autor escribió *dura* donde se leyó *dino*, y *se nos* donde leyeron *señor*.

193 *P.* 359, *línea anterior á la division del párrafo.*

« Mal *dispuesta*. » Texto usual: « Mal *compuesta*.»

194 *P.* 361, *l.* 4.

« Sus promesas *inciertas*. » Texto ordinario: « Sus promesas *muertas*.»

Las promesas *inciertas*, esto es, *inseguras*, *dudosas*, parecen propias de la *inconstancia* y ligereza de las mujeres, y pueden traer á los hombres en contínuo desasosiego; las promesas *muertas*, no: fallida la promesa, no hay que contar con

ella. Promesas *muertas* puede tambien haber, sin culpa alguna de quien las dió, si se *muere* ántes de haberles podido dar cumplimiento.

195 *P. 363, l. 7, contando de abajo arriba.*

« Reventaban de risa el Canónigo y el Cura...»

Ni el Cura ni el Canónigo se hubieran reido en otra ocasion de ver á Don Quijote agarrado con el Cabrero; mas el lance ocurrió sobremesa, y en tiempo de Cervántes y hoy se notaba y se nota que

Áun el filósofo es hombre
A las horas de comer.

196 *P. 364, primera y siguientes líneas de la division del párrafo.*

« Aquel año habian las nubes negado su rocío... y se hacian rogativas... pidiendo á Dios... lloviese.»

Sin razon ha tildado alguno de impropio este lance, suponiéndole ocurrido en 27 de Agosto, cuando la lluvia (dice Clemencin) perjudicaria para la trilla, y no hacia falta para la siembra. Segun mi cómputo, pasaba esto en 4 de Setiembre; y segun Cervántes, aquel año no habia llovido por allí. Sin lluvia no hay cosecha, y por consiguiente no hay qué trillar; pero principiándose á sembrar en Setiembre, necesario era pedir á Dios el beneficio de la lluvia para la *simienza*, y ántes para sus preparaciones.

197 *P. 365, l. 4, contando desde la última de la plana.*

« No *se* lo sabe. » Texto corriente: « No *es* lo *que* sabe.»

198 *P. 366, línea primera del último párrafo.*

« *Con* estas razones. » Texto comun: « *En* estas razones.»

199 *P. 367, l. 5.*

« *Tres* partes. » Eso debe ser, porque se dice en seguida: « con el último *tercio*. »

200 *P.* 368, *l.* 16 *y* 17.

« *Un mes* de servicio. » Texto comun : « *Ocho meses* de servicio. »

Realmente hacia once dias que Sancho servia á Don Quijote.

201 *P.* 368, *l.* 20.

« Enamorado sin *tacha*. »

Texto comun : « Enamorado sin *causa*. »

202 *P.* 368, *última línea*.

« Volvamos á *nuestra* aldea. »

En las otras ediciones : « Volvamos *á mi* aldea. »

Era una misma la aldea de Sancho y de su señor. La palabra *nuestra* estaria en abreviatura poco inteligible.

203 *P.* 372, *l.* 8, *contando desde la última de la plana*.

« Cimientos *derribados*. »

Si Cervántes real y verdaderamente escribió aqui *derribados*, y no *desbaratados*, hemos hecho mal en poner *tierra desdichada* en el segundo soneto que se lee en la página 212, soneto, cuyo primer verso es éste en las primeras ediciones:

De entre esta tierra estéril, *derribada*.

Si por *derribar* entendia Cervántes *trastornar* y *deshacer*, el verso está bien. Ahora no se puede decir *derribar cimientos*, porque estando los cimientos en hondo, si los deshacen y los dejan en su sitio, no es aplicable á esta operacion el verbo *derribar*, que es echar por el suelo lo que está en altura; y si los deshacen y sacan de su zanja, entónces de abajo los pasan arriba. Comunmente usa Cervántes el verbo *derribar* en el mismo sentido que hoy le damos.

204 *P.* 373, *l.* 11 *y siguientes*.

« Se animará á sacar *ó* buscar *otros*, si no tan *verdaderos*, á lo ménos de tanta *instruccion* y pasatiempo. »

Otras y *verdaderas* leemos en las demas ediciones; pero creemos que el sustantivo á que estos adjetivos han de referirse, es el plural *libros*. *Invencion* se lee tambien, en lugar de *instruccion*, en las otras ediciones: no parece propia la palabra *invencion* cuando se trata de historias que se suponen *verdaderas*.

205 *P. 373, segundo verso del soneto.*

Dice la primera edicion:

De más despojos que Jason *decreta.*

La segunda, de Juan de la Cuesta, lo mismo; la tercera,

De más despojos que Jason *de Creta.*

Jason no fué natural de Creta, ni consta que tuviese nada que ver con aquella isla, á la cual, por lo mismo, no adornó de despojo ninguno: así, por pocos que el pobre Don Quijote hubiera podido ofrecer á su patria, eran más. ¿Emplearía Cervántes aquí alguna de aquellas chanzas que son tan frecuentes en él? Clemencin se lo figuró, y adoptamos su idea.

Sigue el mismo soneto, conforme á las ediciones antiguas:

El brazo que su *fuerza* tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta.

El brazo de Don Quijote no pudo ensanchar su *fuerza* en Italia ni en China, donde no estuvo; pero su *fama* llegó, no sólo á Italia, sino hasta la misma China, si creemos lo que el propio Cervántes nos dice en el prólogo de su Segunda Parte. Léese ademas en el soneto del *Caprichoso:*

Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y *su fama* ensancha.

Con que deberemos leer en el soneto del Monicongo: *El brazo que su* fama *tanto ensancha*, como se dice en esta edicion, y no lo que traen las otras.

Y sigue aún el propio soneto, segun las demas ediciones:

La musa más *horrenda* y más discreta...

En ningun concepto pudo llamar ***horrenda*** Cervántes á la musa de Don Quijote, como se la llama en la primera edicion: apelamos á todos los versos que hay suyos en su historia. La calificacion de ***honrada***, que nosotros le damos, le conviene harto mejor, así por la escrupulosidad de nuestro héroe en poner entero el nombre de ***Dulcinea del Toboso*** en aquellas coplas que le dedicó en Sierra Morena, como por las juiciosas máximas y sanos consejos que introdujo en el romance compuesto y cantado para contestar á la falaz Altisidora.

206 *P.* 374, *primer verso del soneto de* El Caprichoso.

En el soberbio *trono* diamantino...

Así lo trae la primera edicion; en las otras leemos ***tronco***, variacion mal hecha. Se comprende bien que á un ***trono*** se llame ***diamantino***, por estar profusamente adornado de ***diamantes***; pero ponérselos á los troncos no está en uso.

207 *P.* 376.

Forse altri canterà con miglior plettro.

Verso del Ariosto (***Orlando***, canto XXX), que con otros puso Lope de Vega en el prólogo de su poema ***La Hermosura de Angélica***

FIN DE LAS NOTAS AL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.



